

Música de viento

Herberto Sinagawa Montoya

Música de viento

Herberto Sinagawa Montoya

Música de viento

Herberto Sinagawa Montoya

Todos los derechos reservados por el autor.

Registro en trámite ante la Dirección General
de Derechos de Autor de la SEP.

Primera edición:

Dirección de Investigación y Fomento de la Cultura Regional

Culiacán Rosales, Sinaloa 2004

Un mil ejemplares

Biblioteca digital de Historia Sinaloense

Diciembre 2009

Creativos7editorial:

Baila 871 Col. Gral. Antonio Rosales

Culiacán Rosales, Sinaloa, México

C.P. 80230 Tel. 01667-7521158/6671757817

e-mail: creativos7editorial@hotmail.com

Diseño editorial:

Pablo Reynaldo Pacheco Moreno

MATERIAL CON FINES ACADEMICOS

Los libros hacen hombres libres.

Hecho en Sinaloa-México

Printed in Sinaloa-México

INDICE

Presentación	I
1.-Severiano Briseño.....	1
2.-Romero Zazuera Tostado.....	7
3.-Los hermanos Rubio.....	13
4.-Los alemanes trajeron la música a Sinaloa.....	19
5.-La influencia de la música francesa.....	25
6.-La Chana Núñez.....	31
7.- Severiano Moreno.....	37
8.-Alejandra, hermoso vals.....	43
9.- Si el Mayor paga con plata.....	51
10.- Miguel C. Castro.....	61
11.-Ya están los caminos solos.....	67
12.-Luis Pérez Meza.....	85
13.-La música antigua.....	95
14.-Lúcro y fraude.....	101
15.-Échame a mí la culpa.....	109
16.-El Negrumo.....	115
17.-El Cachi Anaya.....	123
18.-Los Álvarez.....	129
19.-Las grandes orquestas sinaloenses.....	135
20.-La extraña magia.....	139
21.-El Recodo.....	141

PRESENTACIÓN

México se encuentra en dos planos superpuestos, entre la tradición y la modernidad, aspirando a encontrar su identidad en una sociedad que marcha frenética en pos de lo moderno a fuerza del consumismo; sin embargo, el país es y seguirá siendo, al margen de las ideologías, una gran nación que nutre su vitalidad con raíces profundas.

En Sinaloa, estas raíces se manifiestan en una gran diversidad de tradiciones que se crean y recrean, es así como ferias, danzas, comidas, vestido, cantos, arte popular, baile y música, confluyen para darnos identidad. Dentro de estas señas de identidad, una de las formas más vigorosas de la música popular es la música de banda.

A conocer mejor esta música, emblema del espíritu festivo del sinaloense, nos invita en este libro Herberto Sinagawa Montoya. Redactado con una prosa amena, enriquecida con anécdotas, el autor nos cuenta los orígenes de la banda sinaloense, sobre los músicos pioneros y autodidactas (de oído) que dieron vida a estas agrupaciones y que se ganaron el sustento diario haciendo música en calles, plazas y cantinas. Con frases jocosas Herberto Sinagawa nos divierte narrándonos el ambiente social, las tradiciones y costumbres muy sinaloenses que rodearon a estas bandas de música “cimarronas, broncudas amigas inseparables de borrachos y enamorados”, como él mismo las define.

Sinaloa es una tierra de grandes compositores, de canciones emblemáticas, que confirman una tradición. De ello da cuenta el autor, cuando nos relata como nacieron una gran cantidad de piezas musicales y canciones que son representativas de la cultura musical popular de Sinaloa y del país.

En fin, en este libro el autor nos presenta un enorme cúmulo de información sobre la música popular sinaloense y para ello nos habla de personajes, de familias, de pueblos, de canciones, de conductas y caracteres sociales del sinaloense, de relaciones personales, del narco, de la música indígena, de relaciones personales y de todo ese mundo mágico que envuelve a la música.

Finalmente, quisiera concluir estas breves líneas señalando que aunque la música de banda o de tambora, como se le conoce, ha sufrido sucesivas transformaciones alejándola de la música de viento tradicional, esta última se sostiene como un elemento viviente de la cultura, negándose a morir; pero ambas forman parte de nuestra tradición musical.

Por muchas razones, pues, confío en que el lector encontrará mucho de valor en el presente libro, pienso que con el tiempo ocupará un merecido lugar en la bibliografía etnomusicológica.

¡Enhorabuena y que me siga la tambora!

Francisco Padilla Beltrán.



1 Severiano Briseño autor de El sinaloense

BRISEÑO, SEVERIANO. Músico. Compositor de El Sinaloense. Nació en San José de las Canoas, estado de San Luis Potosí, el 21 de febrero de 1902. De la huasteca potosina la familia acordó probar suerte en la huasteca tamaulipeca, y Severiano, de seis años, no notó la diferencia porque las dos huastecas son muy semejantes, tan parecidas como dos gemelos. No sufrió, pues, el efecto de la mudanza.

Al paso del tiempo, Severiano, sin proponérselo, empezó a sentirse más tamaulipeco que potosino. Fue que halló una misma casa con la misma gente, con igual modo al vestirse, comer y divertirse. No sufrió por el cambio. Fue igual San José de las Canoas que Aldama. Sus padres, de origen campesino, alentaron su inclinación natural: le gustaba componer canciones. Su primera canción, a la que llamó Escolleras, la dedicó a Tampico, su ciudad adoptiva.

Fue una canción que los tampiqueños recibieron con alegría, porque por primera vez se aludía a una ciudad que, enredada por la prosperidad del petróleo, no escondía su ternura y su amor por la belleza. Se propagó el buen nombre de Severiano Briseño, de tal manera que muy pronto fue conocido en el puerto. Con los hermanos Guillermo y Rafael Samperio formó el Trío Tamaulipeco, al que los galanes dieron la encomienda de abatir la fortaleza con serenatas que despertaban al vecindario que al día siguiente, muy de mañana, propagaba que a la Marisela le habían traído gallo. Una de las canciones que empezó a cobrar popularidad fue El toro requesón, que figuró en la película de corte campirano Cuatro milpas. Había compuesto muchas otras canciones, cantinelas y hasta tangos, pero no se atrevió a darlas a conocer por temor



al fracaso. En 1974 celebró sus cincuenta años casi en familia, porque a pesar de un gran esfuerzo no lograba atrapar esa fama huidiza con los compositores de provincia, de escasas habilidades para abrirse campo en el gran mundo de la farándula.

No obstante, sus canciones fueron oyéndose más y más. Su primer gran éxito fue Caminito de Contreras, y luego Ya lo pagarás con Dios, por un mero accidente: las oyó Lucha Reyes y decidió cantarlas con el acompañamiento del Mariachi Vargas de Tecalitlán.

Lucha Reyes, que en realidad se llamó Luz Flores Acevedo, por su temperamento creó una escuela de interpretación de la música popular en México. A partir de 1919, se dedicó a cantar y a malbaratar su hermosa voz en carpas y teatros de mala suerte.

Sin embargo, con el nacimiento de la XEW, en 1930, Lucha Reyes dejó la carpa y se metió de lleno a la naciente radiodifusión auspiciada por Emilio Azcárraga Vidaurreta, y pronto su voz fue famosa en todo el país.

Después del éxito de esas dos canciones en voz de Lucha Reyes, Severiano Briseño se entregó a la composición en forma febril.

Nacieron canciones de poca fortuna como Los tarzanes, Paloma azul, Vengo a verte, Los flamboyanes, El tejoncito, y Chispitas de agua. Pero esos fracasos no lo desalentaron y continuó machacando en la guitarra y el piano, hasta que surgieron Los camperos y Los maizales, que grabó también Lucha Reyes, y El corrido de Monterrey. Había adquirido el vicio de componer música, sin esperar un buen resultado desde que tenía veintidós años.

Prendió El corrido de Monterrey y los industriales regiomontanos, en señal de gratitud, acordaron respaldar su carrera; finalmente fue declarado hijo predilecto de la industriosa ciudad, en uno de los grandes momentos de su vida.

Pero su carrera sufrió un serio tropezón cuando Lucha Reyes se suicidó en la Ciudad de México, en 1942. Dejó de ser, la inmensa cantante tapatía, una de sus intérpretes, seguramente la mejor de todas.

Sostenía Severiano Briseño, en aquella época fértil de su vida artística, que el compositor debía dirigirse ante todo a un pueblo muy amante de la música, pero que no quería palabras enredadas que no



pudiera entender; que las canciones deberían ser sencillas, campiranas, optimistas y no representar un esfuerzo al trasladarlas del entendimiento al sentimiento. ¿Qué era lo notorio de Monterrey?, ¡pues el Cerro de la Silla!, ¡cantarle al Cerro de la Silla como emblema de Monterrey!

Cómo nació El sinaloense, luego de una parranda en Mazatlán

Con la fama que le deparó la fogosa interpretación de Lucha Reyes a Caminito de Contreras y Ya lo pagarás con Dios, más la creciente popularidad de El corrido de Monterrey, Severiano Briseño empezó a cosechar y a disfrutar las mieles de la fama junto con los hermanos Sampeiro. Pedían al Trío Tamaulipeco de todas partes del país y del extranjero, y la música mexicana ganó el gusto de las multitudes.

En una gira del Trío Tamaulipeco por Sinaloa en 1943, que terminaría en Vancouver, Severiano Briseño y los hermanos Sampeiro estuvieron en Mazatlán. Un grupo de amigos invitó al famoso trío de músicos a una parranda al estilo mazatleco: puro desmadre. Compró el grupo varios barriles de cerveza pacífico de barril, contrató una tambora y reservó el mejor espacio en el bar La Estratósfera, ubicado en el Cerro de la Nevería, con una vista espléndida del hermoso puerto.

Formaban parte del grupo Enrique Peña Bátiz, los hermanos Malacón y El Negro Rodríguez, de Navolato, más gran cantidad de amigos de ocasión y aprontados, completando carga las gaviotas de cabotaje.

Ya medio encarrerados, alguien preguntó a Severiano Briseño:

—¿Qué es lo que más te ha gustado de Sinaloa? A lo que Briseño contestó, sin pensarlo mucho:

—Sus mujeres y su música de tambora.

Y nosotros, los amigos, ¿qué?, ¿no contamos?

—También, también.

Cuando los brindis fueron más frecuentes y muchos confianzudos empezaron a pisar tierra firme, otro impertinente, cobijado en las nubosidades de una inminente embriaguez, distrajo al invitado con otra pregunta:



— Oye... Seve, ¿qué le ves a Monterrey que no tenga Sinaloa? Hazle un corrido a Sinaloa. ¡Emparéjanos!

Muchos dicen que Severiano Briseño garrapateó, en una servilleta, algún trozo de la letra del futuro corrido. No fue así: el músico y sus acompañantes prosiguieron su gira de ocho meses. En Vancouver, Guillermo Sampeiro se enfermó y todos regresaron al Distrito Federal. Después de algún tiempo, se acordó del ruego insistente del amigo (no me acuerdo quién) y entonces sí empezó a trabajar en música y letra. No sabía, ciertamente, qué resultaría.

Ya con suficiente combustible como para llegar a la luna, el grupo acordó abandonar La Estratósfera y probar otros destinos del interminable catálogo de posibilidades que ofrece Mazatlán. Severiano Briseño no se cansó de oír El niño perdido, El coyote, El Quelite, y El sauce y la palma. Uno de esos amigos (no me acuerdo quién) propuso llevarle gallo a unas guapas muchachas, ¡a las tres de la tarde!

¿Qué fue lo primero, la letra o la música de El sinaloense? Briseño confesó:

— Primero acomodé la música, luego la letra. Igual que mis canciones anteriores. Una técnica de componer muy rústica, ranchera. Pero así ocurrió todo. Sin adornos.

Después de compaginar música y letra, el autor tomó la guitarra y cantó para sí mismo:

Desde Navolato vengo,
dicen que nací en El Roble,
me dicen que soy arriero,
porque les chiflo y se paran,
si les aviento el sombrero
ya verán como reparan. ¡Ay, ay, ay!
mamá por Dios,
por Dios que borracho vengo,
que me siga la tambora,
que me toquen El Quelite,
después El niño perdido,
y por último El Torito,



pa' que vean como me pinto. ¡Ay, ay, ay! mamá por Dios
 Me dicen enamorado
 pero de eso nada tengo,
 todos me dicen el Negro
 pero un Negro con suerte,
 porque si me salta un gallo no me le rajo a la muerte. ¡Ay, ay, ay! mamá
 por Dios, por Dios que borracho vengo,
 que me siga la tambora,
 que me toquen El Quelite,
 después El niño perdido,
 y por último El torito,
 pa' que vean como me pinto. ¡Ay, ay, ay! mamá por Dios.
 Soy del mero Sinaloa
 donde se rompen las olas,
 y busco una que ande sola,
 que no tenga marido,
 pa' no estar comprometido cuando resulte la bola
 ¡Ay, ay, ay! mamá por Dios. ¡Ay, ay, ay!

Cantó el huapango varias veces y murmuró que seguramente había parido algo mejor, o semejante, al Corrido de Monterrey.

Cuando los hermanos Sampeiro oyeron El sinaloense, emitieron una opinión de amigos: hace hervir la sangre de machos y borrachos, es un corrido bravucón y violento, pero se abrirá paso en el gusto de la gente. Y atinaron.

Esta pieza de Briseño se cantó por primera vez en 1944, en un centro nocturno de cierta categoría de Guadalajara, llamado La Atlántida. El público pidió una y otra vez esa canción pegajosa, que hablaba de los manejos galantes de un negro con suerte de Navolato.

Poco después, a mediados de 1945, el Trío Tariácuri interpretó el huapango en un programa de radio en cadena nacional. Pero el triunfo definitivo llegó cuando la banda Los Guamuchileños lo incorporó a su repertorio.

Muchos especialistas en el estudio de la conducta del ser humano,



atribuyen a esta canción emblema de Sinaloa muchos de los rasgos característicos del sinaloense: peleonero, borracho, mujeriego, indiferente a todo lo que signifique asumir una responsabilidad.

En realidad tal pintura se ajusta a las características principales de un cierto sinaloense, pero no a la mayoría. Porque la inmensa mayoría de sinaloenses es trabajadora, seria y de probada prudencia en asuntos sentimentales. Y El sinaloense es, en esencia, un brusco alarido a la vida.

Severiano Briseño nunca más regresó a Sinaloa, y nadie se acordó de rendirle un homenaje por haber dado al estado su canción emblemática.

Murió pobre y olvidado, en la Ciudad de México, el 6 de octubre de 1988.



2

Romeo Zazueta Tostado, director de Los Guamuchileños

ZAZUETA TOSTADO, ROMEO. Músico. Nació el 14 de mayo de 1906 en San Javier, municipio de San Ignacio. Sus padres fueron el doctor Arturo Zazueta Lafarga y Estéfana Tostado de Zazueta. Nació en San Javier y fue primo del Coronel Rodolfo T. Loaiza. Hizo sus estudios de primaria en su pueblo natal, y por decisión de los padres el joven Romeo tomó el camino de La Cruz, para abordar el tren rumbo a Culiacán. El padre lo inscribió en la Escuela Industrial Militar, que habría de transformarse poco después en la Escuela Prevocacional. Desde muy niño sintió una fuerte inclinación por la música, de tal suerte que se sintió atraído por Los Azulitos, una banda formada por jóvenes casi todos de origen campesino. Fue allí donde aprendió algo de solfeo. Al volver a San Javier se encontró con un excelente músico llegado de Durango, llamado Jesús Sánchez, al que se motejaba como Nango. Fue el Nango quien avivó en el joven el amor por la música. Se incorporó a su banda, La Rielera. Un poco después Romeo fue a probar suerte a La Cruz, donde Pedro Álvarez tenía una banda. Con los consejos del Nango y de Pedro Álvarez pronto dominó el clarinete y el saxofón. En 1924 se casó, en San Ignacio, con Ramona Tolosa, nativa del Limón de los Peraza, con quien procreó ocho hijos: Gilberto, Evangelina, Héctor y María del Refugio; cuatro de esos hijos murieron muy niños. Romeo organizó la Banda de San Javier, adiestrando con infinita paciencia a sus integrantes, casi todos campesinos. Ya cuando el grupo se podía oír sin lastimar los oídos, enfiló rumbo a los minerales en bonanza como El Tambor, Tayoltita, Las Palmas y El Socavón. Había mineros con tanto dinero en la bolsa, que a los jóvenes músicos se les hinchaba la boca de tanto tocar, día y noche. Fue en esa



época cuando nacieron las primeras cuatro canciones de Romeo Zazueta: El minero de Socavón, De Tayoltita a Dimas, Aguas y secas y El corrido de Olegario. Se vivía en la región de San Ignacio una constante zozobra a causa del alzamiento de Los del monte, en el sur. Aguas y secas se la dedicó a Miguel Vega, su amigo de la juventud. En cierta ocasión tuvo que huir en mula, a causa de El Culichi. En 1940, después de venirse a vivir a Culiacán, compuso su Himno a la trabajadora, en honor a una escuela que llevaba ese nombre y que dirigía un amigo entrañable, como era el Profr. Carlos López Alvarado. No era muy formal al componer su música. Podía pergeñar sus letras en una servilleta o en un cuaderno escolar. En realidad no hay ninguna partitura de sus piezas; tarareaba la música. Antes de que el general Leyva fuera gobernador del estado, compuso Viva Leyva. Muchos creyeron que era una simple cortesanía de Romeo al poderoso militar. No fue así, sólo una manifestación de respeto y admiración hacia un personaje sanignacense de reconocidos méritos. Refugio Soto fue quien instrumentó Viva Leyva.

Por espacio de diez años fue director y representante de la Banda Los Guamuchileños. Alternaba ese trabajo con otro, que le proporcionaba un grato placer: enseñar música a los niños de la Escuela Sócrates. Viva Leyva era la pieza inevitable en todo acto social (cuando el general Leyva fue gobernador) en que participara la Banda del Estado, dirigida por el maestro Eugenio Martínez. Muchos le atribuyen a Romeo Zazueta la autoría de Cinco de chicle y Entrada a Tabasco; Ramona, su esposa, afirma (en el año 2001) que dicha paternidad no es cierta. Compuso otra pieza en honor de otro gran amigo, Pablo Lizárraga Arámburu. Naturalmente, el general Leyva sentía una gran simpatía por el músico; se organizó entonces, un concurso de tamboras sinaloenses, y Los Guamuchileños ganaron el primer lugar.

Cuando el general Miguel Henríquez Guzmán se lanzó como candidato a la Presidencia de la República, uno de los líderes juveniles y de los oradores más fogosos fue Enrique Peña Bátiz, quien llevó a Los Guamuchileños a la Ciudad de México para respaldar al henriquismo en 1952. Dicha campaña fracasó, porque el presidente de la República resultó Adolfo Ruiz Cortines. Al general Henríquez Guzmán, oriundo de



Coahuila, le cayó simpática la tambora sinaloense y platicó largo y tendido con Romeo Zazueta. Romeo le dijo que era primo hermano del coronel Rodolfo T. Loaiza, que había sido subjefe del Estado Mayor del presidente Emilio Portes Gil y gobernador de Sinaloa de 1940 a 1944; asesinado durante el fin del carnaval de Mazatlán, el 21 de febrero de 1944. Platicó que el coronel Loaiza tenía una buena voz, de barítono; porque San Javier, en el municipio de San Ignacio, era tierra de músicos en Sinaloa. Al general Lázaro Cárdenas le gustaba que Loaiza le cantara El Quelite, una de las canciones sinaloenses más bellas y tiernas. Aquella derrota del henriquismo causó muchas heridas, y esas heridas nunca cicatrizaron en Peña Bátiz, hasta su muerte ocurrida el 15 de junio de 1998. En ese mismo año de 1952 Peña Bátiz convenció a Romeo Zazueta Tostado de probar suerte en la Ciudad de México, luego del éxito de la tambora durante la campaña del henriquismo. Hizo arreglos con Mariano Rivera Conde, director artístico de la RCA Víctor, y esposo de Consuelo Velázquez, autora de la hermosa canción Bésame mucho; y Los Guamuchileños viajaron en autobús a la capital del país.

Rivera Conde, muy en su papel de ejecutivo, preguntó a los músicos:

— ¿Qué quieren, pago inmediato por la grabación o regalías? Callaron, no supieron qué responder. Romeo se llevó a sus compañeros a un rincón. Deliberaron en secreto. Finalmente, Romeo dijo a Rivera Conde:

— Mira, nosotros no entendemos eso de regalías. Mejor al chas chas.

Se firmó el convenio, se hizo la grabación, se pagó lo convenido y los músicos se regresaron a Culiacán a atender su clientela. Al poco tiempo el disco titulado ¡Arriba Sinaloa!, se empezó a oír en todas partes, con un repertorio de piezas clásicas de tambora como La india bonita, El toro gacho, Amor de madre, El sauce y la palma, Ingrato dolor, El Quelite y El sinaloense.

RCA Víctor ganó mucho dinero con el disco y Romeo y sus muchachos sólo capitalizaron fama, apapachos y flores. Pero esa banda abrió el camino a la del Recodo de Cruz Lizárraga y a ese grupo de músicos



(muchos de ellos llegados del rancho) se debe, en gran parte, la instalación de la música de tambora como señal de cultura popular. Parte de Los Guamuchileños, fueron: Romeo Zazueta Tostado, director, clarinetista y saxofonista; Guillermo Enciso, clarinetista; Francisco Tostado Guevara, clarinetista; Juan Bautista Tapia Esquer, trompetista; Guadalupe Rodríguez, trompetista; Alfonso López, tambora; Ramón Quiñónez, trombonista; Benjamín Espinoza, trombonista; Casimiro Bátiz, tuba; Federico Espinoza y José Cázarez en la armonía; Jesús y Víctor Manuel Ramírez Loza en la tarola y la batería, respectivamente.

Romeo hizo justo honor a su nombre: no dejaba una para comadre. Sabidos sus romances, Ramona, la esposa, callaba y toleraba como buena mujer del Limón de los Peraza. Alfonso L. Paliza calificó a Los Guamuchileños, en plena euforia del triunfo, como una banda de música cimarrona, bruncuda, amiga incomparable de borrachos y enamorados. Romeo no se enojó; al contrario, festejó la ocurrencia. Para él, sus muchachos eran los mejores del mundo. Se moría de risa cuando algún amigo le recordaba la vez que tuvo que salir huyendo en mula de San Javier rumbo a La Cruz para tomar el tren, cuando Olegario Noriega propaló el chisme de que tenía órdenes de matar a todos los parientes del coronel Loaiza. En respuesta, Romeo compuso el Corrido de Olegario Noriega, cuya letra sencilla, campirana, se refería a Olegario en forma laudatoria, no a tono con su vida de delincuencia: Olegario Noriega era valiente no valido de la ocasión, él cuidaba su distrito como parte de la nación. Cuando Romeo Zazueta entendió que el cuerpo, debilitado por tantas desveladas y excesos, en beber y comer durante las pantagruélicas fiestas sinaloenses en las que los músicos eran invitados de honor, empezó a cobrarle facturas atrasadas con sus correspondientes intereses, confesó de buen humor a su ahijado, el licenciado Salvador Echeagaray Picos:

—No quiero que me entierren en San Javier. Conozco y me conocen todos los muertos que allí reposan. No quiero estar junto a ellos, porque no me dejarían descansar.

Ramona, la fiel esposa con la que estuvo casado casi sesenta años, dijo:

—Romeo sería todo lo enamorado que quieran, pero nunca faltó a dormir a su casa. Fui feliz con él, a pesar de que me casé cuando



tenía catorce años y él diecisiete. Fue internado en el hospital del ISSSTE con unos dolores muy fuertes en el estómago. Fue operado. No obstante, nunca perdió su sentido del humor y su gusto por las mujeres. Quería volver a perderse entre las milpas, a orillas del río Piaxtla, pisar las hojas secas de los árboles con los pies descalzos, y tararear por las veredas canciones olvidadas. Cuando murió, el 19 de octubre de 1982, se cumplió su voluntad: fue sepultado en Jardines del Humaya, en Culiacán, donde sí podrá descansar por toda la eternidad.

Por su parte, un vecino, Filemón Lafarga pidió a sus hijos que le construyeran una capillita en el panteón de San Javier, y que dentro de esa capillita acomodaran una buena poltrona de vaqueta, de esas de Concordia:

—No quiero distraerme en tan largo viaje, y ponerme a platicar largo y tendido con mis amigos.

Pero, por lo pronto, Romeo Zazueta está muy lejos de la poltrona de Filemón Lafarga. Pero arriba sí han reanudado el diálogo. (Herberto Sinagawa. Música de viento, Difocur, Culiacán Sinaloa, 2002)



3

Los hermanos Rubio, la gran dinastía de músicos de Mocorito

RUBIO QUIÑONEZ, JOSE.- Músico. Nació en 1907 en La Huerta, sindicatura de San Benito, municipio de Mocorito. Su destino estaba marcado desde que abrió los ojos: sería campesino como sus padres, Gregorio Rubio Pérez y Martina Quiñónez. Cultivaría el pedazo de tierra y de eso viviría. Pero no fue así: desde muy pequeño José mostró una rara habilidad para sacarle sonido a todo lo que tocara con las manos. Bien podía ser una hoja de naranjo que le serviría de flauta, o bien una lata vacía de sardinas. Fue una novedad cuando la tienda Inzunza y Sucesores empezó a vender, en Mocorito, un pequeño órgano de boca que se fabricaba en Alemania y entraba al estado por el puerto de Mazatlán, importado por la Casa Melchers. José empleó ese órgano de boca para formalizar su cercanía con la música ya hecha por otros, y dejó de ser un mero pájaro posado en la rama más alta de un árbol. Increíbles los sonidos que el muchacho le sacó a aquel instrumento musical, y esos secretos los fue compartiendo con Ismael, Cruz, Librado y Gregorio, sus hermanos. Aquella casa adusta, de campesinos, se llenó de ruidos agradables en la febril etapa de iniciación de los intrépidos hermanos Rubio, que a trompicones se disputaban el órgano de boca. A Marcos Melesio le entró la idea de formar una banda de música, porque en otros ranchos ya habían formado las suyas, como en Cerro Agudo, Rosamorada y Progreso. La Huerta tenía que tener su banda de música y no quedarse atrás. Melesio ya sabía que José era un muchacho con natural disposición para la música desde que tenía once años, y lo llamó para que se ocupara del redoblante. José estuvo allí cuatro años. Dejó el redoblante y probó con la trompeta hasta dominarla, después de un



arduo entrenamiento. Cuando logró sacarle a la trompeta todo el sonido que quería, continuó con el trombón.

Marcos Melesio hizo el elogio de José:

—Diablo de plebe, a todo le entiende.

En un mundo extenso y casi despoblado, la banda de música llenó un gran vacío en cuanto a diversión popular. Convocaba a una alegría desenfrenada, como una retribución al duro esfuerzo de los campesinos por sacarle frutos a una tierra de temporal no acostumbrada a la generosidad. No había boda, bautizo, onomástico y cumpleaños donde estuviera ausente la Banda de La Huerta. El mocoritense tiene su propio manual de urbanidad: los amigos no necesitan invitación, tienen que presentarse espontáneamente, y eso le confiere mayor valor a la amistad. Pero aquel que, siendo invitado, no asistiera a la boda o al cumpleaños, sufrirá la frialdad y hasta el rompimiento. Por esa razón, una invitación jamás debía ser desdeñada, si no se desea correr riesgos. José, con el adiestramiento que le dio Marcos Melesio, ingresó en 1924 a la Banda de San Benito llamado por su director, Margarito Aguilar. Fue otra escuela para el muchacho de La Huerta. Cuando tenía dieciocho años formó la Banda de Música de La Huerta, en la que sus hermanos tuvieron una oportunidad para foguearse. Pero dicha banda duró poco por falta de clientela, y en 1926 José decidió probar suerte en Mocorito.

No se sabe qué pasó en los siguientes diez años, sólo que en 1936 José se unió a Francisco El Nene Ramírez para formar la Banda de Música Mocorito, junto con Margarito Lozoya e Ildefonso Ponchito Soto Montes, en la que participó dos años, porque luego se fue a correr una aventura a Tijuana, con el pretexto de saber más sobre la música. Y sí: Tijuana era una excelente escuela de música, porque llegaban a ella músicos de todas partes del país, atrapados por el anzuelo del dólar. Tres años vivió en esa infernal mescolanza de orquestas, tríos, rondallas, marimbas, mariachis y además hasta que la tierra lo jaló por medio de la nostalgia. En 1941 integró, con sus hermanos y con los mejores músicos de la región, la Banda de los Hermanos Rubio. Y en pleno dominio del oficio José, compuso varias melodías, entre ellas Estudiantes mocoritenses, Beso de mujer, Pájaro carpintero y Rosendo Gastélum, así como valsés y marchas.



Mocorito fue, como ya es evidente, tierra de magníficos músicos como José Rubio Quiñónez, Francisco el Nene Ramírez, Margarito Lozoya e Ildefonso Ponchito Soto Montes.

Margarito Lozoya nació en Badiraguato en 1893, siendo sus padres Daniel Lozoya e Ignacia Rayos. Igual que José, mostró inclinación por la música desde muy niño, y su adiestramiento musical fue muy semejante al del muchacho de La Huerta. Logró tocar con gran habilidad, el clarinete de trece llaves en plena cumbre de su vida. Se casó con Severa Encines, nativa de Mocorito, y con ella procreó a Rosario, Margarito, Evangelina, Gilberto y Daniel. Cuando formó parte de la Banda Mocorito, Margarito se hizo famoso en la región por su personal interpretación de El coyote. Murió en 1935.

Ildefonso Ponchito Soto Montes nació en La Cofradía de Soto, municipio de Mocorito, y se repitió en él el mismo amor temprano por la música, como en José y Margarito; siguiendo ese camino hasta hacerse músico por sí mismo y sin medir sacrificios. Ya se sabe que el niño campesino tiene, delante de sí, sólo una vida de estrechez. Tenía dieciocho años cuando tuvo el atrevimiento de romper el cascarón familiar y trasladarse a la frontera. Trabajó en las minas de cobre de Cananea, y luego se dio de alta como soldado, llegando a ser sargento segundo. Pero nunca se olvidó de la música. Al regresar a Mocorito, cansado del ajetreo inútil de la frontera, Ponchito Soto empezó a enseñar música; preparó jóvenes que después formarían parte de las bandas musicales de Rosamorada, Progreso, Badiraguato, San José del Llano, Cortijitos y Bequillos. En su casa de Mocorito era día de fiesta cada 22 de noviembre, pues se festejaba a Santa Cecilia, la patrona de los músicos. Pero Ponchito Soto realizó la gran hazaña de su vida cuando compuso Los amores de Julia, pieza clásica de la tambora sinaloense. Nunca pretendió las candilejas; se contentó con componer canciones como Alejandrina, Teresita y Si me quisieras; allá, en el retiro de una vieja casona de Mocorito ubicada en Independencia y Emilio Carranza. Fue nombrado maestro de música por la Misión Cultural Número 14 y tuvo así oportunidad de recorrer el estado integrando bandas, después de un arduo y eficiente periodo de aprendizaje de los principales instrumentos. Ponchito Soto duró doce años como maestro, y a él debemos



en gran medida la influencia de la banda de música como un poderoso medio de cultura popular. Sin recibir un público reconocimiento a sus méritos como maestro y promotor de nuestra música, Ponchito Soto murió en 1957, en Elota. Las mejores honras se la rinden sus alumnos.

El origen de la tambora en las bandas militares

RUBIO VALDEZ, RUBEN.-Hijo de Cruz, hermano de José, Ismael, Librado y Gregorio, los famosos hermanos Rubio Quiñónez de Mocorito. Cuando nació, en 1947, traía la música en la sangre. Pero no fue ese su destino, porque Rubén realizó la licenciatura en agronomía en la Universidad Autónoma de Sinaloa, rompiendo el eslabón de la dinastía de músicos mocoritenses. Rubén ha estudiado la tambora como nadie. Se le preguntó sobre el origen de la tambora sinaloense y sostuvo una opinión, pero no proclamó una verdad absoluta:

— Creo, dijo, que la tambora sinaloense es una derivación de la banda militar, y hablo, concretamente, de la banda militar que acompañó al Ejército de Occidente, del general Ramón Corona.

Ya con esa pista dada por Rubio Valdez, el investigador histórico enderezó su pesquisa sobre la presencia del Ejército de Occidente en Sinaloa el año de 1866. El periódico El Cinco de Mayo, vocero del Ejército de Occidente, empezó a publicarse en Culiacán el sábado 24 de febrero de 1866, Francisco Cortés fue el redactor responsable y F. Riestra el tipógrafo de la Prefectura. En una especie de editorial, el periódico El Cinco de Mayo explicó las razones de su existencia con las siguientes palabras: Hace más de tres años que México sufre la plaga terrible de la guerra que sin causa alguna justificada le hace el más déspota de los hombres, que por medio de la intriga y el perjurio asaltara el poder público de la Francia. (Se refiere, naturalmente, a Napoleón III). Culpó a Napoleón III, al archiduque Maximiliano de Austria y cómplices, culpables del crimen de invasión pirática a mano armada en la República Mexicana, con circunstancias agravantes de ventaja, alevosía, asesinatos, ya jurídicos o ya perpetrados en gentes pacíficas e indefensas, violación del hogar doméstico, escandalosos robos e incendio de poblaciones enteras. Francisco Cortés recogió el



pensamiento del general Ramón Corona, valiente enemigo del ejército que Napoleón III envió a México para apoyar y sujetar al endeble emperador austriaco, y F. Riestra fue el encargado de convertir el texto en el metal del tipo móvil para su impresión. El pequeño periódico, tamaño oficio, se consagró desde su primer número al sostenimiento de la independencia y las instituciones de la República, y fue impreso en una prensa Chandler. Pero ya en el número correspondiente al 18 de octubre de 1866, Francisco Cortés no figuró como redactor responsable, sino el Lic. Cipriano Piña. Parece ser que Francisco Cortés decidió regresar a Guadalajara, donde residía su familia. No obstante, Piña duró muy poco como redactor responsable, ya que en el número correspondiente al 17 de noviembre de 1866 apareció J. C. Valadés como redactor responsable, continuando F. Riestra como tipógrafo de la Prefectura (las siglas J. C. hacen presumir que se trata del gran periodista José Cayetano Valadés, muerto por la dictadura cañedista en 1879, y cuya familia fue traída a Sinaloa por el general Corona para ampliar los dominios de la cultura por medio del periodismo). El Cinco de Mayo consignó, en su edición del 15 de septiembre de 1866, una gacetilla en que la Junta Patriótica da a conocer el programa para solemnizar las festividades nacionales de los memorables días 15, 16 y 27 de septiembre, aniversario de la independencia nacional. El programa de la noche del 15 incluyó “iluminación general y serenata en la Plaza de Armas, donde el Acta de Independencia será leída a las doce de la noche por Francisco I. Madero, se darán repiques de campanas a vuelo, quedando libre la tribuna para todos los ciudadanos que gusten ocuparla” Pero lo más importante, para seguirle la pista al origen de la tambora sinaloense, fue cuando en la misma gacetilla se dio a conocer que después de la lectura del acta de Independencia, la Junta Patriótica recorrerá las calles con la música militar y con las demás personas que deseen victoriar la independencia. No había más música que la que partía de la Banda Militar del Ejército de Occidente. José Cayetano Valadés insertó en el pequeño periódico, en la sección de variedades, una pequeña nota que decía así: La receta es una de las distracciones principales en Culiacán, y, casi diremos, la única. ¿Por qué, pues, esa apatía en concurrir a ella? Venid, poetas, espiritualistas, soñadores de largas cabelleras de ébano. ¿Preferís el horizonte de vuestro



estudio o de vuestra tertulia, a esas nebulosidades de la noche, a ese cielo puro iluminado de perla, a las armonías escapadas de entre el azahar de nuestros naranjos?

Se presume que esa Banda Militar del Ejército de Occidente ofrecía audiciones públicas en la Plaza de Armas, que, por la exaltada descripción romántica de José Cayetano, estaba llena de naranjos cuya fragancia de azahares constituía un poderoso atractivo para que los vecinos de la pequeña ciudad hallaran reposo al espíritu en sus noches largas, tranquilas y cálidas. Se habían apaciguado los rumores de la invasión francesa, abortada por Rosales en San Pedro, en 1864, y ahora la gente incluía en sus pláticas la novedad de la presencia del Ejército de Occidente y de su banda militar. Naturalmente que esa banda de excelentes músicos, no pudo desatender la demanda comedida y gentil de las muchachas para que amenizara algún baile. Hasta entonces, esos bailes eran alegrados por conjuntos de cuerdas que carecían del brío y la altanería de los metales de una banda militar. Con el consentimiento previo del general Corona, esa banda se hizo presente en las grandes casonas, de corredores desbordados en macetas con plantas de sombra y con un patio con fuente de agua al centro, y tocó melodías sin acentos castrenses. Rubio Valdez dice que esa banda militar, aparte de conmovier y enardecer a las muchachas, también fue un atractivo poderoso para los muchachos. Muchos de ellos, arrastrados por la belleza de los sonidos de esos instrumentos no conocidos, causaron una honda impresión, luego una gran curiosidad y, finalmente, un gran deseo por aprender a tocarlos. El general Corona, cuyas ideas estaban firmemente arraigadas en una gran cultura, empalmó esas ideas a las de licenciado Eustaquio Buelna para crear una institución de enseñanza superior que empezaría en el Liceo Rosales, en Mazatlán, en 1873; no se negó a esa segunda solicitud y ordenó al director de la banda militar que platicara sobre música a atentos alumnos. Por los desplazamientos del Ejército de Occidente, los músicos de oreja poco pudieron avanzar; mas cuando la Banda Militar del Gral. Corona se fue hacia el sur, algo había dejado atrás, aparte del súbito enamoramiento de las jóvenes por algunos de los atildados músicos militares. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento, Difocur, Culiacán Sinaloa, 2002).



4

Los alemanes trajeron la música a Sinaloa: Valadés

El 18 de enero de 1978 el presidente municipal de Mazatlán, Raúl Ledón Márquez, publicó el acuerdo del Cabildo que declaraba a don Miguel Valadés Lejarza cronista oficial del puerto. Don Miguel rechazó el honroso nombramiento. Entonces, Ledón Márquez ordenó a unos gendarmes que lo trajeran a su oficina, pero sin propasarse. Y don Miguel, en medio de gendarmes, recibió el nombramiento de cronista firmado por todos los regidores, que lo aclamaron junto con otros vecinos del puerto sinaloense. Ningún nombramiento más merecido que aquél, puesto que don Miguel había dedicado treinta años de su vida a escudriñar los ángulos más oscuros y desconocidos de la historia mazatleca. Desde joven fue evidente su inclinación por el periodismo, siguiendo una corriente de sangre de la familia Valadés, traída a Sinaloa de Jalisco por el general Ramón Corona. Uno de esos Valadés, José Cayetano, publicó el primer periódico de oposición en Sinaloa: La Tarántula. Este pequeño periódico combatió a la dictadura del general Francisco Cañedo, que llegó al poder el 5 de mayo de 1877 y ya no se despojó de él hasta el día de su muerte, el 5 de junio de 1909. Para aplacar suspicacias y aligerar de argumentos a sus enemigos políticos, el taimado general cedía el poder temporalmente a un excelente hombre y profesionalista como fue el ingeniero Mariano Martínez de Castro, cuyas obras materiales permitieron la modernización de la ciudad de Culiacán. Martínez de Castro fue gobernador del estado dos ocasiones: de 1880 a 1884 y de 1888 a 1892.

El 28 de diciembre de 1878 el general Cañedo expidió una Ley de Hacienda que creaba las contribuciones directas afectando al poderoso comercio extranjero de Mazatlán. José Cayetano Valadés, director de La



Tarántula, combatió con la fogosidad de su juventud y su valentía de periodista de oposición aquella contribución exagerada y atacó el gobernante tildándolo de déspota y autoritario. Cierta día, José Cayetano paseaba con su novia y una amiga de ésta por las calles Belisario Domínguez y Callejón del Ángel, cuando Nicolás Zazueta, fingiéndose borracho, agredió al grupo de jóvenes apuñalando a José Cayetano, que cayó empapado en sangre. Nicolás Zazueta, apodado El Borrego, cobró quinientos pesos y dos pistolas viejas por la vida del joven periodista mazatleco. José C. Valadés, otro notable miembro de la familia Valadés, publicó en el puerto el periódico El Correo de Occidente, y llamó a su pariente, Miguel, a trabajar como fotógrafo. Dicho periódico, igual que La Tarántula, se hizo notar inmediatamente por sus vigorosas ideas progresistas y democráticas: y fue cerrado por el general Macías. Cobró gran fama este periódico cuando lanzó una extra dando a conocer el asesinato del coronel Rodolfo T. Loaiza, gobernador del estado de Sinaloa, crimen que tuvo lugar en el Patio Andalúz del Hotel Belmar el 21 de febrero de 1944. José C. Valadés firmó un editorial en el que incluyó estas líneas: Después de la tempestad ha venido la calma, pero no la calma que engrandece y ennoblece el espíritu. Hay algo dentro de todos y cada uno de nosotros que no es desasosiego, ni temor: es desesperanza y amargura. El coronel Loaiza había sido un generoso impulsor del carnaval porteño, y era un admirador de la tambora sinaloense.

Don Miguel Fernando Pedro Valadés Lejarza nació, por un accidente de tren, en Guaymas, en 1918. Pero vivió gran parte de su vida en La Noria. Quiso ser marinero y no pudo, y empezó a coleccionar valiosas piezas de cerámica que dejaron tras de sí las antiguas tribus indígenas que poblaron el litoral sureño del estado. Igualmente, utilizó su tiempo en popularizar el juego de ulama como manifestación de fortaleza e imaginación de los naturales de la tierra. En uno de sus libros, don Miguel Valadés Lejarza escribió que Mazatlán tuvo sus primeros pobladores españoles en 1531. Cuando la Junta Gubernativa declaró a Mazatlán puerto de altura (el 15 de diciembre de 1821) no tardó en llenarse de extranjeros españoles, alemanes, franceses, ingleses, chinos que se aposentaron en el puerto para ejercer el comercio en pequeña y grande escala. Muchos de esos extranjeros no se podían desprender de la envoltura clásica del aventurero,



pero fueron pocos, ya que la mayoría eran personas respetables dispuestas a probar suerte en tierra ajena. Entre esos extranjeros llegaron dos jóvenes alemanes: los hermanos Jorge y Enrique Melchers. El primero de enero de 1840 abrieron las puertas de su negocio llamado Melchers Hermanos y Compañía. Fue un negocio mágico: había de todo, sin ser botica. Desde el principio, Casa Melchers se esmeró en dotar de herramientas a los mineros porque a mitad del siglo XIX la minería estaba en auge todavía luego de una sorda y despiadada explotación durante el periodo colonial de tres siglos. En la Casa Melchers, aparte de aperos para mineros y agricultores, había una sección de muebles para el hogar, proponiéndole al sinaloense algo más que la rústica mesa de pino con su dotación de sillas de vaqueta. Casa Melchers llenó el local de palas, martillos, azadones, zapapicos, serruchos, cucharas de albañilería, plomadas, rejas de arado que liquidaron el arado de palo, cepillos de carpintería, garlopas, ocupar las manos. Al poco tiempo, Casa Melchers fue, además de una inmensa ferretería, una casa bancaria que se dio el lujo de llenar el vacío de un puerto que no tenía bancos ni instituciones de préstamos a los que venían haciéndose notar en los campos del comercio, la minería, la agricultura y la ganadería. Fue tan notable su crecimiento dentro de Mazatlán que pronto Casa Melchers se vio obligada a abrir sucursales en las principales poblaciones del estado: Culiacán, Mocorito, El Fuerte, cuando todavía no surgía la pujanza económica de Los Mochis, Guasave y Guamúchil, y ahora, en el año 2002, La Cruz. Pero la Casa Melchers, ampliando el catálogo de sus ofertas y dándole otro giro al negocio meramente de ferretería, importó de Europa, principalmente de Alemania, los primeros instrumentos musicales que se conocieron en Sinaloa: el piano, violín, acordeón, contrabajo, flauta, trompeta, clarinete, trombón, tambora, tarola, batería, y un pequeño órgano que se convirtió en el primer instrumento musical de jóvenes campesinos y pastores que gracias a él sacaron algunos ruidos mucho más agradables que los que podrían sacar de una simple hoja de naranjo. Don Miguel Valadés Lejarza dijo que gracias a los Melchers se empezaron a formar en Mazatlán los primeros conjuntos de música de cuerdas con violines y contrabajos, pero sólo para amenizar las fiestas de las familias prósperas del puerto, especialmente las de origen europeo. Dichos conjuntos musicales de



cuerdas sólo lo disfrutaban quienes tenían una posición social y económica muy desahogada.

Sin embargo, se produjo el desquite cuando a aquellos conjuntos musicales de cuerdas arrogantes que sólo servían a las familias adineradas se empalmaron las primeras bandas de música de viento que con su gran estridencia proclamaron la hora de la venganza frente al lánguido sonido que más bien parecía un murmullo de oración. Valadés Lejarza describió con punzante ironía que mientras los conjuntos musicales de cuerdas redujeron la clientela a los comerciantes más prósperos, la música de viento ¡música de viento, qué bello! se propagó como la humedad o el salitre en capas sociales más bajas, estableciendo un principio de equidad en algo tan de todos como es la música. Con los instrumentos musicales importados de Europa muchos jóvenes empezaron a adiestrarse, y no tardó la tambora en aparecer en las plazuelas, y poco después en los bailes populares. Los primeros músicos de oídas de oreja, decían otros tuvieron origen campesino. Valadés Lejarza afirmó que pocos músicos surgieron entre los que practicaban un oficio en el puerto. Esos campesinos acudían al llamado, y rápidamente se integraban a la banda de música de viento que generalmente se componía de tres clarinetes, dos trompetas, dos trombones, un bajo de pecho, dos saxos, tambora y tarola. Dejando a un lado sus aficiones por la fotografía y el juego del ulama, don Miguel Valadés Lejarza profundizó en la investigación para dar con el origen de la tambora. Descubrió que los alemanes de la Casa Melchers jugaron un papel importante a mitad del siglo XIX, y luego los primeros músicos de oreja, como don Refugio Cuco Godínez, que fue el primer maestro teniendo entre sus alumnos a un muchacho con una especial disposición para la música, llamado Gabriel R. Osuna.

El maestro Godínez organizó la primera banda de música de viento en El Venadillo, a finales del siglo XIX. Esa banda fue muy popular en el sur de Sinaloa. José Virgen formó otra banda de música de viento en Concordia. Tuvo allí de alumno a Sebastián Sánchez Tirado, quien, años más tarde, compondría una hermosa canción, la que entró a formar parte del repertorio de toda tambora: Amor de madre. Los alumnos de don Refugio Godínez y don Gabriel R. Osuna pronto se desparramaron por los



municipios sureños, y formaron sus propias bandas de música de viento en Villa Unión, La Noria, Walamo, El Recodo, El Quelite, El Limón, San Ignacio, San Javier, Mesillas, El Rosario, Chametla y Escuinapa. Valadés afirmó que la pujanza del carnaval de Mazatlán se apoyó en la tambora, cuya creciente popularidad constituyó uno de los mayores atractivos de esa fiesta. Durante el carnaval, se reunían en el puerto las bandas de música de viento de todo el estado, registrándose simpáticos torneos donde la aglomeración de la gente en torno a una de esas bandas eran la garantía del fallo de un jurado calificador, cuyo juicio era inapelable. Para dirimir la supremacía de una tambora sobre la otra cada tambora tenía sus propias características; no era la misma la de Mocorito que la de La Cruz y se sometían a la prueba de interpretar lo mejor del repertorio con la vivacidad del sonido de sus correspondientes regiones al interpretar las clásicas, como La india bonita, El coyote, La culebra pollera, El sinaloense, El caballo bajo, Las cuatro milpas, El Quelite, El sauce y la palma, Las Isabeles, El niño perdido, Los caballos que corrieron, Brisas de Mocorito, Amor de Madre, Ingrato dolor y tantas más. Don Miguel Valadés Lejarza (marinero fracasado, fotógrafo de prensa, fabricante de lanchas y cronista contra su voluntad) ha dicho que la tambora nació gracias a los hermanos Jorge y Enrique Melchers, miembros de aquel grupo de comerciantes alemanes que tanto quiso a Mazatlán, al contribuir a su hermoamiento urbano con el kiosko de la Plazuela República, la Glorieta Germania y el Paseo Claussen. Pero la Casa Melchers provocó con sus instrumentos musicales una manifestación artística que al paso del tiempo se ha convertido en emblema del espíritu festivo del sinaloense: la tambora. Y, don Miguel Valadés Lejarza murió en Mazatlán el 13 de agosto del año 2000, y en plática de amigos aseguró que en sus treinta años andando aquí y allá encontró que el origen de la tambora sinaloense se remontaba a la mitad del siglo XIX, cuando aquellos primeros comerciantes alemanes, nostálgicos y memoriosos, como los hermanos Jorge y Enrique Melchers, quisieron tranquilizar las dolencias del corazón trayendo los instrumentos musicales y ayudando a formar aquí los músicos para recobrar algo de su amada Alemania. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento, Difocur, Culiacán Sinaloa, 2002)



5

La influencia de la música francesa en la tambora sinaloense

TAMBORA SINALOENSE. Influencia francesa. Cuando el Mariscal Armando D'Castagny atravesó Zacatecas y Durango para invadir Sinaloa, por la vía del Espinazo del Diablo, se estaba formalizando el insensato plan de Napoleón III de crear un protectorado francés en la región de Sonora, que le restituyera la pérdida de la Loisiana, vendida en ridículos quince millones de dólares en 1803, al floreciente imperio estadounidense. Al llegar el ejército francés a Mazatlán (agotado por el escabroso camino y por el fiero acoso de las fuerzas republicanas), los vecinos del puerto se asombraron por el aspecto fiero y marcial de los soldados, calificados en aquel tiempo como los mejores del mundo. Sus uniformes y sus piezas de artillería, arrastradas por caballos, también asombraron a los observadores. D'Castagny y su tropa entraron al puerto el 13 de enero de 1865, improvisando cuartel en una hermosa casona, bajo el sonido de una banda militar que acompañaba al regimiento de D'Castagny que se había desprendido del ejército del general Aquiles Bazaine. Pocas semanas después de la llegada del ejército invasor a Mazatlán, se presentó en la Plazuela Machado la banda militar francesa, bajo la dirección del maestro J.C. Saverthal, dedicando su primera audición al general D'Castagny, militar de carrera, comandante de la Segunda Brigada del Tercer Regimiento de Zuavos, comandante del 95o. Regimiento de Línea y Batallón de Tiradores Argelinos, todo esto durante la batalla de Puebla. Después de ofrecer marciales aires franceses, el maestro Saverthal tuvo un gesto gentil con su pequeño y arisco auditorio al interpretar La Paloma, una hermosa canción cuyo autor era el cubano José Iradiar, que era la favorita de la emperatriz Carlota Amalia, esposa de Fernando José Maximiliano de



Habsburgo, emperador de México con el apoyo del ejército de Napoleón III. Dicha canción la cantaba la emperatriz antes de que los fracasos políticos del marido la fueran orillando lentamente a la locura: Si a tu ventana llega una paloma,/ trátala con cariño que es mi persona. No obstante la amistosa disposición del maestro Saverthal y su Banda del Imperio no logró vencer la antipatía que los mazatlecos sentían por los invasores. En una de las ediciones del periódico El Cinco de Mayo, órgano oficial del Ejército de Occidente, cuyo comandante en jefe era el general Ramón Corona, se publicó una nota describiendo el rencor que había provocado en la población la presencia de los franceses intrusos en Mazatlán. El 21 de abril de 1866 se publicó una pequeña noticia, escondida entre edictos y disposiciones oficiales del Ejército Republicano del general Corona: La música francesa ha vuelto a recibir en la Plaza de Armas de Mazatlán los aplausos de marras a pedradas. Deben de saber nuestros lectores que la vez pasada, hallándose la música francesa una de las noches de retreta ejecutando a toda orquesta, en medio de una concurrencia numerosos, para hacerse admirar seguramente el odio, que ni aún en los puntos que sufren la opresión de los invasores puede contenerse, y cuando los ciudadanos han sido despojados y robados de toda clase de armas particulares por la policía francesa en la plaza del puerto se manifestó arrojando piedras a los infames invasores, como una prueba de que se detesta todo lo del enemigo, y que hasta sus piezas musicales mejor ejecutadas, que serían melodiosas y agradables en otras circunstancias, en las actuales son, al oído de todo patriota, tan desagradables como el silbido y los alaridos de los apaches.

No obstante el rechazo popular a los militares franceses, hay la presunción de que aquel aire marcial se trasladó a la naciente banda de música de viento que compitió la languidez de las orquestas que ya existían en Mazatlán y que, como ya se dijo, amenizaban las reuniones sociales de los más prósperos y connotados comerciantes extranjeros empleando los instrumentos de cuerda que habían sido importados de Alemania por la Casa Melchers, propiedad de los hermanos Jorge y Enrique. Por otra parte, el licenciado Ignacio Ramírez el ilustre Nigromante, magistrado, periodista, escritor, ministro de Justicia y Fomento con Juárez vivió un tiempo en Mazatlán, antes de trasladarse a Sonora en 1863, donde editó La



Insurrección, donde mantuvo una lúcida y valiente polémica con Emilio Castelar sobre la legitimidad de los pueblos hispanoamericanos de luchar por su libertad. El Nigromante Ramírez escribió una carta a Guillermo Prieto, otro apasionado liberal del siglo XIX, describiéndole Mazatlán de ese mismo año de 1863, antes de seguir al norte. Tenía el puerto 18 mil habitantes, y era la ciudad más interesante del estado de Sinaloa, a pesar de que, en cierto sentido, le disputaba Culiacán ese puesto. Tenía el puerto un aspecto encantador visto por el lado de las Olas Altas. Dentro de la ciudad y torcidas. Hay un gran movimiento comercial y los peatones y los carruajes se deslizan por las calles laberínticas con un gran señorío que demuestra que no hay miseria ni abandono. Y El Nigromante Ramírez hizo uno de los primeros retratos del porteño, al describirlo como limpio, alegre y bullicioso. No hay en el mazatleco la apatía y el odio al trabajo que caracterizan a los moradores de la tierra caliente. Pero si ese vecino limpio, alegre y bullicioso se entregaba al trabajo durante el día, por la noche se dedicaba a la juerga y el jolgorio. Tan ilustre huésped contó a Guillermo Prieto: A las nueve de la noche casinos, cantinas y billares se hallan llenos de parroquianos, entre los cuales abundan alemanes y españoles, adueñados de Mazatlán por el recurso del comercio. A esa hora todo es beber y jugar, y, después de la traspasada, todo el mundo va a sus ocupaciones con religiosa puntualidad. Es proverbial el lucimiento de los bailes mazatlecos llenos de alegría, elegantes y costosos; y son fama extendida las fiestas de carnaval. Por el paseo de Olas Altas, bajo carpas de manta enjabelgada, al son de las orquestas, los aficionados a Birján son desplumados por los implacables banqueros. Difícilmente puede verse un panorama más hermoso que el del mar desde el paseo Olas Altas. Cuando el licenciado Ramírez se refirió a las orquestas, seguramente se refería a las que ya se habían formado cuando los Melchers trajeron los primeros instrumentos musicales al puerto. Dos años después, cuando ya El Nigromante estaba en Sonora, llegaron los franceses con su Banda del Imperio, del maestro Saberthal, que deslumbró a los mazatlecos con la sonoridad y vigor de sus metales, lo cual, probablemente, preparó el escenario para el nacimiento de la tambora.

El ejército del general D' Castagny salió de Mazatlán el 15 de



noviembre de 1866; durante esos dos años de permanencia, los europeos influyeron en muchos aspectos en la vida cotidiana del puerto, tanto en la forma de vestirse y divertirse como en la de comer y beber.

Tal vez el maestro Saverthal venció la resistencia de algunos jóvenes porteños y los hizo sus alumnos, enseñándoles los secretos de los instrumentos de aire, que completó un adiestramiento que había comenzado otro modesto maestro, don Refugio Cuco Godínez, a mediados del siglo XIX. Naturalmente, se guardó por pudor y orgullo el que oficiales del ejército de D' Castagny se divirtieran en los grandes salones de la alta sociedad porteña que lucía un vastísimo catálogo de hermosísimas hembras que en nada demeritaban frente a las europeas. Al principio, según la virulenta crónica del periódico El Cinco de Mayo, la indignación tenía su origen en que los militares franceses habrían procedido a un desarme general. Cuando al mazatleco se le despojó de su pistola o rifle, se sintió lastimado en su orgullo. Pero éstos fueron pocos, en realidad, ya que la mayoría de los habitantes del sur sintieron las profundas lastimaduras a la dignidad que significaron la presencia de un ejército invasor, que no había tenido aprecio alguno por la soberanía del suelo patrio.

Don Eustaquio Buelna, en su libro meritorio Apuntes sobre la intervención francesa en Sinaloa, dijo que una banda de música había acompañado a la tropa sinaloense que se envió al interior del país para combatir al ejército de Bazaine. Dicho contingente salió de Mazatlán en febrero de 1863 con rumbo a Zihuatanejo; es decir, la fuerza militar sinaloense engrosaría al ejército de Zaragoza, Escobedo y Corona en su guerra contra Francia. Sin embargo, esa abigarrada tropa, mal armada, mal vestida, mal alimentada, víctima de la leva se perdió, y la historia no consigna batalla alguna contra el invasor en que hubiera participado. Esa banda de música de que habló don Eustaquio Buelna podría haber sido una simple banda de guerra cuyos instrumentos fueron adquiridos por los militares locales de ese tiempo en la Casa Melchers, que abrió sus puertas el 1 de enero de 1840. Aquella tropa fantasma, que se embarcó en Mazatlán y cuyo destino no se conoció jamás, volvió a tiempo a la tierra sinaloense para defenderla de los franceses y argelinos de Armand D' Castagny.

El maestro Manuel Chino Flores Gastélum, muerto en 1998 a los



ochenta y un años, escribió que, según Antonio Nakayama, esa tropa regresó a Sinaloa por diferentes caminos, atendida a sus propios recursos, ante la desbandada de jefes y oficiales para no arrastrar sus responsabilidades. Algunos miembros de esa banda de guerra fueron recogiendo, de vuelta a casa, muchas antiguas canciones que se oían en pueblos y ranchos desperdigados en la geografía nacional, y que luego ya vestidas con algunos arreglos empezaron a enriquecer el caudal de la música popular sinaloense. Y volvió los ojos al grupo de militares que nunca olieron la pólvora pero que regresaron a Sinaloa, cantando o silbando melodías que se difundieron por barrancos y valles, mejorando el repertorio musical: esos soldados causaron alta en los ejércitos de los generales Ramón Corona y Antonio Rosales, combatiendo al invasor del suelo patrio. El Chino Flores Gastélum dijo, a Jael Álvarez Otáñez, que él no creía que la banda de música de viento tuviera origen alemán, como lo aseguró don Miguel Valadés Lejarza, cronista de la ciudad de Mazatlán, al acreditarle a la Casa Melchers (propiedad de Jorge y Enrique Melchers) el haber importado de Alemania instrumentos musicales y propiciar entre jóvenes mazatlecos el adiestramiento para conocer los secretos del clarinete, la trompeta, el trombón, la tarola, la tuba y la tambora. Flores Gastélum afirmó, con el apoyo de sus propias investigaciones y deducciones, que la tambora tenía sus orígenes más que en alemanes en franceses. Mencionó la presencia en México del ejército de Aquiles Bazaine y de sus bandas militares y también la notable influencia que la música y la cultura francesa ejercían en el presidente de la República, general Porfirio Díaz, ordenando éste crear bandas de música en las capitales de los estados, las que ofrecían audiciones en las plazas para el público modesto pero amante de la música. En cuanto a la narración de don Eustaquio Buelna, relativa al envío al interior del país de una banda de música junto con tropa, el Chino Flores Gastélum dijo que probablemente se trató de una pequeña confusión, y que en vez de banda de música se trataba de una banda de guerra, ya que no iban a una fiesta, sino a una guerra. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento, Difocur, Culiacán Sinaloa, 2002).



6 La Chana Núñez, musa que inspiró a Terríquez El Quelite

TERRIQUEZ, FRANCISCO. Músico. Corren muchas versiones sobre cómo se compuso la canción El Quelite, una de las más hermosas del repertorio musical sinaloense. Empezaremos por la versión que dio el doctor Luis Zúñiga Sánchez, cronista y ex presidente municipal de Mazatlán. Escribió en uno de sus libros que en cierta ocasión (no precisó la fecha) hubo un juego de ulama, juego indígena sinaloense que ya existía antes de la conquista española en El Quelite, sindicatura del municipio de Mazatlán. Presenciaban ese bello deporte dos vecinos distinguidos del pueblo: don Prisciliano G. de León y don Modesto Arámburo. Se encontraron con Francisco Terríquez y le dijeron que circulaban decires en el sentido de que era músico, y que ellos tenían curiosidad por saber si era cierto. Terríquez les afirmó de palabra y gesto que sí, que sí era músico; naturalmente, músico de oreja, músico de oído, de los de antes. Entonces los dos señores le preguntaron a Terríquez si él podía formar y adiestrar una banda de música como las que ya existían en Mazatlán y otras ciudades del estado. Que ellos estaban dispuestos a aportar el dinero necesario para la adquisición de los instrumentos y la renta de una casa que acomodaría a la naciente escuela de música. Respondió Terríquez que él pedía dieciocho muchachos que sintieran algún interés por la música, y que el resto lo dejaran por su cuenta. Aquel acuerdo verbal no se llevó al papel: eran tiempos en que la palabra del hombre era ley. Aquellos viejos de El Quelite eran personas de palabra; es decir, la sola palabra hacia innecesaria la presencia de un notario público ni un escribano. La palabra empeñada era un documento en toda regla; era una palabra que



no se podría jamás desconocer; nadie se podría echar atrás luego de la palabra empeñada, como las de don Prisciliano G. de León y don Modesto Arámburo. Francisco Terríquez, al que el doctor Zúñiga Sánchez hizo aparecer como oriundo de Pánuco, el viejo mineral que empezó a explotar el fénix de los conquistadores de Sinaloa, don Francisco de Ibarra, en 1565, empezó a trabajar con sus alumnos campesinos y pronto se vieron los resultados, gracias a la natural disposición que los sinaloenses sienten por la música. En El Quelite nació, pues, una de las primeras grandes bandas de música de viento que hubo en el sur, y don Prisciliano y don Modesto se murieron con la satisfacción y el orgullo de haberle dado a su pueblo una banda de música formada por muchachos quelitenses. El doctor Zúñiga Sánchez cuya mayor opulencia política se dio durante el gobierno del general Leyva Velázquez contó que el músico, siempre romántico, terminó por enamorarse de una muchacha del pueblo. Esa muchacha se llamó Feliciano Chana Núñez. A las orillas del pueblo había un predio en cuyo centro tenía doña Petra Arámburo de Osuna su casa. Aquel predio era atravesado por el camino real de las diligencias. Había cerca del patio de la casa un encino roble que desparramaba una sombra que más parecía mancha de aceite. Francisco Terríquez, en su desvarío amoroso, había caído en la costumbre de tirarse bajo el hermoso árbol y dejar correr sus sueños aliviando el bochorno de las largas tardes del verano. Francisco Terríquez disfrutaba de su siesta cuando fue despertado por una voz conocida. Era Chana. Esa misma tarde empezó a pergeñar lo que sería una canción de doble efecto: una declaración de amor para Chana y una declaración de amor a El Quelite:

Al pie de un encino roble,
me dio sueño y me dormí,
y me despertó una joven
diciendo ya estoy aquí.

Francisco Terríquez al mismo tiempo que amansaba sus músicos cerriles daba forma a la bella canción de doble amor. Cuando ya la tuvo más o menos completa fue y la cantó a la Chana Núñez en el portal de



su casa. Luego hizo lo mismo con don Prisciliano y don Modesto. Don Prisciliano echó mano al pañuelo colorado, lo desenrolló y le entregó cincuenta pesos de plata, diciéndole:

—Ten estos cincuenta pesos, aunque te mereces más.

Don Modesto, para no quedarse atrás, sacó también otros cincuenta pesos y abrazó al autor:

— Dicen que el que afloja el paño colorado no afloja las lágrimas.

¿Será cierto?

Francisco Terríquez no soltó las lágrimas, pero sí su canto estremecido:

Qué bonito es El Quelite,
bien haya quien lo formó,
que por sus orillas tiene
de quien acordarme yo.

Francisco Terríquez no se casó con la Chana Núñez y no hizo valedero lo del final habitual de los cuentos “y fueron felices”.

La Chana Núñez nunca se casó, y murió soltera. Francisco Terríquez terminó sus días administrando un mesón para arrieros en Mazatlán, cuyas recuas de burros y mulas llegaban cargadas de quesos, gallinas, maíz, frijol, manzanas, duraznos, membrillos, tejocotes y cueros crudos de res y venado de la sierra de Concordia, Pánuco, Copala, y El Verde, de Zavala, El Rosario y Escuinapa, y regresaban cargadas de telas, café y azúcar, espejos y quinado para el cabello, medicinas de la Casa Melchers y artículos de mercería de Heymann Sucesores. Este mesón de Terríquez, según el relato del doctor Zúñiga Sánchez, fue muy popular no nomás entre los arrieros sino entre los cargadores del muelle y estuvo en un viejo caserón de la calle República (hoy Guillermo Nelson).

Helena Simonett hizo un recorrido por el estado para estudiar de cerca la música popular sinaloense expresada a través de la tambora, o la banda de música de viento. Dicha investigación le permitió escribir un texto extremadamente bien documentado al que tituló La historia social y la fuerza cultural de la banda de música mexicana para optar



al título de doctora en filosofía y etnomusicología por la Universidad de California en Los Ángeles. La Simonett platicó con viejos músicos de oreja tratando de hallar pistas que le permitieran ir al fondo de la historia de la tambora. Platicó con Armando El Serrucho Bastidas García, quien nació en El Quelite en 1942. Bastidas formó parte de la Banda de Los Escamillas, de Mazatlán, y luego se integró a la de El Recodo, de Cruz Lizárraga, donde durante veintiséis años fue el de la tuba. Se cansó de las desveladas y las malpasadas y se dedicó a trabajar un taxi en el puerto. Conoció la historia de esos músicos de pueblo, cuyas canciones son compradas por unos cuantos pesos durante una borrachera. Esa persona que compra una canción la registra a su nombre, usurpando un derecho. Francisco Terríquez compuso El Quelite, luego La india bonita y El sauce y la palma, y jamás cobró un peso por regalías. El Quelite fue registrada, según El Serrucho Bastidas, por Pedro Vargas. Esta hermosa canción ha andado de boca en boca y su verdadero origen todavía es un misterio. El Serrucho Bastidas afirmó a la investigadora norteamericana que Francisco Terríquez compuso la música pero la letra fue hecha por Humberto Terríquez, nativo de La Cruz. El mismo informante aseguró que la canción de Terríquez fue compuesta, inicialmente, en honor a La Noria, otro pueblo mazatleco de onda tradición musical. Al acercarse en El Quelite, el compositor hizo el cambio movido por la pasión que había desencadenado en su corazón la bella y discreta Chana Núñez. Muchas otras hermosas canciones, de autor desconocido, y por lo tanto del dominio público, eran cantadas y silbadas por los campesinos, y esas canciones oídas en labios de la abuela o del abuelo de pronto tenían autor al ser registradas en la Sociedad de Autores y Compositores de México para allegarse fama y regalías.

El Quelite era una canción que se oía en pueblos y ranchos del sur. Poco se le conocía en el centro y el norte del estado. Pero en 1952 (como ya se dijo en otra parte), Romeo Zazueta hizo la primera grabación de tambora sinaloense en la RCA Víctor, cuyo director artístico era Mariano Rivera Conde, un mazatleco que se casó con Consuelo Velázquez, autora de Bésame mucho. Dicha primera grabación fue posible gracias a la intermediación de Enrique Peña Bátiz, un fanático de la música de tambora, y muy dado a apoyar los valores sinaloenses como Enrique El



Negrumo Sánchez Alonso y Jorge Macías. Rivera Conde preguntó a Romeo Zazueta si quería regalías por la grabación del disco ¡Arriba Sinaloa!, o prefería un pago. Romeo consultó a sus compañeros y optó por un pago único. Después se dolerían de haber cometido tamaño error, porque el disco fue un éxito al incorporar canciones de corte campirano como El Quelite, La india bonita, ¡Viva Leyva!, y El niño perdido. Los músicos integrantes de la banda Los Guamuchileños recibieron un cheque de 6,500 pesos de la RCA Víctor, que obtuvo ganancias muy fuertes con la música de viento. Peña Bátiz murió en 1999, cuando luchaba por la institución del Día de la tambora sinaloense. Angélica Osuna, un amorosa investigadora de la historia de San Ignacio, aseguró que Julio Lozano desertó de la tropa que envió Porfirio Díaz en persecución de Heraclio Bernal, El rayo de Sinaloa, quien vivía regularmente en El Chaco, donde preparaba sus ataques a las compañías norteamericanas dedicadas a la explotación de las minas de oro y plata en los municipios de Cosalá y San Ignacio. Lozano, oriundo de Querétaro, vecino de Cabazán, compuso según (Angélica Osuna), El Quelite en una cálida demostración de cariño hacia ese pueblo sureño y sus habitantes. Esta versión, naturalmente, no ha sido respaldada por documento alguno, y se trata de una versión muy respetable y simpática que merece la debida consideración en un momento en que se formula un estudio sobre la música popular sinaloense.

En 1940, el coronel Rodolfo T. Loaiza, nativo de San Javier, municipio de San Ignacio, inició su campaña política tras la Gubernatura del estado, teniendo como rivales al Ing. Guillermo Liera y al Gral. Ramón F. Iturbe. Fue una campaña muy difícil y violenta, ya que el 14 de mayo de 1940 hubo nueve muertos y treintaseis heridos durante un mitin en Los Mochis. El coronel Delgado tomó El Quelite como himno de campaña. Se oía esa canción de Terríquez en todo el estado. El coronel Delgado tenía una buena voz y en alguna ocasión conmovió al general Cárdenas al cantarle El Quelite. Fue tan grata la impresión como cuando escuchó El barzón. Finalmente triunfó el coronel, y ya gobernador del estado impulsó el carnaval de Mazatlán así como la música de tambora como manifestaciones explosivas del carácter del sinaloense, que todavía no perdía sus rasgos rurales. Los generales de la revolución en Sinaloa



—Ramón F. Iturbe, Angel Flores, Juan Carrasco, Macario Gaxiola— siempre mostraron su gusto por El Quelite. Era una de las piezas favoritas que pedían en los bailes que organizaban al tomar una plaza. A esos bailes se invitaba a las muchachas, que acudían siempre del brazo de las mamás, que servían de chaperonas. El Quelite ha navegado, pues, en dos etapas diferentes de la historia: durante el Porfiriato, en la persecución de Heraclio Bernal por el ejército de la dictadura, y en la Revolución. Y hoy día, en el año 2002, en la Banda del El Recodo de los descendientes de Cruz Lizárraga y en todas las tamboras de Sinaloa y los discos de Luis Pérez Meza resuenan los versos sencillos y hermosos, inspirados en la Chana Núñez, rústicos como una troje de maíz en hoja, sin retoque, al natural, del gran Francisco Terríquez cuya grandeza pasa por encima del hecho siniestro e injusto de no saber siquiera en qué lugar del estado nació: Camino de San Ignacio,/ camino de San Javier,/ no dejes amor pendiente/ como el que dejaste ayer. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento, Difocur, Culiacán Sinaloa, 2002.)



7 Severiano M. Moreno: músico, maestro y soldado

MORENO MEDINA, SEVERIANO. Músico, maestro y soldado. Nació en El Rosario, municipio de Rosario, el 21 de febrero de 1862. Su padre se llamó Manuel Moreno, carpintero de oficio, y su madre, Lucas Medina. Desde muy pequeño se aficionó a la música. Empezó a tocar el tambor en los remates de las casas de empeño en El Rosario. El tambor de Severiano servía para atraer al público a los remates de prendas que no habían sido recogidas por los dueños, al recibir un préstamo angustioso, de las casas de empeño que funcionaron en el viejo real de minas mucho antes que en el resto del estado. Después se enseñó a tocar la flauta. Cuentan que en dos ocasiones, aún de corta edad, estuvo a punto de perder la vida: cierta ocasión en que tocaba la flauta se desplomó el techo del corredor de la casa, cuyos cimientos se debilitaron por una galería subterránea de la mina El Tajo, y la segunda vez estando en Escuinapa al sacar agua de una noria se resbaló del brocal y cayó al fondo. Fue rescatado con muchas dificultades por su propia madre, que se dio cuenta del accidente. Severiano quedó huérfano de madre siendo muy niño. Su padre se volvió a casar en Escuinapa y procreó a sus medios hermanos, María de Jesús y Manuel. Manuel, el padre, tenía un taller de carpintería y quería que el hijo siguiera el mismo oficio. Severiano, en sus ratos de ocio, construía guitarras y violines, y así enviaba al padre un mensaje que él no entendía: Severiano no quería ser carpintero, quería ser músico. Tenía doce años cuando entró a formar parte de una orquesta, tocando el contrabajo. No tenía la estatura requerida para tocar aquel instrumento, y se paraba encima de un cajón de madera. En la parroquia observaba con detenimiento al que tocaba el armonio, tratando de aprender desde lejos.



El padre llevó al hijo con el párroco, pidiéndole que lo aceptara como parte del coro y como ayudante del que tocaba el armonio; el sacerdote aceptó, y Severiano muy pronto se hizo cargo del coro. Al morir el que tocaba el armonio el muchacho ocupó su lugar, y pronto trascendió por la región su buen arte aprendido de oído.

Cuando ya gozaba de gran popularidad debido a su destreza para tocar los instrumentos musicales, Severiano se enamoró de una muchacha originaria de Escuinapa llamada Francisca Crespo y se casó con ella el 17 de marzo de 1889, cuando tenía veintisiete años. Francisca Crespo Camacho se convirtió en su musa, al componerle dos canciones: Morena y Cuanto te quiero. Severiano dio otro paso: ya hacía música. Decidió probar suerte como agricultor y llevó a la esposa y a los hijos (Josefa, Francisca y Luis) a Quimichis, en el estado de Nayarit. Su experimento resultó un fracaso, y decidió volver a Escuinapa. En vista de que sus apretaduras económicas no disminuían a pesar de su calidad como músico, Severiano aceptó el puesto de ayudante en la escuela primaria de Escuinapa, con un salario de cuarenta centavos diarios que le proponía el gobierno de la Prefectura constituida por Rosario y Escuinapa. Fue una experiencia muy grata para el joven músico verse de pronto convertido en un maestro de banquillo, y le puso mucho cariño a su trabajo cuya recompensa no tardó mucho ya que al año siguiente fue nombrado director de la escuela de Cacalotán. Fue en Cacalotán donde, el 15 de septiembre de 1902, dio la primera audición la orquesta que se integró por deseos del prefecto político del Rosario, don Ignacio Gadea Fletes. Cuando el sur hervía de conspiradores contra la dictadura porfirista, el músico compuso en 1907 la polka Los conspiradores. En 1908 fue designado director de la escuela de Escuinapa, con salario de un peso y ochenta centavos diarios. Tres años después sufrió el terrible primer gran dolor de su vida al morir Panchita, la esposa amada.

Al estallar el movimiento maderista, Severiano M. Moreno se afilió a los rebeldes del sur: Casimiro Rendón, Guillermo Nelson y Jesús Cisneros. En honor de sus maderistas compuso la polka Los alzados. Cuando el coronel Rafael Buelna llegó con su tropa a El Rosario, Severiano se acercó a los integrantes de la banda de música de la Brigada Buelna, que dirigía



el maestro concordense Sebastián Sánchez Tirado. En una parranda, Severiano retó a Sebastián a ver quien escribía más pronto la música de una canción alusiva a los jóvenes oficiales del general Buelna, que no dejaban dormir tranquilas a las muchachas rosarenses. Severiano compuso la polka *Oficiales parranderos*, y ganó la apuesta a Sebastián Sánchez Tirado, que años después compondría *Amor de madre*, pieza clásica de la tambora sinaloense. En 1913, al ser descubierta la conspiración anti-huertista en Escuinapa, Severiano huyó a Tuxpan, Nayarit, donde se incorporó a la Brigada Buelna como subdirector de la banda de música y con el grado de capitán segundo. En la estación del ferrocarril de Escuinapa, Severiano compuso la marcha ¡Viva Buelna!, dedicada al que después la sociedad de Tepic motejaría como El granito de oro de la revolución. En Santiago Ixcuintla estrenó la marcha *Restauración y justicia*, que mereció el elogio del coronel Buelna. Con la Brigada y su banda de música, Severiano llegó hasta Aguascalientes, donde recibió la horrible noticia de que su hijo Luis y su yerno Juan del Río, casado con Josefa, habían muerto durante el combate contra las fuerzas enemigas en Tepic, en 1917, un año después de la muerte de Victoriano Huerta. Fue tal la confusión que estas muertes causaron en su vida que decidió causar baja en la Brigada Buelna, con el consentimiento de los coroneles Juan de Dios Bátiz y Mariano Rivas, del Estado Mayor del coronel Buelna.

Al dejar las armas, Severiano M. Moreno decidió volver a Escuinapa y luego a El Rosario, en compañía de sus hijas Josefa y Francisca y de sus nietos José Luis (hijo del mayor Juan del Río y Josefa) y Jesús Manuel (hijo de Francisca). Halló un territorio sacudido por la revolución, sin fuentes de trabajo, y movido por la necesidad tomó su violín y la flauta y se fue a Concordia y Quilá, donde se ganó unos pesos tocando en las bandas de música. Fue en ese tiempo de confusión sentimental cuando compuso ¿Qué haré? En sus apreturas económicas escribió al general Ramón F. Iturbe, gobernador del estado, y le pidió trabajo como maestro. Por acuerdo oficial fue nombrado director de la escuela de Pánuco, en el municipio de Concordia. Empalmó a su tarea de maestro a la música y en 1923 compuso el vals *Mi gloria*, dedicado a Gloria Montijo, hermosa muchacha de Concordia. Un año después fue cambiado a la escuela de Cacalotán,



en el municipio del Rosario, y allí reorganizó la orquesta de cuerdas al tiempo que escribía música y letra del vals *Esther*, en honor de una guapa mujer llamada Esther Apodaca, con la que se casó en 1924. Por medio de la música restauró su vida sentimental, sin dejar de probar suerte con otras hembras, como Dolores Osuna, a la que dedicó una marcha cuando fue electa reina del carnaval de Cacalotán. Después de servir veintiocho años, Severiano M. Moreno obtuvo una jubilación de ochenta pesos mensuales, por decreto número 130, del 30 de enero de 1937, del Congreso del Estado, y que hizo efectivo el gobernador del estado, coronel Alfredo Delgado. Cuando sintió próximo su fin escribió una carta al nieto, José Luis del Río Moreno:

— ¿Qué te diré, hijo? Te diré sólo que soy un cadáver. Lamento no dejarles nada de herencia porque soy solemnemente pobre. Que soy tu abuelo que te pide un último favor: que mis restos sean llevados a Escuinapa, donde al menos Josefa y Francisca no dejarán que mi cadáver sea llevado al panteón en un carro de la basura envuelto en un simple petate. Fue llevado a Escuinapa muy grave, y allí murió el 21 de noviembre de 1939. Al ser sepultado en el panteón Juárez las tamboras y orquestas ejecutaron sus mejores piezas y los profesores Onofre R. Zatarain y José M. Nevárez pronunciaron las palabras de despedida.

Al enterarse de su muerte, Juan de Dios Bátiz escribió lo siguiente: el Severiano M. Moreno, natural de El Rosario, quien ejerció en su juventud, y casi hasta su muerte, con cariño la carrera del magisterio, se incorporó a las filas de la revolución, formando parte de la Brigada Buelna, donde prestó sus servicios hasta que ésta fue disuelta, combatiendo en sus filas no solamente con las armas en la mano con el grado de capitán, sino como inspirado compositor que levantaba el espíritu combativo de nuestras fuerzas con sus composiciones bélicas y marciales, entre otras, que yo recuerde, sus marchas *Restauración y justicia* y ¡Viva Buelna!

Por su parte, el maestro Juan Macedo López escribió en su columna (Ventanal) del periódico *El tiempo*, de Culiacán, este texto: Maestro y compositor, de toda verdad, fue don Severiano M. Moreno, nacido frente a las marismas del Rosario, quien paseó su bonhomía ondeando al aire su blanca melena de bohemio y su robusta y chaparra humanidad de



mestizo, despidiendo sus ojos un alucinado chispazo de los inspirados, de los líricos extrovertidos que son melodía y verso andariegos siempre a la búsqueda de las fuentes ternas pero invisibles de la inspiración. También el escritor Manuel Estrada Rousseau escribió un texto laudatorio sobre el gran músico que desparramó su amor por El Rosario y Escuinapa, sin declarar preferencia: En Mazatlán los compositores, sobre todo los dos Enríques: Navarro y Mora Andrade, rivalizaban con los de Culiacán, entre ellos don Ángel Viderique —bombín, levita cruzada y rosa en el ojo—, que escribía, instrumentaba y hacía ejecutar en la flamante Banda del Estado sus danzas cadenciosas, y en la villa de Escuinapa, un hombre de voluntad extraordinaria y talento nada común, como Severiano Moreno, sonorizaba las apacibles horas provincianas con sus canciones sentimentales. Músico, versificador, maestro de escuela y soldado de la revolución, Severiano M. Moreno es, sin duda, uno de los compositores sinaloenses más atractivos y de recia personalidad; quizá también el más fecundo. No vemos en él, como en el autor de Alejandra, al bohemio que sabe de los refinamientos urbanos y en sus aras perece, ni como Enrique Navarro, al músico y compositor (a secas), que se va aburguesando al ganar dinero. Severiano M. Moreno es el visionario que sigue todos los caminos a cambio de que éstos le auguren su enseñada posición de ventura; es el entusiasta que aborda todas las naves con que éstas aseguren navegar hacia tierras de justicia, libertad y paz. El 13 de mayo de 1962, el gobernador del estado, Leopoldo Sánchez Celis, develó un busto de bronce del ilustre músico en la plazuela de Escuinapa; y en noviembre de 1980 el presidente López Portillo inauguró las instalaciones de DIFOCUR construidas por el gobernador Alfonso G. Calderón. José Luis del Río Moreno su nieto escribió una biografía sobre él, y Antonio Toñico Pineda Gutiérrez publicó unas líneas alusivas al nieto de Severiano M. Moreno y lo llamó el único comunista pobre de Sinaloa. José Luis replicó que no era tan pobre, y menos el único comunista sinaloense.

Fue en el sur de Sinaloa donde surgieron estos músicos admirables y cubrieron toda esa época romántica. Como Enrique Mora Andrade, autor de Alejandra, Sebastián Sánchez Tirado, autor de Amor de madre y Severiano M. Moreno, autor de La morena —ven a mis brazos, morena, ven con el hombre que te ama—, Mi gloria, Cuánto te quiero, ¡Viva



Buelna!, Oficiales parranderos, y tantas otras que hoy enriquecen el acervo musical de Sinaloa. El nieto resató la obra del abuelo, quizá olvidada ya, al incluir en la biografía las polkas, marchas, danzas y pasos dobles de su cantada. Recuperando la memoria del músico, maestro y soldado de la revolución que fue Severiano M. Moreno, también se recuerda su vida de artista pobre y de maestro incomprendido. En la biografía del nieto no hay un solo momento de holgura económica en la vida del artista. Sus penurias se hacían más llevaderas por el gran amor a las mujeres (Borges dijo que todo hombre que abraza a una mujer inaugura el paraíso) y su inspiración rindió tributo a hermosas muchachas, entre ellas Francisca Crespo Camacho y Esther Apodaca. Al morir Severiano M. Moreno, a los setenta y siete años, vuelven a la memoria los versos muy conocidos de Calderón de la Barca:

¿Qué es la vida?
Una ilusión,
una sombra, una afición,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño
y los sueños sueños son.

(Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento. Doficur, Culiacán Sinaloa, 2002).



8

Alejandra, hermoso vals compuesto a un amor imposible

ALEJANDRA.-El hermoso vals Alejandra fue compuesto por encargo del enamorado de una hermosa mujer (tierna, inteligente, sencilla) llamada Alejandra Ramírez. Don Héctor R. Olea, ilustre historiador, dijo que los valses sinaloenses más hermosos son Cuánto te quiero y Mi gloria, del músico rosarense Severiano M. Moreno, Ella, Desengaño, Mimo, Virginia, Cele y Matilde, del compositor mazatleco Martiniano Carbajal Jr., ¿Por qué lloras?, del músico guasavense Miguel C. Castro, y Alejandra, del músico tepiqueño Enrique Mora Andrade. Don Héctor escribió que Mora Andrade nació en Tepic el 14 de julio de 1876, mientras que otros biógrafos aseguraron que en Mazatlán. Tal parece que la familia Mora Andrade, según se podría desprender del texto de don Héctor, se mudó al puerto buscando mejores medios de vida. Mazatlán era una pequeña ciudad, con una gran actividad económica debida al comercio. La navegación marítima se hacía, a mediados del siglo XIX, en frágiles barcos sin fuerza motriz, movidos por velas, es decir, por el viento de los mares. Dichas embarcaciones dejaban el Océano Atlántico y se adentraban en el Pacífico, por el Cabo de Hornos, en el extremo meridional de América del Sur. Desde Haburgo a Mazatlán, esos buques hacían seis meses, y sus bodegas llegaban repletas de instrumentos musicales: pianos, violines, guitarras, bajos, contrabajos, chelos, flautas, clarinetes, trombones y saxofones, todo esto destinado la Casa Melchers.

La familia Mora Andrade tenía una fuerte inclinación a la música. El pequeño Enrique tuvo por maestro a Eduardo Betancourt, quien le enseñó a leer y escribir. En ese tiempo, en Mazatlán sólo había escuelas de cuatro grados. Al terminar el cuarto año el muchacho se



inscribió en el colegio particular del maestro David Antonio Urrea. Pero en vista de las penurias familiares, Enrique se vio obligado a trabajar en la imprenta de don Ignacio Maldonado, en la que aprendió algo de tipografía y encuadernación. Su hermano Eligio había formado una orquesta con sus otros hermanos en 1892, a la que, naturalmente se le llamó Orquesta Mora, y de la que formaban parte Eligio (el hermano mayor) que tocaba el contrabajo; Gerónimo, el trombón; Enrique, el violín; Manuel, el chelo y Manuel Gallardo, que era el percusionista, además de José Andónegui, que junto a Eligio llevaba la batuta.

Pronto, en el puerto cundió la fama de estos músicos, y la orquesta fue requerida para amenizar las grandes fiestas de las familias ricas de Mazatlán. La orquesta alegró los bailes de la alta sociedad en el Casino Mazatlán pero también los de clase media que llenaban el salón de Artesanos Unidos. Igualmente, la Orquesta Mora ofreció audiciones públicas en la Plazuela Machado; asimismo servía de acompañamiento a las distintas compañías de teatro que llegaban a Mazatlán, directo al Teatro Rubio.

Francisco Ramírez Osuna escribió un libro sobre la música mazatleca y ahí dijo que Manuel, el menor de los siete hermanos Mora, había contado al profesor Amado González Dávila, autor del Diccionario enciclopédico geográfico, histórico, biográfico y estadístico del estado de Sinaloa, que se publicó en 1959, durante el gobierno del general Leyva Velázquez, y del doctor Héctor González Guevara como presidente municipal de Mazatlán, que en 1886 Enrique empezó a mostrar su natural disposición como compositor al dar a conocer una mazurka llamada Angelita, que se hizo muy popular, con una letra de un autor desconocido. El maestro Ramírez Osuna dijo que Enrique, siendo muy joven, organizó una estudiantina con señoritas y jóvenes; él les enseñaba a tocar mandolina, violín y guitarra. Formalmente, en 1895, nació la Estudiantina Independencia y en 1897 la Estudiantina Felicidad, de la que formaban parte hermosas muchachas mazatlecas como Florencia, Carmen, Guadalupe Cota, María, Victoria, y Esther Vázquez, así como Andrés Ibarra, José Sotomayor, Manuel Mora y Manuel Rodríguez. Un año después, en 1898, Enrique integró la Estudiantina La lira, que participó en



el primer carnaval de Mazatlán. Por las noches el joven músico estudiaba con singular empeño armonía y composición. No obstante su edad, fue sinodal en la Academia de Música que dirigían los maestros Francisco Martínez Cabrera y Roberto Contreras. Enrique Mora Andrade no pudo apartarse de ese imán que es la alegría porteña. En un ambiente de fiesta perenne, el joven músico empezó a aceptar las invitaciones a beber una copa de los amigos y admiradores. Fue cayendo lentamente en las garras del alcoholismo. Llegó un momento en que perdió la noción del tiempo. En ese trecho de su vida conoció a Luisa Fajardo, una joven de conocida y adinerada familia. Fue un amor de un solo lado, el de Enrique. Luisa tenía otro proyecto sentimental y terminó cumpliéndolo al casarse con el alemán Julián Schindler. Tal vez este desenlace que liquidó las fantasías románticas empeoró el vicio de Enrique. Mora Andrade ya había compuesto dos mazurkas (Angelita y Leoba) y un vals (Emilia) en lo que parecía el inicio de una brillante carrera musical. Rafael Oropeza, oficial que había servido a las órdenes de los generales Ramón F. Iturbe y Juan Carrasco, estaba profundamente enamorado de una hermosa muchacha llamada Alejandra Ramírez. Frente a la negativa de la amada de una relación formal, el galán ofreció veinticinco pesos a Enrique Mora Andrade para que compusiera una canción que le ayudara en la conquista de ese bastión inexpugnable que era el corazón de Alejandra. Mora Andrade compuso la música y escribió la letra de un vals que, naturalmente, llamó Alejandra:

Soy feliz,
 desde que te vi
 te entregué mi amor,
 y la calma perdí.
 Son tus ojos tan hermosos
 y fascinantes al mirar,
 tu mirada seductora
 y tus labios rojos de coral,
 con la luz de tu mirar,
 con el fuego de tu amor,
 dime, niña, ¿quién no te ha de amar?



Qué felices horas
 paso yo junto a ti,
 vagas ilusiones
 por mi mente van,
 quiero yo ser feliz.
 Si tú me quisieras
 como yo te quiero a ti
 me darías entonces
 la dicha que perdí.
 Soy feliz
 desde que te vi,
 te entregué mi amor,
 y la calma perdí.

Mora Andrade compuso este vals tratando de ayudar las congojas amorosas del amigo, pero nunca le pasó por la cabeza la idea de que, en realidad, Alejandra se convertiría en uno de los vales más hermosos de México. El vals fue estrenado en la Plazuela Machado. Alejandra fue invitada. Mora Andrade se acercó a la linda mujer y le entregó la partitura en nombre del enamorado. Alejandra agradeció el gesto, pero no alentó los sueños de Oropeza. Enriqueta de Parodi, poetisa y escritora sonoreense, cultivó la amistad de Alejandra Ramírez y le arrancó algunas confidencias. Enriqueta de Parodi escribió: El vals Alejandra ha sido siempre en mi vida como una pasarela emotiva entre el hoy y el ayer. Tiene en sus notas la sugestión del recuerdo de un pasado romántico y de un sueño irrealizable y triste. En aquellos días de mi juventud nunca me puse a pensar en cómo habría surgido a la fama el vals, ni quien se lo habría inspirado. Me bastaba escucharlo y sentir que volvía a vivir, bajo el embrujo de la música, una etapa, acaso la más dulce de mi vida. Y un día supe que la inspiradora del vals de mis recuerdos vivía en Culiacán, la capital de una provincia nortehña. Nos puso en contacto, por medio de una carta, una escritora amiga de Alejandra y mía: Alejandra Cox, la autora de El batallón de San Patricio, y de varios bellos e interesantes libros. Una mañana, de eso hace muchos años, llegué a una casa solariega de la calle Rafael Buelna,



en la capital sinaloense. Sentía la inquietud de una rara emoción: iba a conocer a la mujer que había inspirado a un compositor vals tan bello, que había servido de tema para una película, y que, además, era como una cinta milagrosa de recuerdos entre dos almas cuyo amor vivía a través del tiempo. Conocí a la mujer que, para mí, era como un bello tipo de leyenda: Alejandra Ramírez de Retes. Y me encantó su dulce y alta figura de mujer, cuya personalidad no la menguaban los años, ni los devaneos del tiempo. Desciende de El Nigromante, y si el talento y la elocuencia se heredan, entonces se justifica que Alejandra sea tan elocuente y talentosa y tan modesta. La casa donde vive es antoñona; los corredores llenos de plantas bellísimas y de cantos de pájaros, denuncian, desde luego, a la mujer que ama la belleza y a quien le gusta vivir entre flores y trinos. Pasaron muchos días desde aquél en que nos habíamos encontrado, y yo había resistido la tentación de preguntarle (mejor dicho, de rogarle) que me contara la historia del vals. Cuando lo hice me miró en silencio y luego me dijo:

— Voy a contarle la historia de ese vals, y sé que va a sufrir una decepción.

(¿Una decepción? ¿Por qué?).

— Vivía yo en Mazatlán y tenía diecisiete o dieciocho años. A esa edad ya era tan alta como lo soy ahora, y tenía una cantidad de kilos de peso menos, que me permitían lucir una figura no desagradable, según el decir de la gente. Tenía, como es natural, muchos pretendientes, pero yo no me había enamorado de nadie, porque estaba enamorada de la vida. Me gustaba cantar, nadar, bailar, ir de aquí para allá y en todo alrededor era amable y bello en el Mazatlán de aquel tiempo. Entre mis enamorados había uno, que se llamaba Rafael, y era amante de la música, aunque él no componía ni tocaba nada. Con frecuencia me llevaba serenatas y, cuando dábamos vuelta en torno a la placita Machado, oyendo la música que a la usanza de aquella época se tocaba en las plazas públicas, para solaz del pueblo, él a veces me acompañaba y platicábamos de todo, pues no existía ningún romance entre los dos. Una vez me mandó un recado por conducto de un amigo y me extrañó el recado porque era una invitación para que no dejara de ir a la serenata del domingo en la Plaza Machado. Naturalmente,



no falté; no porque tuviera gran curiosidad por la invitación, sino porque para las muchachas jóvenes, dar vueltas en la plaza, oyendo música, era casi una devoción. De pronto nos llamó la atención un toque de clarinete de la orquesta; era un toque persistente que todos comprendimos era una llamada de atención. Pasaron unos minutos y luego la orquesta empezó a tocar. Era el vals Alejandra, que por primera vez se tocaba. Y es bello y llamó la atención, conquistó muchos aplausos. El compositor del vals se acercó donde estábamos algunos amigos y yo, y, al saludarme, me entregó una hoja de papel pautado en la que destacaba mi nombre con grandes letras. Era la música del vals. Yo, como comprenderás, estaba emocionada.

— “Maestro”, le dije, “qué hermoso es este vals y cómo se lo agradezco”.

— “A mí no, Alejandra”, me dijo, “debe agradecerse a Rafael, quien siendo gran amigo mío me pidió hace mucho tiempo compusiera un vals con el nombre de usted. Hoy he cumplido mi promesa y espero que el vals guste, como gusta a usted y a quienes lo han oído”.

Poco después llegó Rafael con la cara feliz, con el gesto sonriente.

— “¿Te gustó el vals, Alejandra”.

Contesté:

— “Rafael, no me gustó, sino que me encantó y me siento profundamente emocionada”. Al decirlo le ofrecí mis dos manos en señal de gratitud. El las besó y me dijo, casi en secreto:

— “Quisiera que me hubieras dado una sola mano, pero para siempre, Alejandra”.

Yo callé. No podía mentir, y él lo sabía. Fue Rafael siempre un admirador leal, sincero, perseverante, pero nunca pude amarlo. Años después salió de Mazatlán y, más tarde yo me casé, y, como ves, soy feliz. Mazatlán sufrió una serie de epidemias como la fiebre amarilla y el cólera morbus; pero también sufrió otra epidemia, que fue el romanticismo. Mora Andrade se convirtió, con su música, en un consejero sentimental. Acudían a él los que sufrían males de amores. El arreglaba corazones averiados. Compuso el vals Emilia con el que Manuel Macías Gutiérrez conquistó a Margarita Rivas, a la que hizo su esposa. Elisa fue otro vals que Mora Andrade compuso en honor de la actriz española Elisa de la Maza. Voz



del amor, vals que le sirvió a Roberto Henderson para declinar las armas de su rival, Virginia Muro, que terminó por aceptar llevar su apellido. Carlota nació gracias a amor que el músico sintió por Carlota Félix Díaz, tan intenso con el que le inspiró Luisa Fajardo. Al ser invitado a un baile en Villa Unión, Mora Andrade pagó la hospitalidad y las atenciones de sus vecinos componiendo Una nube en Villa Unión. Leoba nació por encargo de Abelardo Amaya y la polka 1901 abrió el baile organizado por Pantaleón Esquerza en casa de Arturo de Cima para saludar al nuevo siglo. Mora Andrade compuso también una marcha nupcial cuando Manuel Gómez Rubio se casó con Eloísa Ocón. Alejandra se casó con José María Retes.

Su vida de pobreza se aligeraba con estos encargos de estos enamorados desesperados, pero Mora Andrade caía cada vez más en las garras del alcoholismo.

Manuel, su hermano menor, recogió todas sus partituras y las mandó encuadernar. Pero un buen día, Manuel Gallardo, miembro de la Orquesta Mora, y que también era peluquero, pidió prestado el libro de las partituras y nunca lo regresó. Cuando murió, la viuda quemó todas sus pertenencias, borrando recuerdos, y el libro con la música de Mora Andrade fue pasto de las llamas. Alejandra ha sobrevivido por su belleza, siendo una pieza clásica de la banda de viento. El mejor biógrafo del músico romántico, Ramírez Osuna, dijo que Mora Andrade fue traído a Mazatlán de Villa Unión el 1 de enero de 1913 muy grave después de que abusó con el alcohol durante las fiestas de fin de año. Fue atendido por el doctor Manuel Urrea, y recobró las fuerzas para componer, ya en la cama, la pieza Tres de la mañana y el vals Bellas costeñas. Fue una especie de despedida, porque murió a las diez de la noche del 7 de enero de 1913, cuando tenía 37 años. En memoria del gran músico romántico, que sufrió en carne propia el mal de amores, cabe muy bien una frase de Einstein: Hay dos maneras de vivir: una, como si nada fuese milagro; otra, como si todo fuese milagro. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento. Difocur. Culiacán, Sinaloa. 2002)



9

“Si el mayor paga con plata, yo se los pagó con oro”

EL CORRIDO DEL MAYOR Y DE VALENTE. Francisco Gil Leyva, un gran periodista y escritor, sintió una rara atracción hacia el corrido bravío que exalta la pasión y exagera el machismo innato del sinaloense. Con el propósito de ver de cerca el escenario donde se produjeron las muertes insensatas e inútiles del mayor Martín Elenes y del subteniente Valente Quintero, el 19 de marzo de 1922 Gil Leyva se agregó a un grupo entre los que iban los candidatos a diputados y a presidente municipal de Badiraguato en visita a Bamopa. Alguien de la comitiva, grabadora en mano, recogió al testimonio de Martina Ortiz de Quintero, de ochenta y dos años y viuda del subteniente Valente Quintero. El entrevistador preguntó:

—Díganos, señora, ¿cómo fueron los hechos?

Martina contestó sin vacilaciones:

—Fue en Babunica. (Babunica se encuentra un poco arriba de Bamopa Río, por el camino a Santiago de los Caballeros). Fue un bailecillo que no tenía chiste. Vino Martín Elenes con su gente. Valentín estaba trabajando tras unos cerros y bajó al mentado bailecillo. Le dije a Valentín que no fuera al baile porque allí iban a estar los santiagueños que no se querían con los de Bamopa, por asuntos de partidos políticos. Elenes era de un partido, Valente de otro. Pero Valente me dijo:

—Dicen que Elenes me quiere venir a matar a mi casa, así que voy a Babunica porque si no voy va a creer que le tengo miedo. Y fue.

—¿Cómo fue la tragedia, señora? Martina respondió:

—Estaba Elenes en -Babunica platicando con un hermano mío, Evaristo Ortiz, que ya murió. Platicaba lejos del bailecillo donde tocaba un



acordeonero y un guitarrero. Ya en la madrugada, Valente pegó un gritó:

—¡Me la chupas!— Oye, Valente —dijo Elenes. Mi hermano se puso en medio:

—Déjalo, déjalo, Valente está borracho— dijo Evaristo Ortiz.

Elenes le replicó con coraje:

—No, vamos a ver a Valente a ver qué quiere. Lo encontraron en la puerta de una cantina:

—¿Qué quieres, Valente?— le preguntó Martín Elenes. Valente contestó:

—Que nos demos de balazos, de veras, de veras, mi mayor. Y como Martín Elenes no estaba borracho le ganó el jalón.

Según los testigos, ya en la madrugada, cuando empezaban cantar los gallos, se produjo la balacera. El mayor Martín Elenes, envuelto en una cobija porque en marzo todavía hace mucho frío en la sierra badiraguatense, disparó hiriendo a Valente Quintero mortalmente. Entonces, desde fuera el patio de la casa de Lucas Payán, Martín Ortiz disparó contra el mayor Martín Elenes, que fue recogido por sus compañeros, y cuando lo llevaban a Santiago de los Caballeros murió en el camino.

Fidel Carrillo y José Goicoechea se lanzaron en persecución de Martín Ortiz, que huyó río abajo. Lo alcanzaron en Jesús María, cuando descansaba bajo un guamúchil lleno de roscas vacías, y ahí lo acribillaron a balazos. La rivalidad del mayor Martín Elenes y del subteniente Valente Quintero se empalmó a la rivalidad mortal entre el general Ramón E. Iturbe y el general Ángel Flores.

Elenes fue jefe de la escolta del general Iturbe desde que se incorporó a su tropa, en Alcoyonqui. Había abrazado la causa de la revolución maderista militando, muy chamaco, a las órdenes de Eduardo Fernández Lerma, junto con Rafael Carrillo, Eligio Samaniego y Gustavo Medina. Habría de atraer luego a las filas iturbistas a Juan José Caro, Mauro Valenzuela, Candelario Ortiz y Prisciliano Coronel.

El 20 de mayo de 1911, el general Iturbe con su gente de la que formaban parte Juan M. Banderas, Herculano de la Rocha, Claro G. Molina, Gregorio Cuevas y José María R. Cabanillas, sitió Culiacán pidiendo la renuncia del gobernador porfirista Diego Redo, y la deposición



de las armas de los últimos reductos del ejército de la dictadura. Cinco días después de que se inició el asalto de la plaza de Culiacán, renunció el general Porfirio Díaz como presidente de la República, y el 3 de junio de 1911 renunció Diego Redo a ser gobernador de Sinaloa. El general Ángel Flores profundizó su rivalidad política con el general Ramon F. Iturbe, celoso de las victorias del joven militar. Iturbe, con una formación religiosa muy acentuada, trató de suavizar la relación, pero fracasó ante la tozudez del ex cargador del muelle en Mazatlán. Durante la toma de Mazatlán, el general Ángel Flores pretendió fusilar a Eliseo Coronel y a Jesús y Ramón Elenes. Se le enfrentó el coronel Eduardo Fernández Lerma:

—Tú que me fusilas uno de mis muchachos y tendrás que vértelas conmigo.

Cierta ocasión, durante una alegre fiesta con mezcal y tambora, en un club social de Culiacán (contó Oscar Lara Salazar) el general Ángel Flores sorprendió al mayor Martín Elenes jugando a las vencidas, ya un tanto perturbado por el mezcal. El general Flores lo retó:

—Juégalas conmigo. El mayor Martín Elenes respondió:

—No, mi general; yo a usted lo respeto.

—Pues si no quieres con las manos pues entonces con las pistolas— dijo el general Ángel Flores. Mal había acabado de decir esas palabras, cuando el mayor Martín Elenes lo tenía encañonado a corta distancia. Se disculpó el general Flores:

—Sí la traes, lo que no traes son güevos.

El subteniente Valente Quintero, nativo de Bamopa, inició al lado del mayor Martín Elenes algunas acciones durante la revolución. Ambos formaron parte de la escolta del general Iturbe, pero cuando éste mostró predilección por el santiagueño el bamopeño se sintió degradado.

En 1917, el general Iturbe fue declarado gobernador del estado, pero el general Ángel Flores lo desconoció, profundizando la rivalidad que se reflejó en la conducta del mayor Elenes y del subteniente Quintero, ya que este último se afilió al grupo del general Ángel Flores. El general Flores firmó el Plan de Aguaprieta. En un tiempo en que Sinaloa estaba incomunicado, y donde las noticias circulaban con singular lentitud —los arrieros eran los simpáticos, lenguaraces y exageradores propagadores de



nuevas—, cuando los periódicos, escasos, mal hechos, mal informados, se doncretaban a reseñar hechos meramente urbanos (no había ni radio mucho menos televisión), el corrido sirvió de pegamento para darle cierta cohesión a ranchos y pueblos sinaloenses. Fue, pues, el corrido, un recurso para dar a conocer hechos relevantes que habían conmovido a una región. En el duelo insensato y machista del que habló el Lic. Gil Leyva fue un músico de Bamopa, Rosendo Monzón, el que se decidió a reseñar el suceso con sus claras y profundas limitaciones y ya que mal tocaba un viejo acordeón que dejaba escapar el aire por muchas de sus roturas, y pulsaba a medias una guitarra. Rosendo Monzón se convirtió en el pionero de esos músicos rurales que mediante una paga han compuesto corridos a los narcotraficantes que empezaron a prosperar a simple vista al crecer la demanda de la mariguana y la amapola. Dicho corrido del mayor Martín Elenes y del subteniente Valente Quintero ha sufrido modificaciones en la letra al paso de los años, y de la letra original de Rosendo Monzón poco queda. Pero de lo poco que queda se puede oír esta letra con una música enervante y bravía que obliga a desenfundar la pistola y disparar al aire en una manifestación muy sinaloense de la alegría exacerbada por el alcohol. Esta es la versión original de Rosendo Monzón, el músico de Bamopa, emparentado con el subteniente Valente Quintero, y, por lo tanto, parcial en su obra rústica pero altamente expresiva:

Año de mil novecientos
veintidós al contado,
fue el diecinueve de marzo,
¡ ay, que día tan desgraciado!
Un domingo fue, por cierto,
día de todos mis desdeños,
murió Valente Quintero
y el mayor Martín Elenes.
Su esposa le decía:
-Tú te vas a emborrachar,
no vayas a Babunica,
porque te pueden matar.



Y Quintero contestó:

-No me hagas ningún plan,
traime mi bolsa de caza
para traértela con pan.
Se fajó su "45"
con sus cuatro cargadores.
-Yo me voy a Babunica
a ver qué quieren esos señores.
Cuando llegó a Babunica
mandó tocar el Toro,
si Elenes paga plata
yo se los pago con oro.

Los músicos contestaron:

-No lo podemos tocar,
aquí están los de Santiago,
y nos pueden matar.

Quintero contestó:

-Aunque les parezca mal,
yo no vengo de Santiago,
pero vengo de Bamopa,
y si no me tocan el Toro,
tóquenme Heraclio Bernal.
Se salió de la enramada
con su sombrero de un lado
dirigiéndoles injurias
a todos los de Santiago.
El mayor lo siguió,
haciendo la gente a un lado:
-Tú lo que tienes, Valente,



es que eres muy ocasionado.
Quintero le contestó:
-Yo no soy ocasionado,
pero con esta "45"
no respeto ningún grado.
Se salieron al patio
dándose de balazos:
-Yo no me rindo, Valente,
aunque me des de balazos.
Valente cayó primero
dándole cuenta al Creador,
alevantó la cabeza
y le hizo fuego el mayor.
Elenes quedó de pie,
pero mal herido
dio unos pasos
y también quedó tendido.
Alevantaron a Elenes,
ese sería su destino,
lo llevaron pa' Santiago,
y se les murió en el camino.
Llegaron los de Bamopa
a la casa de Payán:
-Venimos por Valente
pa' irlo a enterrar.
Lo llevaron a su casa,
muerto y muy ensangrentado,
adiós, Valente Quintero,
que Dios te haya perdonado.
Lo velaron en su casa,
Colocado en un cajón,
lo llevaron sus amigos
a enterrarlo en el panteón.



Sin embargo, esa letra rústica de Rosendo Monzón fue remplazada por otra, más cultivada y armoniosa, cuyo autor se desconoce. (Esta versión original de Rosendo Monzón es cantada por Felipe Peinado, un viejo trovador badiraguatense que nació en 1917 en el Arroyo de los Almodóvar, cerca de Dolores, Chihuahua. Este corrido lo toca, en el año 2002, a sus ochenta y cinco años de edad, con su letra original y lo cobra según de a cómo es el cliente).

Esta es la nueva letra del corrido de Babunica:

Aquí me siento a cantar
 con cariño verdadero,
 versos que le compusieron
 a don Valente Quintero.
 Le hablaron a don Valente
 unos grandes señores,
 se fajó su carrillera
 con sus cuatro cargadores.
 Y le decía su querida:
 -Valente, ¿qué vas a hacer,
 el mayor anda borracho
 y algo te ha de suceder?
 Y le decía a su querida:
 - No te quedes con pendiente,
 mira que si él es mayor
 yo también soy subteniente.
 Ya el mayor anda borracho
 y en las cantinas tomando,
 la música era de viento
 la que andaba tocando.
 Valente llegó al baile
 y mandó tocar el Toro:
 -Si el mayor paga con plata,
 yo les pagaré con oro.



Los músicos contestaron:
 -No lo sabemos tocar,
 Valente ya andas borracho!
 y tú has de querer pelear.
 Valente les contestó:
 -Yo no quiero averiguar
 si no me tocan el Toro
 tóquenme Heraclio Bernal.
 Valente andaba borracho
 y andaba escandalizando:
 -Con esta "45"
 no respeto ningún grado.
 El mayor le contestó:
 -Sea por el amor de Dios,
 la tuya es "45"
 la mía quema treinta y dos.
 Ya Valente anda borracho
 y en su caballo montado,
 con la pistola en la mano,
 y a las muchachas besando.
 Salió el mayor pa fuera,
 bastante enojado:
 -Valente, tú no eres hombre
 no eres más que ocasionado.
 -Yo no soy ocasionado,
 yo soy hombre de valor,
 nos daremos de balazos
 si usted gusta mi mayor.
 Se tomaron de la mano,
 se apartaron de la bola,
 y a los poquitos momentos
 sonaron seis tiros de pistola.
 Valente está agonizando
 dándole cuenta al Creador,



alzó los brazos al cielo
y dio un balazo al mayor.
Salieron los policías
a ver qué había sucedido,
y en punto del mediodía
Valente estaba tendido.
Vuela, vuela, palomita,
si no has de volar, detente
estas son las mañanitas
del mayor y de Valente.
Vuela, vuela, palomita,
párateen aquel romero
éstas son las mañanitas
de don Valente Quintero.
Aquí me siento a cantar,
con cariño verdadero,
versos que le compusieron
a don Valente Quintero.

Este hermoso corrido forma parte del repertorio de las bandas de música de Badiraguato, pero los de Santiago de los Caballeros rechazan una letra donde la figura del subteniente Valente Quintero sale altamente beneficiada, no así la del mayor Martín Elenes. El juez de Santiago de los Caballeros, Juan José Goicoechea, increpó a Rosendo Monzón Quintero: -¿De dónde me sales músico tú, si ni siquiera sabes leer y escribir? ¡Hasta poeta eres ahora! Lo bueno es que hubieras dicho la verdad y no esa sarta de mentiras de tu corrido.

No obstante el juicio lapidario de Juan José Goicoechea, el corrido ha triunfado a pesar de sus limitaciones y hoy constituye el manjar fuerte de la tambora sinaloense, al lado de Los caballos que corrieron y El corrido de Heraclio Bernal.

Las bandas de música de Badiraguato, como las de Higuera de los Monzón, El Huejote, Los Porteños de San José, Los Huitrones, Los Cortijitos, Los Populares del Llano de los Rochín, y la Santa Rosa de El Sitio



interpretan este corrido de Rosendo Monzón con toda su trágica historia, enardeciendo los ánimos.

El machismo fanfarrón, irreflexivo y suicida

Francisco Gil Leyva, que platicó con la viuda de Valente Quintero, y con Refugio Fonseca de Carrillo, media hermana de Martín Elenes, terminó por escribir un texto que hoy debería ser parte de un tratado sobre la conducta del sinaloense: Las muertes inútiles, derrochadas, de Valente Quintero, y de Martín Elenes cabalgan aún en los coplas de un corrido -“si el mayor paga con plata yo les pagaré con oro”-, a lomo de una popularidad que se nutre, que se ha venido nutriendo, en el machismo fanfarrón, irreflexivo, suicida y sin sentido del mexicano. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento. Difocur. Culiacán Sinaloa. 2002).



10 Miguel C. Castro, autor de la danza ¿Porqué lloras?

CASTRO CAMACHO, MIGUEL. Compositor musical. Fue una mujer llamada Quía la que le dijo al joven Miguel C. Castro que le enseñaría a tocar la guitarra si le acarrea de la noria toda el agua para llenar las tinajas de la casa. El muchacho aceptó y en ir y venir a la noria la Quía le fue enseñando los secretos de la guitarra sin saber que le estaba abriendo las puertas a un muchacho de origen campesino que tenía una gran disposición para la música.

Miguel nació en el rancho Gambino, cerca sumamente pobres, fueron Adolfo Castro y Amada Camacho. Vivía el matrimonio del fruto de un pedazo de tierra. Los padres descubrieron las inclinaciones naturales del hijo cuando Miguel se dejaba arrastrar por la música rústica y monótona que se desprendía de un violín y un arpa de los ejecutantes mayos en las fiestas tradicionales de la región guasavense. Cuando el joven veía la jícara sumergida en una tina llena de agua y el cascabeleo de los tenábaris de los danzantes indígenas se sumergía en profundas meditaciones.

La Quía —la solterona perezosa de Gambino— le enseñó a tocar la guitarra a cambio de mantener llenas todas las tinajas de la casa, y el muchacho se vio de pronto muy solicitado por los galanes del rancho que querían llevarle serenata a la novia.

De Nío, en el municipio de Guasave, el 16 de noviembre de 1869. Sus padres, Miguel tuvo de maestro en la escuela primaria a Alejandro Escalante, que estimuló la vocación del alumno. Por la pobreza de la familia tuvo que emplearse como dependiente en la tienda que tenía el comerciante español Juan Salazar en Nío. Para su alegría allí descubrió un piano en la casa del patrón, que le permitió tocarlo en sus ratos de descanso.



Fue una revelación inolvidable para el muchacho estar frente a un piano y luego un violín. El mundo que le había descubierto La Quía era más vasto y divertido. En 1900 era muy popular en la región de Guasave la polka, música muy viva de origen alemán. No había baile donde no se tocara la polka con instrumentos musicales adquiridos en la Casa Melchers, de Mazatlán. Al mismo tiempo que la polka se popularizó el vals criollo, más lento y cadencioso. Fue en ese tiempo cuando Miguel C. Castro empezó a componer música. Fue primero una danza y después un fox-trot. Siguió con una marcha y luego con un concierto para piano. Ya se sentía capaz de alzar vuelo. En 1908, Emilio Menchaca, un agricultor muy conocido y rico, hizo bromas pesadas durante una fiesta al decir que Nío era un lugar de constructores de canoas de álamo, pero no de músicos. Y para probar la capacidad del joven músico de Nío le pidió que le compusiera una pieza, una pieza romántica, que le ayudara en su esfuerzo por abrir el corazón de una hermosa mujer. Compuso una danza. Menchaca se olvidó del encargo al disiparse la euforia pasajera de una fiesta. El músico archivó su danza. Pasaron veinte años. En una fiesta que se ofreció a Luis A. Famanía, hombre de negocios muy popular y apreciado, Miguel C. Castro desempolvó la partitura que había estado guardada en algún cajón del ropero y la interpretó con su violín en honor del festejado. A medida que tocaba su danza el músico empezó a derramar lágrimas. Se acercó Luis A. Famanía y le preguntó:

—Por amor de Dios, Miguel, ¿por qué lloras?

El músico casi gritó:

—Ya está. Ya tiene nombre, por fin.

Famanía, intrigado, le preguntó:

— ¿De qué diablos estás hablando, hombre?

Miguel C. Castro le contó que veinte años atrás había compuesto una danza por encargo de Menchaca —igual al encargo que hizo Rafael Oropeza a Enrique Mora Andrade para que compusiera Alejandra—, que no podía doblar la voluntad de una guapa hembra.

—Tú has bautizado mi danza; se llamará “¿Por qué lloras?”

Ya no se diga más y que siga la alegría - dijo el músico enjugándose las lágrimas.



Fue en 1928 cuando nació ¿Por qué lloras?

En todo el país se oía el hermoso vals *Sobre las olas* que compuso Juventino Rosas en 1888. Tendría el músico guasavense un poderoso rival a derrotar: Juventino Rosas, oriundo de Guanajuato donde nació en 1868, un año antes que Miguel C. Castro. Comenzó a cobrar fama su danza, pero jamás alcanzó a *Sobre las olas*. Sin embargo, la música de Castro llegó a Europa por el impulso de su propia belleza y conquistó gustos exigentes. El Lic. Jesús María Chuma Tarriba —hijo de Miguel Tarriba, dueño de la Empresa del Agua de Culiacán—, estudió en la Sorbona, de París. Cierta ocasión escuchó la música de Castro y preguntó quién era el autor. Se le dijo que era música de un argentino; no se recordó el nombre. El licenciado Tarriba —un gran orador, un gran gourmet y un gran musicólogo— aclaró que el autor de música tan bella era un mexicano. No se le creyó.

Estando en Buenos Aires, el general Antonio Norzagaray, militar guasavense, oyó una música muy familiar a sus oídos y preguntó por el autor. Se le dijo que era música de un argentino. Aclaró que el compositor era un músico sinaloense. Se alzaron las voces de protesta, y el militar calló en previsión de males mayores. Un empleado de Casa Melchers, de visita de negocios en Alemania, oyó la pieza del compositor guasavense en Berlín, y por una mera curiosidad preguntó por el autor. La respuesta fue parecida: el autor era un francés. Alguién más creyó que el autor era un austriaco. No faltó tampoco quien sufriera un traspies al acreditársela a Strauss, ayudado por los vapores del alcohol.

Guasave era una villa tranquila y trabajadora en 1910. Prosperaba su gente en la agricultura. Circulaba el dinero en abundancia y con facilidad. Miguel C. Castro formó una orquesta junto con hijos y sobrinos. Dicha orquesta estuvo integrada por Bruno Félix Castro, Lamberto Ibarra, Miguel Castro Camacho, Procopio El Copito Santillanes, Rodrigo Castro, José El Prieto Castro, Miguel Morales y José María Castro. Muchos de esos músicos de Nío siguieron a Miguel C. Castro cuando se integró a la orquesta de Tirso Robles, que era la favorita en Los Mochis. Con su nuevo grupo, Castro participó en las grandes fiestas de la región, principalmente



aquéllas en que participaba el general Álvaro Obregón, presidente de la República, compadre y socio de Blas Valenzuela en El Cubilete, municipio de Guasave. El músico de Nío abandonó la orquesta de Tirso Robles y se regresó a Guasave al lado de su esposa Leocadia López y de sus cinco hijos, entre éstos sus tres mariposas, como describía a tres de sus hijas, que siempre vestían igual. Miguel C. Castro empezó a componer en 1900, y su primera obra se llamó *Cocochila*, en honor a un pájaro muy alegre en su canto y que abundaba por aquel tiempo en la región de Guasave. Después aparecieron las danzas *Llorando acuérdate*, *Idolo mío* y *Las quejas*. Tales obras fueron, en realidad, frutos de juventud, de aprendizaje, de pruebas. Al instalarse en Guasave el músico de Nío entró en plena creatividad con la contribución de un hogar feliz al lado de Leocadia. Produjo setenta y ocho obras de distinta naturaleza, como danzas, mazurkas, valsos, marchas, etcétera. Sobresalió, de entre su abundante producción, el vals *Cuca*. Después nacieron el vals *Capricho* y la danza *Sueños de felicidad*. Pero, finalmente, ¿Por qué lloras? fue una especie de consagración, al formar parte esta danza del amplio repertorio de la tambora sinaloense, popularizándose inmediatamente y manteniéndose, al paso de los años, en el gusto de todos.

En 1946, durante los Juegos Florales de Guasave, Raúl Cervantes Ahumada —cuentista, poeta, y maestro- dijo: —En Sinaloa hay muchos Miguel C. Castro, pero permanecen en la oscuridad. Esta es tierra de grandes músicos. El hizo memoria de esos grandes músicos como Enrique Mora Andrade, autor de *Alejandra*; Sebastián Sánchez Tirado, autor de *Amor de madre*; Severiano M. Moreno, autor de *¡Viva Buelna!*; Domingo Velarde, autor de *El palo verde*; Wenceslao Moreno, autor de *El niño Perdido*; Jesús Escobar, autor del vals *Fanny*; Alfredo Hays Cruz, autor de *Ausencia*; Feliciano Gómez, autor de *Brisas de Mocerito* y *Grato dolor*, clásicas de la tambora sinaloense; Pablo Beltrán Ruiz, autor de *Somos diferentes*, y Enrique Sánchez Alonso, autor de *Culiacán*, *Corazonada*, *Dios no lo quiera* y otras. Después de una larga y fructífera vida que se prolongó durante casi ochenta años, Miguel C. Castro murió en las oficinas de la Administración de Correos de Los Mochis, de un fulminante ataque al corazón mientras platicaba con un amigo el 8 de agosto de 1948. Fue



sepultado en el Memorial Hills, de Los Mochis, pero al cumplirse el medio siglo de su muerte, sus restos fueron traídos, en 1998, a su tierra natal: Guasave, donde reposarán para siempre. Su nombre prestigioso le ha sido impuesto a una calle de Guasave, así como a una escuela en Gambino.

Otros grandes músicos guasavenses han dejado memorable recuerdo, como Luis Ibarra, el Compa Polo, el Muñeco Ahumada, Rigoberto Peraza, El Chino Zamudio, Aquiles Castro, el Bolichi Maldonado, y tantos otros cuyos nombres se extravían en la memoria. Miguel C. Castro amó la música hasta el último momento de su vida. Dejó una pieza sin registrar a la que llamó No me digas adiós. Fue su despedida. En el rico anecdotario de Miguel C. Castro figura este suceso simpático. Estando Tirso Robles y su orquesta en Santa Rosalía para amenizar un baile de la Compagnie du Boleo, propiedad de inversionistas franceses, tocó ¿Por qué lloras?. Entre la concurrencia figuraba el presidente municipal de Santa Rosalía, que había nacido en Guasave. Fue tal la emoción que le produjo la música de Castro que llamó a Tirso Robles y le dijo:

—Mira, Tirso, desde este momento tú eres el presidente municipal de Santa Rosalía.

Naturalmente, se desató una fuerte ovación por este gesto que, seguramente, tenía la simpatía de todos los bajacalifornianos, tan aficionados a la música. En aquella época, el territorio sur de la Baja California era una región desolada. Muchos guasavenses brincaban el charco hacia la otra banda y se empleaban como barreteros en la mina de cobre de la Compagnie du Boleo. Pero por lo pesado del trabajo al romper el metal a muchos metros bajo tierra, y con un calor de infierno, muchos no aguantaban y se volvían a la tierra. El comercio entre Guasave y Angostura, con Santa Rosalía y era muy intenso, y los barquitos Korrigan de la compañía venían al litoral nuestro a cargar carne de tercio, verduras, azúcar, café, telas y medicinas... y también la música romántica de Miguel C. Castro. Esta relación tan estrecha con los entonces llamados terrisurenos fue a través de la Playa Colorada, y duró hasta que cerró la empresa debido a los altos costos de transportación del metal de cobre desde el territorio sur de Baja California a Francia. Miguel C. Castro siempre fue pobre pero feliz. Nunca ambicionó la gloria ni el dinero. Siempre se conformó con



lo que tenía. En sus ratos de buen humor decía que con los compositores se cometía siempre una injusticia al no tomarlos en cuenta. Sacaba a relucir el hecho vergonzoso de que Juventino Rosas recibió en 1888 de los señores Wagner-Levín la cantidad de 45 pesos por dos de sus más hermosas composiciones: Sobre las olas y Lazos de amor. Miguel C. Castro, el músico campesino de Gambino, vivió una larga vida en paz con todos y consigo mismo, disfrutando de su familia y de sus amigos. Hizo valedero aquello que Einstein, el sabio, acostumbraba decir cuando hallaba a un hombre sobresaliente: Hay dos maneras de vivir: una, como si nada fuera milagro; otra, como si todo fuera un milagro. (Herberto Sinagawa Montoya. Música de viento. Difocur. Culiacán, Sinaloa. 2002).



11 Ya están los caminos solos, ya mataron a Bernal

En su tiempo, Heraclio Bernal fue el personaje más querido por la gente. ¿A qué se debía tal cariño?, simplemente a que Heraclio Bernal robaba a los ricos para apoyar a los pobres.

Su leyenda fue creciendo como la espuma de una buena cerveza o leche de apoyo. Preferentemente, asaltaba las haciendas mineras propiedad de norteamericanos, luego de la expulsión de los españoles del país.

En el camino real era mucho más audaz porque las conductas que transportaban en recuas de mulas el oro y la plata a las casas de acuñación eran protegidas por guardias valientes y armados con rifles de alto poder.

Eran menores los riesgos al asaltar las diligencias en el mal camino real que venía serpenteando por estribo de la sierra. Este medio de transporte -cuando no existía el ferroviario ni mucho menos el aéreo—era uno de los preferidos de las familias adineradas porque el tránsito por mar era lento, costoso y peligroso.

Estas diligencias eran las preferidas, pues de los ricos hacendados mineros cuya guardia de seguridad era fácilmente sometida por Heraclio Bernal y sus hombres. Sus hazañas corrían de boca en boca y el crédito aumentó entre los sierreños favorecidos por la generosidad del bandolero que quitaba a los que tenían de más para ayudar a los que no tenían nada. Esa devoción popular halló una válvula cuando se le compuso un corrido, tal vez el primer corrido compuesto para honrar a una individuo fuera de la ley. No se sabe quien fue el autor de ese corrido: Qué es aquello que relumbra/ por el camino real/ Son las armas de dieciocho/ que traí Heraclio Bernal.



El corrido era a finales del siglo XIX una forma muy socorrida para propagar un hecho o una hazaña, cuando pueblos y ranchos vivían aplastados por los cerros, incomunicados y olvidados. Heraclio Bernal estaba en camino de convertirse en leyenda.

Fue el corrido de Heraclio Bernal lo que alzó aún más la figura al que empezaron a llamar El rayo de Sinaloa.

El gobernador del estado, general Francisco Cañedo, calificaba a Heraclio Bernal como un simple asaltante de camino real y un robavacas. Pero cuando los dueños de los reales de minas presentaron sus quejas sobre los sorprendidos asaltos a las cajas de sus administraciones el gobernante ordenó una feroz persecución a la Acordada.

En un comunicado a los prefectos políticos de Cosalá y San Ignacio, el secretario general de Gobierno pedía a los dueños y administradores de los reales de minas que denunciaran oportunamente las atrocidades del gavillero, ya que de no ser así se esterilizaba la acción eficaz de las autoridades. Heraclio Bernal nació el 28 de junio de 1855 en el rancho El Chaco, municipio de San Ignacio, y sus padres (Jesús Bernal y Jacinta Zazueta) lo llevaron a bautizar en la parroquia de San Ignacio, en cuya acta correspondiente el cura, José María Martín, asentó este texto: Hoy, veintidós de julio de mil ochocientos cincuenta y cinco, yo, José María Martín, cura encargado de esta santa iglesia de San Ignacio, bauticé solemnemente y puse los santos óleos a Heraclio Bernal, que nació en El Chaco el veintiocho del pasado junio, hijo legítimo de Jesús Bernal y Jacinta Zazueta. Fueron sus padrinos Manuel Maldonado y Petra Franco, de lo que doy fe. José María Martín.

Sus padres, campesinos, al crecer la familia ya no pudieron mantenerse de una milpa en la falda de un cerro y acordaron probar suerte en Guadalupe de los Reyes, municipio de Cosalá. (Los reales de minas eran las fuentes de trabajo más importantes, y allí recalaban familias que no podían sostenerse con el fruto de un pedazo de tierra sembrado de maíz. Sólo se podía sembrar una sola vez al año y la siembra quedaba expuesta a la sequía o bien al ventarrón de un ciclón, si salía bien librada de tamaños obstáculos nos faltaba plaga que volviera baldío el pesado trabajo del campesino).



En Guadalupe de los Reyes el padre se empleó en lo único que podía hacer; es decir, de barretero, lo más pesado y mal pagado. Heraclio Bernal aprendió a leer y escribir en ese antiguo mineral, que fue propiedad de don Francisco Iriarte y Conde, luchador liberal que logró la separación de Sinaloa del Estado de Occidente que formaba con Sonora. Fue su maestro de primeras letras don Ángel Bonilla, un mazatleco que había sido contratado por la compañía minera.

Pero la familia decidió regresar a su rancho para que Jesús, el padre, cuidara del ganado y cultivara la tierra de temporal. Heraclio trabajó la tierra y pastoreó el ganado durante muchos años. Cuando ya era un hombre forjado en el duro trabajo del campo el joven Heraclio Bernal regresó a Guadalupe de los Reyes igual que el padre años atrás se empleó como barretero. Observó la feroz explotación a que eran sometidos los mineros sujetos a jornadas de trabajo de diez y hasta doce horas y con salarios muy bajos. Muchos de esos barreteros terminaban silenciosos y la compañía los dejaba cesantes a fin de que se pudieran morir con los capacetes, adquiriendo la fama de rebelde y levantisco. Se le quitó el trabajo y nació en él el deseo de la venganza por las injusticias que se cometían.

Se le acusó del robo de una barra de plata y eso lo declaró fuera de la ley. Fue perseguido por la Acordada, pero se escabulló por los barrancos, que conocía muy bien, y se inició así la vida del bandolero. Nunca se le probó que él hubiera robado la barra de plata. Finalmente, luego de una feroz persecución, Heraclio Bernal fue apresado por la Acordada y metido en una mazmorra en Guadalupe de los Reyes -que todavía existe- mientras elevado y el país se debatían en una crisis política a causa de la rivalidad entre Porfirio Díaz y José María Iglesias.

El 27 de enero de 1879 fue asesinado en Mazatlán el periodista José Cayetano Valadés, enemigo político del general Francisco Cañedo, que había empalmado su carrera tras el poder a la sombra del general Porfirio Díaz. El homicidio se le achacó a Cañedo.

Dicha muerte abonó la rebelión popular en Sinaloa, y en los últimos días de 1879 el general Jesús Ramírez Terrón (antiguo porfirista) inició una campaña contra Cañedo. Formó varias guerrillas, y al frente de una de ellas colocó a Heraclio Bernal.



El 10 de julio de 1880, Ramírez Terrón y Heraclio Bernal tomaron Guadalupe de los Reyes; sin embargo, los federales se reagruparon y volvieron a la carga el 22 de septiembre de ese año, logrando descabezar el movimiento al morir el general Ramírez Terrón. Bernal se quedó sin su guía y tutor.

El año de 1884 fue importante en la vida de Heraclio Bernal, porque se convirtió en el terror de los caminos reales del estado. El 5 de enero de 1884 asaltó la diligencia de Culiacán-Elota; además de apoderarse de todas las pertenencias de los viajeros tomó de rehén a uno de ellos, y lo condujo al mineral de Zamora, donde al atardecer de aquel día se apoderó de 500 pesos de la tienda de raya, de la recaudación de rentas y de vecinos acaudalados como Prisciliano Millán, Alor Calderón, Eduardo Amézcua y Laura Edeza.

En el mineral con sus correrías Bernal despojó de todo su dinero a los habitantes de Coyotitán. Martín Silva se opuso al asalto y lo mató. Dos meses después secuestró en las cercanías de Guadalupe de los Reyes al padre de su poderoso enemigo, Epifanio Lomelí, director político del mineral, que había ordenado su persecución y luego su encarcelamiento. Hizo escarmio de él, pero no le quitó la vida.

El botín no entra a formar parte del patrimonio de Heraclio Bernal, sino que lo reparte entre sus hombres y las familias pobres de la serranía. Pronto surgió su fama del bandolero generoso que robaba a los ricos para ayudar a los pobres que no lo abandonarían el resto de su vida.

Su reputación de hombre valiente y dadivoso se propagó rápidamente por rancherías y pueblos, que asaltó la diligencia que transportaba al diputado Benjamín Hill y despojó de dinero a los directores políticos de Elota y Cosalá.

En 1885 asaltó la hacienda del mineral de Guadalupe de los Reyes, municipio de Cosalá, y se apoderó de ocho mil pesos y de cuarenta y cinco rifles y de dotación de ocho mil pesos así como cuarenta y cinco rifles y una buena dotación de parque. Su hazaña rebasó el ámbito local y tuvo un impacto en las altas esferas de gobierno de la capital del país, y su nombre fue asociado al del bandolero que se enfrenta debidamente a la autoridad del presidente de la República y del gobernador del estado.



En la Ciudad de México, el periódico El Pabellón Nacional publicó la siguiente noticia: “Ya pica en historia la audacia de este bandido. No hay día que los periódicos de Sinaloa no den cuenta de alguna nueva fechoría suya, sin que las autoridades sinaloenses hagan algo por reprimirlas y castigarlas. Y no es eso lo peor, sino que a la sombra de la tolerancia oficial y de la impunidad que goza aquel bandolero han aparecido en Sinaloa diversas gavillas que se dicen capitaneadas por el famoso Heraclio Bernal, las cuáles roban a su satisfacción sin que el gobierno del estado haga cosa de proceso por extirpar esta plaga en sus dominios”.

En noviembre de 1887, el gobernador del estado, general Francisco Cañedo, aprobó el decreto número 49 que le giraba el Congreso local, que destinaba un gasto de 10 mil pesos con gratificación a quien o quienes aprehendieran a Heraclio Bernal. Heraclio Bernal respondió al alarde de fuerza del general Porfirio Díaz y del general Francisco Cañedo con nuevos asaltos en despoblado y a las haciendas mineras de propiedad norteamericana. Estos atentados contra intereses estadounidenses causaron graves trastornos al gobierno al ser presionado por el Departamento de Estado de Estados Unidos para la aniquilación inmediata y total de este brote de rebeldía acaudillado por Heraclio Bernal, al que el pueblo llamara El rayo de Sinaloa.

No había rancho o pueblo de San Ignacio y Cosalá cuyos habitantes no hubieran recibido un favor del bandido generoso, y esos ranchos y pueblos formaron un escudo que dificultó la búsqueda del ex minero de Guadalupe de los Reyes en los barrancos de la serranía.

El general Trinidad García de la Cadena participó en el Plan de La Noria y en el Plan de Tuxtepec, al lado del general Porfirio Díaz. Fue gobernador de Zacatecas y en 1884 alcanzó el grado de divisionario. Fue un militar con mucha influencia en el ejército porfirista. En 1886 se le acusó de ser jefe de un movimiento contra el presidente Díaz, y el 31 de octubre de ese año fue aprehendido y a las dos de la mañana del día siguiente fue fusilado en unión del coronel Lizaldi. Heraclio Bernal, con su poderoso arrastre como cabecilla de algo que ya parecía una insurrección popular, fue arrastrado hábilmente por el general García de la Cadena a una conspiración contra el hombre más poderoso del país.



Ya en franca rebeldía contra el gobierno del presidente Díaz, Heraclio Bernal suscribió dos planes conspiratorios: el Plan de La Rastra y el Plan de Conitaca. En el Plan de La Rastra, Heraclio Bernal convocó a las fuerzas del pueblo a unirse contra el general Porfirio Díaz.

El Plan de La Rastra postulaba lo siguiente: Heraclio Bernal, comandante de las fuerzas proclamadoras de las garantías constitucionales, a los habitantes hago saber: Que el gobierno actual no es obra de los pueblos, ni respeta las garantías que todo hombre debe disfrutar con arreglo al pacto federal de la República, porque es bien sabido que los actuales gobernantes se han impuesto por sí mismos, y porque también no hay moralidad ni justicia ni protección para los ciudadanos, pues cuando se adueñan del poder sólo se ocupan de enriquecerse y de exterminar a los demás al grado de que nadie tiene segura la vida ni sus intereses, viendo además que se protege a los extranjeros en perjuicio de los mexicanos. Que por tanto es indispensable tomar las armas para quitar los malos gobernantes, y hacer que impere la Constitución, a cuyo intento he proclamado el siguiente plan político: 1o. Proclamo el restablecimiento efectivo de la Constitución; 2o., Tomo el mando de las fuerzas pronunciadas hasta que a mi juicio deba designarlo en persona que me inspire confianza para marchar con ella de acuerdo; 3o., invito a todos los buenos ciudadanos, y declaro tener las facultades que me da la situación para sostener este plan y hacerlo triunfar; 4o., este Plan se irá reformando según lo reclamen el concurso de los pueblos y la luces de los ciudadanos que se presenten a sostenerlo; y 5o., Serán tratados con el rigor de la ley los que contraríen este Plan o denuncien a sus defensores. Libertad en la Ley. Es dado en La Rastra, municipio de Cosalá, el 26 de julio de 1885.

Heraclio Bernal no tuvo, naturalmente, nada que ver con la redacción de este Plan de La Rastra dadas sus escasas luces, sino que el texto llegó de Zacatecas con un propio del general García de la Cadena.

El Plan de Conitaca —tampoco obra de Heraclio Bernal— sostenía: Libertad de sufragio, emancipación de los municipios como cuarto poder del Estado, establecimiento de penitenciarías y abolición de la pena de muerte, establecimiento general de jurados para juzgar delitos, concesiones de ferrocarriles prefiriendo a los capitales del país, patriotismo,



honradez, lealtad y decisión contra la invasión extranjera, y unificación de los mexicanos contra toda invasión extranjera.

Las fuerzas federales y la Acordada del estado establecieron un cerco en la sierra y redujeron al mínimo el margen de maniobra del hábil y escurridizo ladrón de los pobres. En batallas formales, escaramuzas y emboscadas fueron cayendo sus mejores hombres como Urbano Nevárez, Gabino Ramírez, Domingo González, Mateo Lugo, Pedro Pérez y Victoriano Ortiz.

El célebre El Rayo de Sinaloa dominó las rancherías sierreras (San Juan de Camarones, La Lluvia de Oro, Guadalupe de los Reyes, y Cosalá), sosteniendo un combate en las cercanías de Baila con las fuerzas que comandaba el general Domingo Rubí y saliendo derrotado por la artillería del militar sureño.

Heraclio Bernal, con heridas que no habían sido sanadas debido a la premura de sus desplazamientos, se había debilitado mucho, su físico ya daba señales de deterioro.

Se refugió en una cueva tratando de restablecerse de una gangrena que no fue atendida por falta de médico y medicinas. El año de 1888 se produjo una nevada prematura en la sierra, y la dolencia del guerrillero aumentó poniendo en grave riesgo su vida.

Crispín García, compadre y principal asistente, se mantuvo siempre a su lado. La historia habla de la relación de Heraclio Bernal y Crispín García como dos combatientes denodados y valientes que compartían una misma idea que era la redención del pueblo pobre.

Heraclio Bernal fue muerto y corren dos versiones sin que los historiadores hayan logrado discernir cuál es la verdadera: según una de esas interpretaciones, Heraclio Bernal pidió a su compadre y compañero de armas que lo matara cobrando la recompensa de 10 mil pesos que había fijado el gobernador Cañedo por su cabeza. Otra interpretación fue la de que Crispín García, arrebatado por la codicia de tal cantidad de dinero, traicionó al amigo y al compadre.

El parte rendido por el prefecto de Cosalá, T. Fernández, no aclara las circunstancias en que fue descubierto el escondite del famoso rayo sinaloense y sólo se concreta a detallar la acción militar en que



fue apresado el famoso guerrillero y muerto. El parte de novedades al gobernador Cañedo dice así: “Ratificando mi telegrama de ayer, relativo a la derrota y muerte del bandido Heraclio Bernal, tengo el honor de participar a usted circunstanciadamente lo ocurrido. Poco antes de las once de la noche del día 4 del actual por aviso que dieron Crispín García, vecino de Rancho Viejo, y su tío Jorge Ayón, el teniente del 5o. Regimiento, Enrique Fernández, comandante del destacamento en el mineral de Nuestra Señora, de que en el Cerro Pelón, inmediato a Rancho Viejo, se encontraba el cabecilla Heraclio Bernal con seis de su gavilla, manifestando los referidos García y Ayón que ellos se comprometían con gente y armas que se les dieran a detener el referido bandido. En el acto dispuso el expresado teniente Fernández armar 18 vecinos y proporcionarles armas quienes a las once de la noche, aprovechando la oscuridad, marcharon hacia el cerro ya indicado, saliendo en la madrugada el teniente Fernández con doce hombres de su fuerza por el punto de Las Milpas en combinación con García y Ayón, organizando sobre la marcha dos guerrillas más de vecinos, una de los de San Antonio del Cerro a las órdenes de Eusebio Pompa y otra a las órdenes de Nieves Herrera, dirigiéndose todas estas fuerzas al punto donde se encontraba la gavilla. Como a las siete de la mañana de ayer los vecinos a las órdenes de García y Ayón fueron los primeros en emprender el ataque que resistieron los bandidos, habiendo logrando Crispín García encontrarse cuerpo a cuerpo con el bandido Bernal acertándole el primer tiro en una pierna, el segundo en el pecho y el tercero en la frente, quedando muerto el mencionado Bernal, dispersándose enseguida los demás de su gavilla. En esos momentos llegó el teniente Fernández y dos fracciones de vecinos, quienes persiguieron al resto y lograron apresar al bandido Angel Navarro y a la amiga de Bernal, Luisa -o Bernardina- García, no pudiendo continuar la persecución por haber sido rendidos por el cansancio. Llegado mi conocimiento el referido movimiento, yo también dispuse desprender de aquí dos partidas, una de quince hombres y otra de diez del Sexto Batallón y di orden al teniente Fernández para que en el acto fuera conducido a esta plaza el cadáver del bandido Bernal, para la identificación respectiva y exponerlo al público, así como de que fueron conducidos el prisionero Ángel Navarro y la amasia de Bernal. Se recogieron las pertenencias del



cabecilla Bernal: rifle, pistola y una cartera, lo que tengo la honra de participar a Ud., manifestándole que ya una vez aquí el cadáver dispuse que el juez de Primera Instancia levantara la información respectiva, y a la vez manifestándole también que sobre la marcha intento fugarse el prisionero Navarro, por lo que la fuerza hizo fuego sobre él matándolo. El prefecto, teniente Fernández.

Sobre este parte de novedades hay muchas dudas en cuanto a veracidad. Según este informe, Crispín García pegó tres tiros mortales al guerrillero sinaloense: en la pierna, pecho y frente. Se cree más bien que Crispín García mató al compadre cuando éste estaba postrado en su lecho de enfermo.

Pero en respuesta a aquel parte, surgió el corrido de Heraclio Bernal, que hoy interpretan todas las bandas de viento del estado, manteniendo su figura presente en el corazón de todos. Por veredas y caminos, el pueblo anónimo canta los versos de Heraclio Bernal:

Año de mil ochocientos,
ochenta y ocho al contado,
Heraclio Bernal murió
por el gobierno pagado.
Estado de Sinaloa,
gobierno de Culiacán,
ofrecieron diez mil pesos
por la vida de Bernal.
La tragedia de Bernal
en Guadalupe empezó
por una barra de plata
que dicen que se robó.
¿Qué dices, Cuca,
qué dice pues.
Ya están los camino libres,
vámonos pa San Andrés.
Heraclio Bernal gritaba
que era hombre y no se rajaba



que subiendo a la sierra
peleaba con la Acordada.
¿Qué es aquello que relumbra
por todo el camino real?
Son las armas de dieciocho
que trae Heraclio Bernal.
Heraclio Bernal decía
yo no ando de robabueyes,
pues tengo plata sellada
en Guadalupe de los Reyes.
Heraclio Bernal gritaba
en su caballo alazán
no pierdo las esperanzas
de pasearme en Culiacán.
Heraclio Bernal decía
cuando estaba muy enfermo
máteme uste, compadre,
pa que le pague el gobierno.
Decía Crispín García,
muy enfadado de andar,
si me dan los diez mil pesos,
yo les entrego a Bernal.
Le dieron los diez mil pesos,
los recontó en su mascada,
y le dijo al comandante
alísteme la Acordada.
Vuela, vuela, palomita,
vuela, vuela hasta aquel nogal,
ya están los caminos solos
ya mataron a Bernal.



La Adelita y La Valentina, hermosa música sin dueño

Contó el viejo maestro e historiador don Alfredo Ibarra Rodríguez —nativo de Cosalá donde nació el 7 de diciembre de 1903— que él oyó cantar La Valentina, esa hermosa y antigua canción, a un médico rural de Cosalá que se llamó Luis Velazco. Ocurrió lo anterior poco antes de que estallara la revolución maderista de 1910, y aquella melodía -dulce y quejumbrosa, propia del que sufre mal de amores- se quedó arraigada en su memoria para siempre. Con los codos puestos sobre el respaldo de una silla de vaqueta, Alfredo oyó cantar al médico rural los versos de La Valentina:

Una pasión me domina,
y es la que me hizo venir,
Valentina, Valentina,
yo te quisiera decir...
Dicen que por tus amores
un mal me ha de venir,
no le hace que sea el diablo,
yo también me sé morir.
Si porque bebo tequila
mañana tomo jerez,
si porque me vez borracho
mañana ya no me ves.
Valentina, Valentina,
rendido estoy a tus pies,
si me han de matar mañana,
que me maten de una vez.

Don Alfredo Ibarra aseguró que La Valentina era de autor desconocido y que dicha canción se había gestado en el seno de una población romántica por excelencia. Igual suerte corrió La Adelita, cuyo dueño se desconoce.



Sin embargo, La Valentina y La Adelita son canciones de la revolución. Fueron compuestas por músicos salidos del pueblo, de ese pueblo sufrido víctima de la explotación.

La música y la letra de La Valentina no se empalman a la letra y música de La Adelita, pues mientras la primera es tierna y esperanzada, la otra es pasional y perentoria. Don Alfredo Ibarra ha dicho que estas dos piezas tan hermosas alcanzaron la más alta popularidad durante la revolución, porque eran cantadas por el soldado profesional; es decir, el que recibía una paga por pelear, y el soldado civil que en la mayoría de los casos no sabía a ciencia cierta por qué luchaba.

En Sinaloa, las dos piezas son parte del mejor inventario de la música de viento, y conservan su frescura y su atractivo juvenil, no obstante el largo tiempo transcurrido.

El historiador cosalteco afirmó que don Ángel Viderique fue un músico guanajuatense que dejó en Sinaloa un grato recuerdo por su labor como maestro de música. Fue generoso al enseñar y sus alumnos se convirtieron más tarde en grandes músicos que se desparramaron para integrar orquestas y bandas de música.

Don Ángel Viderique nació en la Hacienda de la Magdalena Araceo, del municipio de Valle de Santiago, Guanajuato, a mediados del siglo XIX. Después de vivir algunos años en Salvatierra y Celaya se radicó en Culiacán donde dirigió la Banda de Música del Estado —más conocida entre los culiacanenses como la Banda de los Azulitos— de 1875 a 1880.

El Lic. Heriberto Zazueta —culto abogado, fiel amante de la música popular sugirió al músico guanajuatense que rescatara del olvido viejas melodías que sólo se danzaban en pueblos y ranchos.

Don Ángel Viderique tenía dos grandes gustos: la música y la cacería. Al recibir estas instrucciones del segundo funcionario en importancia luego del gobernador del estado, al mismo tiempo que practicaba la cacería se dedicaba a investigar cuáles habían sido las canciones más populares en el gusto de padres y abuelos.

Fue así como descubrió que entre las piezas más del gusto sinaloense figuraban La Valentina y La Adelita. Después de hacerles algunos arreglos en compases y armonías, don Ángel Viderique y su grupo



de jóvenes muchachos aprendices de músicos estrenaron estas dos melodías en la plazuela Rosales, el 16 de septiembre de 1885.

Fue tal la euforia del público asistente a la audición al aire libre que tributó una larga ovación al músico y sus alumnos. Más tarde, un grupo de amigos llevó en hombros a don Ángel Viderique hasta la cantina El Transvasal, propiedad de Francisco Blancarte, donde fue bañado en cerveza en memoria de tan agradable suceso cultural en una ciudad pequeña poco dada a disfrutar de espectáculos como aquél que había ofrecido la Banda de Música del Estado.

En sus andanzas por la región de Culiacán en su doble calidad de músico y cazador, don Ángel Viderique descubrió otras viejas melodías muchas de ellas sentimentales y otras declaradamente pícaras y provocativas. Estas también de autor desconocido y compuestas antes de la revolución.

Halló las tonadas cantadas por los ancianos con dificultad como, El Venado, Las Mañanitas, El Gato, Recuerdos a Lola, El Toro, Heraclio Bernal, El Palmero, La Paloma Azul, El Abandono, y El Cuervo.

¿Quién niega los méritos de la música y letra de canciones tan maliciosas y alegres como El Cuervo?

El cuervo con tanta pluma
no se pudo mantener,
y el escribano con una
mantiene musa y mujer.

¿Y El Gato, con su traviesa ignorancia en asuntos ajenos?

Vamos matando ese gato
que anda por la ladera.
¿Cómo quieres que lo mate
si es de la niña Severa?

Como en el caso de La Valentina, nadie ha logrado averiguar el nombre del autor de música y letra de La Adelita.



Don Alfredo Ibarra aseguró que La Adelita, igual que La Valentina, fue compuesta durante la revolución, y repitió lo que otros habían escrito; es decir, que no se sabía ciertamente quien era el autor de tan hermosa pieza. Se llegó hasta decir que el autor era el general Pablo González, revolucionario oriundo de Lampazos, Nuevo León, pero nunca se probó tal aseveración.

Cuando se indagó ante compañeros del famoso perseguidor de Zapata como Morelos estos hicieron un gesto de compasión y asombro.

Al paso del tiempo, La Adelita mantiene su lugar en el corazón de los fieles a la música popular mexicana:

Adelita se llama la joven
a quien yo quiero y no puedo olvidar,
en el mundo yo tengo una rosa
y con el tiempo la voy a cortar.
Si Adelita quisiera ser mi esposa,
si Adelita fuera mi mujer,
le compraría un vestido de seda
pa llevarla a bailar al cuartel.
Adelita por Dios te lo ruego,
calma el fuego de esta mi pasión,
porque te amo y te quiero rendido
y por ti sufre mi fiel corazón.
Si Adelita se fuera con otro
le seguiría la huella sin cesar,
si por mar en un buque de guerra,
si por tierra en un tren militar.
Toca el clarín de campaña de guerra,
salga el valiente guerrero a pelear,
correrán los arroyos de sangre,
que gobierne un tirado, ¡jamás!
Y si acaso yo muero en campaña,
y mi cuerpo en la sierra va a quedar,
Adelita, por Dios te lo ruego



con tus ojos me voyas a llorar.
 Ya no llores, querida Adelita,
 ya no llores, querida mujer,
 no te muestres ingrata conmigo,
 ya no me hagas tanto padecer.
 Me despido de mi querida Adela,
 ya me alejo de mi único placer,
 nunca esperes de mí una cautela
 ni te cambie por otra mujer,
 Adelita, Adelita de mi alma:
 no me voyas por Dios a olvidar.
 Por la noche andando por el campo
 oigo el clarín que toca a reunión,
 y repito en el fondo de mi alma:
 Adelita es mi único amor.
 Si supieras que ha muerto tu amante
 rezarás por mí una oración
 por el hombre que supo adorarte
 con el alma, vida y corazón.
 Ya me despido de mi querida Adela,
 de ti un recuerdo quisiera llevar,
 tu retrato lo llevo en mi pecho
 como escudo que me haga triunfar.
 Con que quédate, Adela Querida,
 ya me voy a la guerra a pelear
 la esperanza no llevo perdida
 de volverte otra vez a abrazar.

Higinio Vázquez Santana, autor de Historia de la canción mexicana (México, 1931), y Hugo de Grial, autor de Músicos mexicanos (México, 1965) escribieron que La Adelita se popularizó durante la revolución constitucionalista de Carranza. En noviembre de 1913, los generales duranguenses Domingo y Mariano Arrieta, al frente de las fuerzas revolucionarias, pasaron del estado de Durango al de Sinaloa a auxiliar al



general Álvaro Obregón en el asedio y toma de la plaza de Culiacán.

El director de la banda de la Brigada Arrieta, Julián Reyes, oyó tocar y cantar en Culiacán una pieza llamada Adelita, y la escribió. A su regreso a Durango la instrumentó y su banda comenzó a tocarla.

De Durango, La Adelita pasó a Chihuahua y Francisco Villa incorporó tan hermosa pieza como insignia de la División del Norte, popularizándola en cuanta ciudad o pueblo atravesaban.

Corre la versión de que el autor de La Adelita fue el joven capitán del Ejército Constitucionalista, Elías Cortázar Ramírez. Estando en Tampico el músico se enamoró de una hermosa muchacha llamada Adela. A pesar de su insistencia, la joven no atendió las reclamaciones del corazón del joven militar carrancista. Al salir al norte las fuerzas constitucionalistas se encargaron de propalar la melodía de un amor no correspondido. Otra versión que no ha sido desmentida, es que La Valentina era una pieza que ya se conocía en Sinaloa de tiempo atrás y que se popularizó a partir de 1914, en plena revolución. Se ha afirmado que en 1909 ya se conocía al ser compuesta por un soldado de Gabriel Leyva Solano, uno de los precursores del movimiento maderista. Heriberto Frías, en su libro Los destripados (México, 1909) aseguró que la autoría de La Valentina correspondía a un soldado bajo las órdenes de Leyva.

Igualmente se afirma que Valentina Gatica, soldadera de las fuerzas del general Álvaro Obregón, se hizo aparecer como la inspiradora de La Valentina y que incluso inspiró algunos cambios en la letra. Según el periodista Ricardo Perete, Valentina Gatica parecía echa a la medida de la canción. Otro periodista (Javier Cruz Aguirre) se empeñó en afirmar que la inspiradora de tan bella canción fue la coronela Valentina Vázquez Ramírez, quien en 1986 vivía en Ensenada y contaba 113 años de edad.

Vázquez Ramírez nació en Cosalá el 8 de marzo de 1873. Las Valentinas han aparecido por todos lados. Todas quieren ser la Valentina, cuya historia contó con texto tan romántico de don Alfredo Ibarra Rodríguez, que fue director de Educación Pública de Sinaloa, rector de la Universidad Socialista del Noroeste (hoy Universidad Autónoma de Sinaloa) en 1937, y fundador de la Biblioteca Abelardo Medina, que funcionó en lo que hoy son oficinas de la Dirección de Tránsito y Transportes del Estado de Sinaloa.



Otra Valentina se alzó de Navolato para reclamar derechos. Como han aparecido tantas Valentinas hay una confusión acerca de quien es la legítima musa de tan hermosa canción, que interpreta con singular alegría la tambora sinaloense.

Y, en un concurso interminable de Valentinas que defienden sus fueros, cae como anillo al dedo una frase genial del gran García Márquez: “La vida no es sino una continua sucesión de oportunidades para sobrevivir”.



12

Luis Pérez Meza, el rey de la música popular sinaloense

En 1935, Ignacio Pérez Meza y Francisco Anzures Parra se conocieron en el mineral de El Tambor, municipio de San Ignacio; Ignacio tocaba la guitarra, Francisco el violín.

Acordaron formar un dúo que se llamaría Chico y Nacho. Empezaron cobrando diez centavos la canción. Su clientela eran los rudos, malhablados y pícaros barreteros de las minas. Pero la música los dominaba, convirtiéndolos en inocentes corderos. No obstante su rusticidad los mineros eran generosos con los dos jóvenes músicos cosaltecos, que duraron diez años recorriendo todos los minerales en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental.

Chico, con más conocimientos de música, corrigió la voz áspera de Nacho y acopló su guitarra al violín. Empezaron sus giras por los minerales que les causaban grandes desveladas y también grandes crudas. La fama de Chico y Nacho empezó a crecer, y de El Tambor saltaron a Guadalupe de los Reyes y después a Contraestaca y Tayoltita. Sus giras eran a pie con la guitarra y el violín al hombre, con un morral de ixtle medio lleno de tacos de frijol, una cobija y una remuda de camisa y pantalón entre la cobija atada con un mecate de ixtle. Al caminar por el áspero terreno se ponían los guaraches y al llegar a un pueblo los cambiaban por los duros zapatos. Corría la voz por boca de los chamacos y las mujeres de la llegada de los músicos y era día de fiesta porque traían la alegría de la música a minerales perdidos en barrancos a donde sólo se podía llegar por caminos de pezuña.

En sus largas caminatas desde La Cruz a Cosalá y después por los reales de minas sierreños, Nacho fue recogiendo tonadas que cantaban los



viejos de los ranchos y pueblos y fue memorizando la música y la letra de suave reclamo amoroso.

Cierta vez, el dueto fue contratado por uno de esos rancheros de recursos. Le tocaron todo el día y toda la noche. Una de sus canciones favoritas era una que decía a los ángeles del cielo te pareces.

Cuando amaneció al rancho se le ocurrió llevar la música a otro rancho. Se acostumbraba entonces que los parranderos llevaran la música de rancho en rancho para probar su solidez económica y su poderosa inclinación por las muchachas. El rancho llevaba su buen rifle y no se separaba de él jamás.

En vista de que el cliente no daba señales de rendición, Chico y Nacho le dijeron:

—Señor, y no podemos más, ya no podemos ni con nuestra propia sombra. ¡Hasta aquí! ¡Páguenos!

El rancho hizo los ademanes mañosos de esculparse los bolsillos y devolvernos al revés delante de los músicos. Enredándose la lengua con las pocas palabras que podía articular, se le entendió por fin:

—No tengo dinero, muchachos. Síganle y luego nos vamos pa' la casa donde les voy a pagar todito.

Y como el rancho del cliente estaba a no menos de doce kilómetros que en la sierra son 120 kilómetros, Nacho le dijo a Pancho:

—Vámosle quitando el rifle a este jijo de la chingada. Será peor que se nos vaya con todo y mecate.

Despojaron del rifle al alegre parrandero, agarraron sus escasas pertenencias y enfilaron rumbo al camino real. Pero ya en despoblado, Nacho le preguntó a Chico:

—Oye, ¿y si nos agarra la Acordada con este rifle? Fácil nos lo quitan y hasta nos pueden llevar amarrados de las manos a San Ignacio.

Como el rifle era de aquellos que se desarmaban, Chico le dio la culata a Nacho y él se quedó con el cañón. Envolvieron culata y cañón en sus respectivas cobijas y tomaron el camino con la suave alegría de saberse transgresores impunes de la ley.

Se puede medir la riqueza de un mineral por la cantidad de circos que lo visitan. Llegó a El Tambor un circo. Nacho y Chico fueron a una



función. Chico nació accidentalmente en Álamos, Sonora, mineral al que llegaron los papás, que eran cirqueros. Nacho se fascinó con el circo, pero más todavía con las piernas de una linda trapecista. Se fue el circo rumbo a Tijuana y Nacho junto con él, persiguiendo un nuevo amor. Pero cuando se enteró de que Chita, la trapecista, era la querida del domador de leones, decidió prudentemente abandonar la escena.

Aquel traspies no fue motivo suficiente para que declinara la afición de Nacho por las chamacas guapas y al pulsar la guitarra sacaba del pecho aquella ingenua música:

Mi amor es como el conejo,
sentido como el venado:
no come zacate seco,
ni tampoco mal trillado,
come zacatito fresco
de las puntas serenado.

Después de sus accidentadas correrías por la sierra, Chico y Nacho convencieron a otros muchachos de formar un grupo que se llamó Los Parrangos, que recorrió los caminos de El Tambor a Cosalá, Guadalupe de los Reyes a Contraestaca, y de Contraestaca a Tayoltita. Dicho grupo se formó con Nacho y sus hermanos Emilio y Luis, Chico y Pancho Sandoval.

Los Parrangos tuvieron una corta pero provechosa vida, porque llevaron otro tipo de música a la sierra, no la archisabida de la guitarra y el acordeón, o la guitarra, y el violín. Los Parrangos incorporaron la mandolina, que no habían oído los sierreños.

El repertorio de Los Parrangos fue más depurado, más fino. Resultó inolvidable la interpretación que hicieron de una hermosa canción de Esparza Oteo llena de inocente nostalgia:

Han pasado muchos años
y otra vez vi aquellos ojos.
Me miraron con desprecio



fríamente y sin enojos.
Y al mirar aquel desprecio
de ojos que por mí lloraron
pregunté si con el tiempo
mis recuerdos olvidaron.
Que un viejo amor
ni se olvida ni se deja.
Que un viejo amor
de nuestra alma si se aleja
pero nunca dice adiós.

Nacho Pérez Meza y Pancho Anzures Parra se separaron como buenos amigos, y cada quien tomó el rumbo que quiso. Pérez Meza debutó en la radio en Culiacán. Cantó en la XESA, de Roberto Pérez Alvarado, una canción que cabía en los labios de todo el mundo:

Allá junto a la montaña
donde temprano se oculta el sol
quedó mi ranchito triste
y abandonada ya mi labor.
Ahí me pasé los años,
ahí encontré mi primer amor,
y fueron los desengaños
los que mataron a mi ilusión.

En Tijuana actuó en el centro nocturno El Castillo, y su voz fue abriéndole un nuevo y vasto auditorio. Empujado por la aceptación que tuvo en Tijuana decidió probar suerte en 1943 en la ciudad de México, aparentemente una ciudad inaccesible para el modesto artista sinaloense. Sufrió hambres y desprecios, pero su firme determinación de triunfar contra viento y manera lo mantuvo de pie.

Cantó en bares y cantinas, en serenatas y en fiestas familiares en abierta disposición de vencer sus necesidades y de abrirse paso a bayoneta calada. Su segunda casa se había convertido en los corredores de la W, en la



calle de Ayuntamiento, en la ciudad de México. Por fin la Torcacita aceptó incluirlo en su programa Fiesta Ranchera, de la W. Después de oírlo, la Torcacita le recomendó:

—No cantes boleros, no es tu estilo. Prueba en la canción ranchera y triunfarás.

Así lo hizo, y triunfó.

Ya no fue Nacho Pérez, Había en la capital del país un torero llamado Nacho Pérez, y un boxeador con el mismo nombre. Por principio de cuentas cambió de nombre. Ya no fue Nacho sino Luis, Luis Pérez Meza. Esto fue en mayo de 1946. Mariano Rivera Conde, sinaloense, nativo de La Noria, municipio de Mazatlán, utilizó su influencia como director artístico de la RCA Víctor para impulsar a Luis Pérez Meza al grabarle alguna de sus grandes creaciones:

Del corazón de una palma
nacieron las Isabeles,
delgaditas de cintura,
y de corazón alegre.

Y, otra:

Año de 1888 al contado,
Heraclio Bernal murió
por el gobierno pagado.
Estado de Sinaloa,
gobierno de Culiacán,
ofrecieron diez mil pesos
por la vida de Bernal.

Pedro de Lille, locutor estrella de la W e hijo de Pedro de Lille, químico bacteriólogo y catedrático de la UNAM en su especialidad, completó la obra de remodelación de la figura de Pérez Meza al imponerle el sobrenombre artístico de El Trovador del campo.

Enrique Contel, gerente de la XEQ, se lo llevó a esa radiodifusora y lo hizo intervenir en El Rancho del Edén, que resultó un gran éxito y que abrió las puertas de la gloria al cantante cosalteco.



Ya como El Trovador del Campo, Pérez Meza grabó en la RCA Víctor lo que ha sido su mayor éxito que fue El barzón:

Estas tierras de El Rincón
las sembré con un buey pando,
se me reventó el barzón
y sigue la yunta andando.

Mejor métete a agrarista
que no ves que mi compadre
a su hermano y a su yerno
están sembrando muy agusto
tierras que les dio el gobierno.

Se me reventó el barzón
y siempre la yunta andando.

Cuando acabé de pizar
vino el rico y lo partió
todo mi maíz se llevo
ni pa comer me dejó.

Me presenta aquí la cuenta
aquí debes veinte pesos
de la renta de unos bueyes,
cinco pesos de magueyes
tres pesos de unas tunas,
tres pesos no sé de qué
pero todo está en cuenta
a más de veinte reales
que sacaste de la hacienda.

Con todo el maíz que te toca no le pagas a la hacienda.

Ora vete a trabajar
pa que sigas abonando.

Nomás me quedé pensando
haciendo un cigarro de hoja
qué patrón tan sinvergüenza
todo mi maíz se llevó



para su maldita troje.
 Se me reventó el barzón
 y sigue la yunta andando.
 Cuando llegué a mi casita
 me decía mi prenda amada
 ¿ontá el maíz que te tocó?
 Le respondí yo muy triste
 el patrón se lo llevó
 por lo que le debía en la hacienda
 pero me dijo el patrón
 que contara con la tierra.
 Ora voy a trabajar
 pa seguirle abonando.
 Se me reventó el barzón
 y sigue la yunta andando.
 Veinte pesos diez centavos
 son los que salgo restando
 me decía mi prenda amada
 no trabajes con ese hombre,
 nomás nos está robando.
 Déjate ya de ejercicios,
 novenas y confesiones
 ¿qué no ves a tu familia
 que ya no tiene calzones?
 ni yo tengo ya faldillas
 ni tú tienes pantalones.
 Cuando llegué a media tierra
 el arado iba enterrado
 se enterró hasta la telera
 el timón se deshojó,
 el barzón se iba trozando,
 el sembrador me iba habland
 yo le dije al sembrador
 no me hables cuando ando arando.



Se me reventó el barzón
 y sigue la yunta andando.

El autor de El barzón fue Miguel Muñiz, pero muchos le atribuyen esta canción a Pérez Meza, que andando por ranchos y pueblos recogió antiguas tonadas ya olvidadas y las registró a su nombre, dándoles popularidad. Es el caso de Las Isabeles y de El sauce y la palma. Esta última canción la compuso José Selgas y Carrasco, un natural de Murcia, España, en 1870, y dice así:

Ya rompe la aurora la niebla ligera,
 qué hermoso es el campo,
 que hermosa es la luz.
 ¡Qué hermosa es la dicha del alma que esperas,
 dulce compañera,/ qué hermosa eres tú!
 La palma y el sauce se mecen con calma,
 las ondas se tiñen de nácar y azul:
 qué hermoso es el río y el sauce y la palma;
 alma de mi alma, ¡qué hermosa eres tú!
 Ya ocultan las flores sus cálices rojos,
 inundan los cielos torrentes de luz;
 busquemos la sombra, si el sol se da enojos,
 la luz de mis ojos,
 ¡mi vida eres tú!
 ¡Ay, ya se levanta del valle sombrío
 la tarde vestida de blanco y azul,
 ¡qué triste está el cielo y el monte y el río!
 Dulce dueño mío
 ¡qué triste estás tú!.

Luis Pérez Meza nació en La Rastra, municipio de Cosalá, el 22 de mayo de 1917. Sus padres, Zenón Pérez e Isabel Meza, procrearon dieciséis hijos y se veían en serios aprietos para alimentar, vestir, calzar y curar a tamaña familia.



Pérez Meza nunca se olvidó de su tierra y luchó siempre por dar a conocer su música de tambora. Grabó con Los Guamuchileños, de Romeo Zazueta, El sauce y la palma y La india bonita. Gracias a él la música de tambora se conoció dentro y fuera del país. Fue el primero en dar a conocer la Banda del Recodo, de Cruz Lizárraga, en el Million Dollar, en Los Ángeles, California, con su repertorio de canciones tan populares como El capiro, Los sufrimientos, Valentín de la sierra, La Cárcel de Cananea, El muchacho alegre, Mi gusto es, El toro palomo, La Isabeles, y El carro del sol.

Participó en la segunda versión de la triunfal película Allá en el rancho grande, al lado de Jorge Negrete.

En 1956 se casó con Tomasa Bórquez. Tuvo una vida sentimental muy agitada, pues estuvo ligado a muchas mujeres.

En 1981 fue contratado para actuar en un centro nocturno de Guasave llamado La Perla del Mar. Durante su actuación fue molestado continuamente por un borrachín que le gritaba:

-¡Retírate, ya estás acabado!

El Charro Avitia, que participaba en el show, le dijo:

—¡Déjame ir a taparle el hocico a ese cabrón!

Pérez Meza lo atajó:

—¡Déjalo, está muy borracho, no sabe lo que dice!

Se empezó a sentir mal. Fue llevado al hotel El Rosario. Tomasa, su esposa, narró sus últimas horas:

—Durante veinticinco años estuvimos atendiéndolo de la diabetes. Aquel coraje que hizo le cayó muy mal. Cuando lo vi me dijo que tenía una tos muy molesta porque se había tomado una coca-cola. Yo no le creí. Hablé con el administrador del hotel para que nos trajera un médico. Quería acostarse y no lo dejé. Por fin, se recostó en mi brazo izquierdo y fue cuando lo sentí todo flojito. Entonces llegó el médico, y al verlo movió la cabeza de un lado a otro. Pérez Meza fue llevado a una clínica para de sacarlo de un coma diabético, pero allí murió. Fue el 9 de junio de 1981. Y, Luis Pérez Meza fue mujeriego toda su vida. No tenía otro vicio que las mujeres. Su esposa, abnegada y comprensiva, lo toleró todo y estuvo a su lado hasta el último momento.



Pérez Meza decía, lanzando una sonora carcajada, recordando sus viejas aventuras por la sierra de Cosalá, San Ignacio y Mazatlán, formando parte del Duetto Chico y Nacho: —Yo soy como un rebozo: donde quiera me enredo.



13 La música antigua del Estado de Sinaloa

*¿Qué clase de música había en Sinaloa,
y qué instrumentos usaban los antepasados?*

Las dos preguntas quedaron satisfechas cuando DIFOCUR publicó, en 1976, el libro *Historia de la música popular en Sinaloa*, de Manuel El Chino Flores. Se trata del estudio más serio y profundo que se conoce hasta nuestros días. En su obra, el maestro Flores dijo que, según todos los indicios los primeros instrumentos que hicieron y usaron los antiguos pobladores de esta tierra fueron la flauta de carrizo, y el tambor hecho de maderas rústicas y pieles de animales que cazaban. A estos rústicos instrumentos se añadieron los bules y las sonajas que enriquecieron un sonido en el sistema pentagonal; es decir, de cinco sonidos, lo cual era muy característicos de los pueblos precolombinos.

Pero esta música netamente indígena fue remplazada por la que trajeron los misioneros jesuitas a su arribo en Sinaloa a partir de 1591. Los jesuitas, excelentes educadores, descubrieron las disposiciones naturales de sus alumnos nativos y fueron ellos los que trajeron a la región los primeros instrumentos de cuerdas. Desde luego, los jesuitas enseñaron música europea, no la autóctona. Mucho del avance de la catequización se le debe atribuir a la música.

Durante la larga dominación colonial de trescientos años fue indudable que la música nativa fue desplazada por la de corte europeo. Sin embargo, la intrusión de esa música extranjera permitió el nacimiento de la música mestiza mexicana. Poco a poco esa música mestiza fue adquiriendo sus características propias.



El maestro Flores Gastélum dijo que como una señal del vigor de la música regional sinaloense surgió la tambora; es decir, la música del viento. No ha precisado el autor la fecha en que apareció la música de viento en este estado, pero sí don Eustaquio Buelna, en su libro *Apuntes sobre la intervención francesa en Sinaloa* escribió que una banda de música acompañó a los soldados sinaloenses que lucharon contra el ejército francés de Bazaine.

Esta banda de música se embarcó junto con el contingente en Mazatlán en febrero de 1863, con rumbo a Zihuatanejo, en la costa de Guerrero.

El regreso de la tropa y la banda de música ya no se hizo por vía marítima, sino que volvieron por la vía terrestre. Estos músicos fueron recogiendo a su paso por ranchos, pueblos y ciudades muchas tonadas desconocidas que incorporaron a su repertorio.

Durante la revolución fueron apareciendo las bandas de música ya netamente sinaloenses como la de Sebastián Sánchez Osuna, en Concordia, que fue la banda oficial del general Rafael Buelna durante gran tramo de su campaña militar.

Igualmente, los demás jefes militares habilitaron sus propias bandas de música como los generales Ramón F. Iturbe y Juan Carrasco. Este último caudillo revolucionario mantenía una banda de música que lo seguía en sus fiestas y gallos por las calles de Culiacán, según lo relató Martín Luis Guzmán en *El águila y la serpiente*.

El maestro Flores Gastélum hizo un detallado recuento de las bandas de música que ocuparon un lugar muy importante en el gusto popular ya bien avanzado el siglo xx.

Dichas bandas fueron las de Conrado Solís, en Navolato, favorita de Jesús y Jorge Almada; la de Margarito Lozoya y los hermanos Rubio en Mocorito; a las que jalaba muy seguido el doctor Enrique Peña Gutiérrez; la de Alberto Ibarra, en San Pedro; las de San Ignacio y San Javier, famosas por sus arreglos de melodías netamente sinaloenses igualmente la del Nango Sánchez de Ixpalino; la de Tamazula, en el municipio de Guasave; la del Centenario en Cosalá; la de El Recodo de Cruz Lizárraga, famosa internacionalmente; Las Costeña de Ramón López Alvarado; la de Porfirio



Amarillas en Los Mochis; las de los Tamazula, Tierra Blanca, Coyonquis, y hermanos Quiñónez en Culiacán.

El maestro Flores Gastélum se refirió también a las grandes orquestas sinaloenses como las de los hermanos Borrego en El Rosario, la orquesta Muralla y la de los hermanos Rivas de la que formó parte el famoso compositor Enrique Mora Andrade, autor del hermoso vals Alejandra; la de don Pánfilo de los Palos; la de Javier Vidriales; la del Cheché Sánchez en Mazatlán; la de Inocencio Palazuelos, la de Salvador Cachi Anaya; la de Octaviano S. Millán; los Embajadores del Ritmo; la de don Pedro Álvarez en Culiacán; la de Luis Ibarra en Guasave y las de Tirso Robles y Pancho Mena en Los Mochis.

A estas grandes bandas de viento y orquesta se agregaron los modestos conjuntos de músicos sierrreños de acordeón, guitarra y bajo. Estos músicos vagabundos son un poderoso medio de cohesión cultural. Recogen tonadas en los centros poblados y luego las van desparramando por el agreste territorio en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental.

En su trabajo de investigación, el maestro Flores Gastélum halló que el repertorio de las bandas de viento está compuesto fundamentalmente de las siguientes melodías: Ingrato dolor, El coyote, La cuichi, El toro, La ardilla, El niño perdido, La india bonita, Los caballos que corrieron, Valente Quintero, El sauce y la palma, Heraclio Bernal, Amor imposible, Mi suerte y Los amores de Julia.

Manuel Flores Gastélum —a quien el periodista Toñico Pineda apodó El chino— nació en Ahome en 1922. Por las escasas posibilidades de desarrollo personal que tenía en su pueblo natal decidió abrirse paso en Culiacán. El internado del estado era una institución que prestaba grandes servicios a estudiantes de los municipios al proporcionarles techo y comida. A causa de su extrema pobreza, Flores Gastélum se inscribió en el Internado y aseguró casa y alimento. Lo demás dependería de él.

En el Internado del Estado conoció la primera banda de guerra y se unió a ella. Todavía le tocó vivir los últimos años de la famosa Banda del Estado, que formó el maestro guanajuatense Ángel Viderique con alumnos del Internado, que por estar todos vestidos de mezclilla; es decir, de azul, la gente motejó Los azulitos.



El maestro Viderique se convirtió, pues, en maestro del muchacho ahomense y pronto descubrió en él unas grandes disposiciones para la música. No fue nada raro que Manuel ingresara a la banda del maestro Viderique cuando apenas tenía unos dieciséis años.

Pronto se colocó a la cabeza del grupo y Manuel era requerido para llenar los huecos de músicos que dejaban de trabajar en orquesta y bandas por asuntos de salud o porque agarraban la tomada en serio. Fue así como ingresaron a su bolsillo los primeros pesos.

Fue llamado cubrir una suplencia en la Orquesta Estrella, donde tuvo la oportunidad de conocer a Pedro Infante y al Cachi Anaya. Pedro se fue a la capital del país y triunfó en el cine, y el Cachi Anaya formó su propia orquesta. Sufrió el muchacho una horrible impresión cuando supo que el director del Internado del Estado había ordenado quemar las partituras del maestro Ángel Viderique. Don Ángel tenía dos aficiones por las que sería capaz de dar la vida: la búsqueda en pueblos y ranchos de tonadas que cantaba la gente dándoles sus correspondientes arreglos y la cacería. Los fines de semana el gran músico se dirigía al campo a cazar dobles piezas: un buen venado y una buena melodía que cantaban los abuelos y que habían recogido los hijos.

Fue reuniendo un valioso material (como las tonadas de La Valentina, La Adelita, y El cuervo), que luego a la música se le agregaron letras durante la revolución, y todo mundo creyó que esa hermosa música popular había nacido durante el gran movimiento maderista de 1910.

El 16 de septiembre de 1885, la Banda del Estado de don Ángel Viderique estrenó La Valentina durante una audición en la Plazuela Rosales. Fue tal el éxito que el músico fue llevado en hombros a la cantina El Transvaal, donde fue bañado con cerveza. Hizo después las instrumentaciones de El venado, El palmero, La paloma azul, El abandonado y El mosco. Sin embargo, surgieron intrigas y el músico decidió dejar la ciudad y sus partituras y regresar a la hacienda de la Magdalena de Araceo, en el Valle de Santiago, en Guanajuato. Pero el maestro Viderique dejó sembrada la parcela y sus jóvenes músicos se abrieron paso al ingresar a bandas de viento y orquestas en la ciudad y fuera de ella.



Manuel tocó en la orquesta del notable jazzista Chilo Morán y en la carpa de Paco Miller. Años más tarde trabajó en la orquesta de don Pedro Álvarez, y luego dirigió la orquesta Embajadores del Ritmo, en Culiacán, que llenó toda una época romántica. Finalmente, dirigió durante casi quince años la Banda de Instrumentos y Alientos de DIFOCUR, hasta su muerte; ocurrida el trece de abril de 1998.

A la muerte del gran músico que fue El Chino Flores Gastélum, DIFOCUR organizó un responso mayo-yoreme. Dicho ritual comienza al anochecer y termina a la mañana siguiente. Se empalma a la música y la danza un cántico religioso que rememora un antiguo pasado.

La persona muerta se representa por medio de una estructura en forma de ataúd elaborada con carrizo y adornada con flores de papel de China.

El ataúd de carrizo es el recinto donde mora el espíritu del muerto que se ha hecho presente para disfrutar de la ceremonia en su honor y que a la mañana siguiente, finalizada la fiesta, deberá ser llevada por los parientes a la tumba donde reposará para siempre.

Hasta el último día de su vida el maestro Flores Gastélum recogió lo mejor de la música popular sinaloense, por lo que se le consideró siempre un heredero natural de don Ángel Viderique.

Gracias a él se recuperaron muchos cánticos indígenas sinaloenses, entre ellos uno titulado “Yoco matchuco:

Ponme flores de oropel,
donde Dios las vea.

Mañana o pasado cuando yo muera
no me pongafaja de hilos de ixtle.

Ponme una faja de cabellos nuevos,
porque esa faja hasta Dios la ve.

En el ritual funerario de los mayos-yoremes (especialmente los de El Fuerte) se acostumbra colocar al revés la tarima sobre el montón de tierra de la tumba, y al muerto se le dota de una faja nueva para el largo viaje a la eternidad.



Al muerto se le despidе con cantos y danzas. No hay luto: hay alegría, porque el fallecido ha liberado el cuerpo de sus cargas groseras y el espíritu se expande en otro ámbito más amplio y acogedor.



14

Lucro y fraude del narcocorrido

En la portada de uno de sus discos llamado Hermosísimo Lucero, Chalino Sánchez aparece imitando a un narco: pantalón vaquero, camisa ranchera a rayas finas, sombrero de plástico, botas de piel de cocodrilo, y una pick up último modelo con vidrios polarizados, llantas gordas y rines de lujo.

Nada falta en la fotografía para plasmar al narco altivo y triunfador, porque si faltara algo Chalino Sánchez se encarga de colmar la canasta al esgrimir una “45” con sus cachas de plata. Se presume que en los bolsillos hay muchos billetes de cien dólares.

César Güémez escribió una serie de reportajes en La Jornada, a partir del 24 de enero de 2001. Empezó su excelente trabajo con unas cuantas líneas de uno de los corridos más populares en boca del Chalino Sánchez: “Ya después de muerto no todo es igual”.

Claro que ya nada es igual, porque la vida no es zacate Buffel ni resoca de caña de azúcar. Vida hay una. Chalino Sánchez supo, desde muy niño, que no había más que una sola vida y había que apurarla.

El narco juega con la vida y termina por hacerlo con una gran naturalidad. Sabe que al despertar tiene frente a sí un incierto porvenir: no sabe si verá la luz de otro día.

Su negocio es jugársela a cada momento. No sabe de dónde brotarán las ráfagas de la AK-47 y sólo él sabrá quién o quiénes accionaron el gatillo. Pero esa certeza sólo durará unos instantes antes de sumergirse en las tinieblas. Después de muerto no todo es igual. Cierto.

Ese narco trae los güevos en la garganta. Tiene temor de un semáforo en rojo y de una fiesta de quince años. Su vida ya no le pertenece, es propiedad de otros.



Por eso quiere “en vida” su corrido, porque “ya muerto ¿pa’ qué?” Y paga buen precio por un buen corrido. Se dice que los que componen corridos en Sinaloa tienen tarifas variables, que pueden ir de los tres mil a los veinte mil pesos.

Los periódicos de Culiacán publicaron la noticia de la muerte de un comerciante y ganadero, ocurrida el 17 de mayo de 2002. Se supo que el muerto era Rigoberto Imperial Rojo. De acuerdo con la nota roja, en el estilo característico, “Rigoberto Imperial viajaba en una camioneta —troca le llaman en Tijuana— Ford Bronco color verde, placas de circulación VGJ-5720, de Sinaloa, y se detuvo a la altura de la avenida Presa de Don Martín. Cuando se bajó para realizar una llamada en un teléfono público fue acribillado a balazos con rifles cuerno de chivo por tres o cuatro individuos desconocidos que viajaban en una camioneta Cherokee color café gris”.

Ninguna oportunidad de defenderse tuvo Rigoberto Imperial Rojo, y cayó muerto igual que muchos otros.

Al ahondarse las pesquisas se supo que Imperial Rojo tenía aproximadamente un mes de haber regresado de Estados Unidos, “donde presuntamente estuvo preso por delitos contra la salud”.

Pero lo más curioso del caso es que se logró averiguar que el grupo norteño Los nuevos cadetes de linares le compusieron un corrido a Rigoberto Imperial Rojo.

Dicho corrido dice así:

“Señores, traigo un corrido
que aquí les voy a cantar.
Se lo dedico a un amigo,
oriundo de Culiacán.
Por muchos es conocido,
su nombre es Rigo Imperial.
El en su troca del año
por pueblos lo ven pasar.
Siempre una escuadra cromada
a él le gusta portar.



Y se pasea tranquilo de Phoenix a Culiacán.

El compa Fausto es su amigo
y lo estima de verdad.

Los dos han hecho mil cosas
que no se pueden contar.

Yo sólo sé que son hombres
que sí saben trabajar.

El sabe que en Sinaloa
lo respetan y lo estiman,
y tiene muchos amigos
que hasta por él dan la vida.

También estás sus hermanos
y su familia querida,
como lo dije al principio
se lo dedico a un amigo
que vive allá en Sinaloa
en su Culiacán querido.

Helena Simonett escribió un ensayo sobre el fenómeno del narcorrído. Helena tituló su ensayo como *The Social History and Cultural Power of Mexican Band Music*, para optar por el título de doctora en filosofía y etnomusicología por la Universidad de California en Los Angeles.

Ha sido un trabajo muy serio y esforzado que en mucho ha contribuido a esclarecer los ángulos más sombríos del narcotráfico, igual que el doctor Luis Astorga, estimado hoy día como la primera autoridad en esta materia.

Helena Simonett por todo el estado de Sinaloa y pudo recoger una serie de datos, y consigna que luego de la Operación Cóndor emprendida por la Secretaría de la Defensa Nacional, la Procuraduría General de la República y el Gobierno de Sinaloa, el narcotráfico disminuyó notablemente. Pero fue por un corto tiempo porque resurgió con redoblada fuerza en la década de los ochenta.

En una especie de reto y grito triunfal circuló el narcocorrído “La mafia vuelve”, cuya letra, entre otras cosas, dice lo siguiente:



“Por Culiacán, Sinaloa
linda Perla del Humaya,
vuelven los carros del año
con el rugir de la metralla,
la mafia vuelve de nuevo
a mandar en Tierra Blanca.

Son versos deshilvanados pero que revelan la insolencia de los narcotraficantes ante el gobierno y la sociedad.

Elijah Wald —un músico de blues y periodistas del *Boston Globe*— se unió a la Simonett y al doctor Luis Astorga al escribir un libro sobre el “Narcocorrído: un viaje al mundo de la música, de las drogas, armas y guerrilleros, bajo el sello de la casa Rayo, subsidiaria de la influyente Harper Collins Publishers.

Wald dice que durante su investigación se sorprendió de descubrir algo insólito: el narcocorrído circula con facilidad y en gran número en el campo:

—“en el monte”, dice él—, donde no hay urbanización, donde no hay calles.

El narcocorrído se oye entre el pueblo y el pueblo acepta como un elogio a los únicos hombres de valor que conoce o ha oído hablar de ellos: los narcotraficantes. Esos narcotraficantes han tenido buen cuidado de hacer obra social que no hace el gobierno. Se sabe de narcotraficantes que llevaron la electricidad y el agua potable a sus ranchos y pueblos, que construyeron caminos, escuelas y templos, y que frente al abandono miles de familias de la sierra víctimas de la ignorancia, la enfermedad y la falta de empleo han el vacío convirtiéndose en un Heraclio Bernal al auxiliar a los pobres.

Wald consigna en su libro un caso extraordinario como es la inmensa popularidad del narcocorrído como divulgador de una especie de rebelión popular al reseñar las glorias de alguien fuera de la ley. Los tigres del norte se han encargado de elevar el “rating” del narcocorrído.

Existen actualmente dos compositores de narcocorrídos que



disfrutaban de una popularidad y una riqueza semejantes a las de José Alfredo Jiménez. Se trata de Paulino Vargas y Teodoro Bello, cuyos narcocorridos se han reproducido por cientos de miles de copias y sus derechos de autor los colocan como de los más cotizados en la música popular mexicana.

Son millones los que jamás en este país leen un periódico y menos un libro, pero sí son millones y más millones los que hacen prosperar a las grabadoras que amplían cada vez más su repertorio de narcocorridos con la incorporación de otros que han sufrido frente a la extraordinaria demanda de gloria en la tierra.

A Paulino Vargas se le conoce como el José Alfredo Jiménez del narcocorrido. En los años setenta, cuando el narcotráfico alcanzó su mayor auge, el mundo rural sinaloense y de otras regiones del país se estrujó con la grabación que Los tigres del norte hicieron del clásico de los narcocorridos: La banda del carro rojo. Después, Paulino Vargas compondría Lamberto Quintero, el muchacho de El Salado, que no logró la popularidad del carro rojo.

Las primeras manifestaciones de prosperidad del narco son las camionetas último modelo con sus vidrios polarizados, sus llantas gordas y rines de lujo. A las camionetas empalma la tambora que “jala” durante días. Después, las mujeres y el buen whisky. La segunda fase arranca con la sustitución de la camioneta por el automóvil de lujo y por la residencia con cancha de tenis y alberca en alguna colonia residencial.

Sus gustos son muy rústicos y por eso se dejan aconsejar por un buen arquitecto y el diseñador de interiores. Se sabe de alguien que se enamoró de la residencia de un poderoso hombre de negocios.

—No la vendo —dijo el dueño.

—Póngale el precio que quiera —terqueó el otro.

—Déjeme en paz: no la vendo.

A la noche siguiente la residencia fue rociada de balas, y cuando el cliente telefoneó al dueño éste casi llorando le suplicó:

—Póngale usted el precio.

Naturalmente, este caso y otros no han trascendido por las repercusiones que podrían adquirir al pasar al dominio público.

En otro de sus narcocorridos más populares, Chalino Sánchez



describe la detención y muerte de un abigeo; de un robavacas, como se dice en Sinaloa. Todavía a pesar del progreso alcanzado en Sinaloa sigue siendo un problema el abigeato.

Chalino Sánchez cantó, con su desparpajo y su voz arrancherada, la muerte del pelavacas: “La verdad no se ha sabido, la cosa es que lo mataron”.

También a Chalino Sánchez (Rosalino Sánchez Félix) lo mataron, y no se supo quien, la noche del 15 de mayo de 1992. Circuló la versión de que fue víctima de un “grueso” a quien Chalino Sánchez, apoyado en su popularidad, “voló” una hermosa querida. ¿O fue por un mal arreglo?

Fue sepultado en el panteón de Alcoyonqui, en el camino a El Comedero, Cosalá. A pesar de que han transcurrido diez años, su música se sigue escuchando. Desde luego, es música que ya no difunden las radiodifusoras, pero que el pueblo se escucha por sus propios medios.

A Chalino Sánchez le han brotado imitadores de todas partes, los que aspiran a ser sus herederos.

César Güémez dice en su magnífico reportaje que “hasta hace escasamente un lustro se efectuó en Sinaloa —y, por reflejo, en estados vecinos— una campaña que en vez de sepultar al corrido con personajes al margen de la ley, lo radicalizó.”

Es decir, que en la clandestinidad el narcocorrido florece como nunca. Le sienta bien estar fuera de la ley, igual que sus personajes.

Pero la gloria de los héroes del narcotráfico es muy efímera, porque breve es su vida. Desaparece uno, surge otro, y la industria del corrido se mantiene próspera porque no ha perdido el crédito los sinaloenses del campo.

No obstante la proliferación ningún narcocorrido ha logrado superar los corridos de Martín Elenes y Valente Quintero, Heraclio Bernal y Los caballos que corrieron. Son estos tres corridos los más populares de la banda de viento y la violencia que postulan ha sido también poderoso ingrediente en la conducta del sinaloense.

Wald dice que el narcocorrido es muy monótono, parecen cortados con la misma tijera. Sin embargo, surgen “corridistas” como Paulino



Vargas y Teodoro Bello y el narcocorrido adquiere fuerza y jerarquía. Calcula que un compositor de narcocorrido puede obtener regalías por cuatro y medio millones de pesos “si pega” al ser interpretado por Los tigres del norte.

El tema preferido de estos narcocorridos son la lucha de fuerza e inteligencia con “la migra” norteamericana; en segundo término, la rivalidad por la posesión del mercado, y, finalmente, un mal arreglo que se dirime a balazos. También se resuelven por la vía violenta antiguas rencillas familiares.

La composición de un corrido al gusto del cliente sigue siendo un magnífico negocio, y subsistirá, pésele a quien le pese, mientras exista el narcotráfico.



15 “Échame a mí la culpa de lo que pase”

En la tranquilidad de su casa de la calle de la Compañía, número 42, en Mazatlán, José Ángel Ferrusquilla Espinoza Aragón hizo un recuento de su larga vida como artista de radio y cine, así como compositor de celebradas canciones.

Al iniciar de la plática se le preguntó sobre el origen de la tambora, Ferrusquilla respondió:

—Entiendo que aquí, en Mazatlán, existió una Casa Melchers dedicada a la importación de artículos alemanes, entre éstos algunos instrumentos musicales. Esta Casa Melchers abrió sus puertas a mediados del siglo XIX, y presumo que fue la primera en traer a Sinaloa la trompeta, el clarinete, la tuba y el tambor, que nadie sabía tocar, pero que poco a poco fueron aprendiendo los músicos de oreja, alentados por la Casa Melchers.

Con relación a la presencia durante dos años del ejército francés en Mazatlán, cuya banda interpretaba melodías europeas en la Plazuela Machado, el famoso compositor dijo que no había razón alguna para desdeñar la influencia de esa banda de guerra del ejército francés que seguramente fue la segunda maestra de los músicos cuyo adiestramiento habría iniciado la Casa Melchers echando mano de libros de música.

No resulta tampoco una accidente el hecho de que al paso del ejército de D'Castagny por Concordia surgieran músicos de fino oído como los de Mesillas. Ferrusquilla Espinoza dijo que una de sus canciones predilectas, de las ciento ochenta que ha compuesto, es La ley del monte, que creó a ritmo de banda durante el viaje por carretera entre Puebla y Río Frío. Vio a la orilla del camino una pareja enlazada en un abrazo apretado entre los magueyes y la escribió de un tirón, sin dificultades.



Ha sido La ley del monte uno de los grandes éxitos de la Banda de El Recodo, de Cruz Lizárraga, de quien fue gran amigo.

Ferrusquilla Espinoza recordó que durante un festival en el estadio Teodoro Mariscal, de Mazatlán, para honrar a tres grandes músicos sinaloenses como son Cruz Lizárraga, Ramón López Alvarado y Ferrusquilla Espinoza, Cruz Lizárraga se acercó a sus dos amigos y les dijo:

—Vamos haciendo una apuesta a ver quien de los tres se muere primero.

Perdió Cruz Lizárraga, porque murió el 17 de junio de 1995.

Cuando se le preguntó sobre el autor de El Sinaloense, que muchos creen que fue compuesto por Enrique El Negrumo Sánchez Alonso, Ferrusquilla Espinoza fue terminante:

—El autor fue Severiano Briseño, miembro del Trío Tamaulipeco. Es una música muy bonita y alegre, lástima que dibuje a un sinaloense bravucón, mujeriego, borracho y jugador. Dicho dibujo corresponde a ciertos tipos, pero no a la generalidad de los sinaloenses, que son trabajadores y de costumbres austeras. Se ha dicho que El Negrumo Sánchez Alonso compuso El Sinaloense, pero éste nunca compuso un huapango y El Sinaloense es un huapango huasteco. Severiano Briseño, cuando formó parte del Trío Tamaulipeco junto con los hermanos Guillermo y Rafael Samperio, compuso otra canción que marcó una época en voz de Lucha Reyes: Ya lo pagarás con Dios, y luego otra que también triunfó: Caminito de Contreras. Ferrusquilla Espinoza dijo que Mariano Rivera Conde, nativo de La Noria, municipio de Mazatlán y esposo de Consuelito Velázquez, autora de Bésame mucho, hizo mucho por la música sinaloense cuando fungió como vicepresidente internacional de la RCA Víctor. La RCA Víctor fue fundada en 1901 en Nueva Jersey. Su logotipo es un perrito simpático que escucha una vitrola, hecho por el londinense Francis Barraud.

Cuando Rivera Conde le extendió el contrato a Ferrusquilla Espinoza con el logotipo del perrito, éste dijo:

—Pensé que si grababa en esa marca tendría una suerte de perros. Pero no fue así. Gracias a Rivera Conde me abrí paso, igual que se abrieron paso Los Guamuchileños, de Romeo Zazueta, y Cruz Lizárraga, director de la Banda de El Recodo.



A Rivera Conde nunca se le ha hecho un homenaje por su valiosa contribución al conocimiento de la música sinaloense.

La RCA Víctor grabó un buen número de canciones de Ferrusquilla Espinoza de tambora con la banda de El Recodo, como El bronco, Sin pasaporte, Mazatlán, Camino de luz, Échame a mí la culpa, La ley del monte, Sufriendo a solas, El camisa de juera, y otras más.

Ha sido, pues, la RCA Víctor una de las empresas grabadoras que más ha contribuido a la popularización de la música de viento.

Don Cruz Lizárraga, según lo recuerda Ferrusquilla Espinoza, era un hombre muy sencillo, no tenía doblez, nunca bebía, y sonríe: —Pero eso sí, era muy mujeriego, y no prestaba oído a eso de la planificación familiar.

José Ángel Espinoza Aragón nació el 25 de octubre de 1919, en Choix. Hijo de padres campesinos, tuvo una infancia pobre pero feliz. Mientras estudiaba la primaria en Los Mochis se empleó como dependiente en un puesto de café que tenía en el mercado municipal Isaac Inzunza.

El Ing. Salvador Cárdenas Chavarín, intuyendo que el talento elevaría a gran altura al joven muchacho choixense, le consiguió una beca para que ingresara a la preparatoria de Mazatlán, que dirigía el Dr. Bernardo J. Gastélum, y en la que fue condiscípulo del gran hombre de ciencia Jesús Kumate Rodríguez.

Empujado por la ambición de estudiar medicina se las agenció y fue a dar a la Ciudad de México. Al bajar del tren en Buenavista tenía doce pesos arrugados y unas cuantas monedas de cobre.

Para torear el hambre entró como mesero en el Comedor Universitario. En 1938 apareció en la sección de empleos de El Universal un pequeño espacio solicitando personal para una nueva radiodifusora. Hizo una prueba, pero no la pasó. Sin embargo, a manera de compensación, se le dio la chamba de locutor suplente; es decir, cubrir la vacante que dejaban los que se les pasaban las copas o cumplían compromisos imprevistos.

Enrique Contel, gerente de la Q, lanzó al aire un programa llamado Fírafas, el valeroso, cuyo libreto era de Pedro de Urdimalas. Figuraba en la obra un personaje llamado Ferrusquilla, y José Ángel fue Ferrusquilla hasta nuestros días.



Fue tal el éxito de la voz campirana, pícara y desenfadada de José Ángel, que Enrique Contel ideó otro programa, también muy exitoso, dentro de la radiodifusión mexicana: La Banda de Huipanguillo. Allí José Ángel desarrollaba el personaje de Celso Boquerones, el presidente municipal de Huipanguillo. Empezó a ganar un peso cincuenta centavos diarios.

Ferrusquilla Espinoza ingresó al Conservatorio Nacional de Música para aprender solfeo y armonía. Su intención era hacerse músico, abandonada la idea de estudiar medicina por sus escasas posibilidades económicas.

Compuso su primera canción A los amigos que tengo, que no obstante la interpretación que de ella hicieron Pedro Infante y Andy Russell, no pegó en el gusto popular. Perseveró y dio vida a otra canción Y ya, que sí se popularizó en la garganta privilegiada de Lola Beltrán. Luego la interpretaron Amalia Mendoza, Luis Pérez Meza, Miguel Aceves Mejía y el Trío Tariácuri.

Sin embargo, el éxito más completo lo logró con su canción Échame a mí la culpa. Mientras se abría paso en el mundo de la música, Ferrusquilla Espinoza probó suerte en el cine, sin dejar de hacer música, con Sufriendo a solas, No me lo tomes a mal, El tiempo que te quede libre, y La ley del monte.

Intervino en ciento veinte películas al lado de grandes figuras del cine nacional y veinte extranjeras compartiendo créditos con Richard Burton, Elizabeth Taylor, Jeanne Moreau, Brigitte Bardot, Daniel Gelin, Anthony Quinn, Peter Ustinov, Dean Martín, John Wayne, Clint Eastwood, Shirley McLaine, Boris Karloff, Robert Mitchum, Zachary Scott, George Raft, Brian Keith, George Sanders, Marisol, Fernando Sol, Dana Andrews y Bob Conrad.

Conoció durante la grabación del programa Fírafas, el valeroso a Blanca Estela Pavón, que tenía un papel importante. Blanca Estela nació en Minatitlán, Veracruz, en 1926, e hizo grandes películas al lado de Pedro Infante: Nosotros los pobres; Ustedes los ricos y Pepe El Toro.

Ferrusquilla Espinoza sostuvo un romance con la hermosa muchacha veracruzana en ascenso al estrellato. Sin embargo, el idilio acabó abruptamente cuando Blanca Estela murió al estrellarse el avión de



la Compañía Mexicana de Aviación, que hacía el vuelo Oaxaca-México, en la falda del volcán Popocatepétl, en 1950.

Sufrió esa pérdida trasladándola a muchas de sus canciones.

Ferrusquilla Espinoza tuvo otro sobrenombre: El hombre de las mil voces. Este apodo se lo endilgó Humberto G. Tamayo, versatilidad que de su voz que tan pronto daba vida a simpáticos personajes como el capitán Ferrusquilla, Chimino y Celso Boquerones como a personajes de la vida real.

Sus dos hijas: Angélica y Vindia, han triunfado, la primera en la televisión y el cine y la segunda en la vida hogareña.

Ferrusquilla Espinoza Aragón ya tiene listo, en el año 2002, un disco con doce canciones dedicadas a Sinaloa, su tierra. Todas para ser interpretadas por la tambora.

Y a propósito de tambora, dice que ésta ha prevalecido gracias a que se ha convertido en una cosa de familia: es decir, que esta gran tradición sinaloense de la tambora se hereda. Las grandes bandas de música de viento se mantienen debido a que son integradas por hermanos, primos, ahijados y tíos.

Si la tambora tuviera que erogar las grandes sumas de dinero que tienen otras agrupaciones musicales tal vez ya no existían. La tambora prevalecerá, pues, por su estructura familiar tan sólida y duradera.



16 El Negrumo, músico de peso completo

Don José María Figueroa Díaz, me dijo un buen día hace muchos años que estaba por aparecer un libro sobre la vida de Enrique El Negrumo Sánchez Alonso, y, desde luego, solicitaba oportuno socorro expresado en algunas líneas alusivas a aquel admirable músico culiacanense; además, me pedía que le hallara nombre con el cual bautizar a la criatura.

Había yo mantenido una larga e inesperada amistad con El Negrumo Sánchez Alonso, luego de prolongadas sesiones en El Guayabo, de Arturo Torres Méndez, que luego extendíamos al bar del hotel Ejecutivo, para concluir las en un restaurancito de mala muerte por el rumbo de la Caseta Cuatro, donde El Negrumo curaba sus malestares con un asado, ese plato netamente culiacanense que se compone de pequeños trozos de carne a los que se agregan pedazos de calabacita cocida al vapor y cebolla morada curtida en vinagre. Durante estas jornadas me iba yo explicando la vida disipada de un músico de inmenso corazón como El Negrumo. Algunas de sus anécdotas lo pintaban de cuerpo completo, y en tal dibujo no cabían las mezquindades, de las que muy pocos humanos se escapan.

Ente esas narraciones de amigo a amigo me contó que viviendo la brujería de un artista pobre en la Ciudad de México se unió al Cuarteto Armónico para “sopear” en cantinas de barrios y así llevarse algo a la boca. A uno de los miembros del cuarteto, Rafael Carreón, se le arruinó el acordeón de tanto uso. No tenían dinero, naturalmente, para comprar uno nuevo. Entonces El Negrumo Sánchez Alonso tuvo la idea de ir a ver al Lic. Raúl Cervantes Ahumada, ilustre guasavense que fungía como presidente del Patronato del Nacional Monte de Piedad.



Cuando le planteó el problema, el Cervantes Ahumada soltó una risotada y le dijo:

—Pinche Negro cabrón, mira nomás a lo que vienes. Ven para acá.

Y se lo llevó a un enorme salón repleto de acordeones, cuyos dueños los habían empeñado para salir de algún apuro económico. Al Negrumo se le subieron los colores. El Lic. Cervantes Ahumada le dijo:

—Agarra el que te guste.

De gira por Guaymas, en 1960, El Negrumo contó a su auditorio, compuesto por trabajadores del riel y pescadores, que en 1958 había compuesto una canción al enamorarse perdidamente de una bailarina cubana —mulata de ojos verdes— que formaba parte del Ballet Florilegio, de La Habana. Allí mismo escribió la letra y empezó a tararear la música de su canción Quince minutos:

Me quedan quince minutos
para seguirte mirando,
para seguirte besando,
me quedan quince minutos.

Y al terminar su remembranza El Negrumo pidió permiso al público para cantar esa su declaración de amor. Cuando empezó con aquello de me quedan quince minutos, salió de entre las butacas y la galería un grito estentóreo, clarísimo como un grito en la madrugada:

—Y se me hacen muchos.

Aquel grito perfiló y afiló la figura esmirriada del Negrumo, flaco como Agustín Lara, y el lugar se llenó de una carcajada generalizada mientras El Negrumo se reía también de aquella broma, tan oportuna cuanto ingeniosa. Otra de sus grandes canciones fue Corazonada, que compuso a solicitud de Joaquín del Villar, un bohemio capitalino que no podía doblar el corazón de una hermosa mujer. El Negrumo, emulando a Enrique Mora Andrade, que compuso el vals Alejandra por encargo de Rafael Oropeza, esculcó su inspiración y nació esa melodía que ayudó al galán a hacer deponer las armas a su dulce enemiga.



Es una corazonada,
un bello presentimiento,
es que mi alma está enamorada
y tú eres la razón.

Hizo amistad con María Constanza Bustamante cuando era secretaria de la radiodifusora XESA, propiedad de Roberto Pérez Alvarado. El Negrumo hacía sus pininos, trataba de abrirse camino. De la amistad saltaron al amor, y terminaron uniéndose en 1946. En el largo matrimonio María Constanza fue feliz, perdonándole sus infidelidades y procreando diez hijos. En honor a su mujer compuso Dios no lo quiera, que fue un éxito en la voz de Lucho Gatica colocándose en el primer lugar de los diez éxitos musicales de 1956:

Dios no lo quiera
pero presiento que has dejado de quererme,
en estos días se te nota diferente,
se han vuelto frías tus caricias de repente.

Esta canción permaneció durante diez años en el archivo personal, desorganizado, del Negrumo Sánchez Alonso. Fue compuesta durante su noviazgo con María.

De sus largas sesiones acompañado de su guitarra en La Pérgola Humaya y en las bancas del bulevar 2 de Abril, salió Culiacán, la canción emblema de la capital de Sinaloa:

Culiacán, bella tierra de ensueño,
con amor yo te doy mi canción,
en mi alma filtraste una luz
despertando mi inspiración.
Van de dueto cantando tus ríos
una linda canción hasta el mar,
y tus torres cual brazos señalan
dónde debe tu historia grabar.



Tu romántica Plazuela Rosales,
conoció mi primera ilusión,
Tierra Blanca y también La Lomita,
van muy dentro de mi corazón.
Tus mujeres orgullo serán
porque saben sufrir y cantar,
a tu viejo Santuario ellas van,
¡qué bonitas se ven al pasar!
Culiacán, bella perla del Humaya,
azucenas y rosas están
perfumando tu suelo bendito,
¡es mi orgullo ser de Culiacán!

El Negrumo Sánchez Alonso, acompañado de Pedro Careaga, solicitó al maestro Francisco Martínez Cabrera que incluyera su canción en del programa artístico de las fiestas patrias del 15 y 16 de septiembre de 1935, en el Teatro Apolo.

Martínez Cabrera aceptó la solicitud, y cabe a él haberle abierto la primera puerta al joven compositor culiacanense. Después del estreno formal, la tonada se fue imponiendo por sí sola, por sus cualidades especiales de cantarle por primera vez a Culiacán. El Negrumo se unió a Alfonso El Diablo Solano y Fausto Miller para formar el Trío Culiacán, y la canción fue propagándose inflamando el orgullo local. Su consagración se produjo cuando el trío interpretó Culiacán en un Estadio Universitario repleto de gente. Allí fue ovacionado el autor, y el buen nombre del Negrumo Sánchez Alonso empezó a crecer rápidamente.

El Negrumo Sánchez Alonso nació en Culiacán el 4 de diciembre de 1915. No fue nada fácil su vida al sufrir el abandono y desesperanza de todo huérfano, porque su señora madre, María Sánchez, murió al mes de traerlo al mundo; su padre, un marino filipino, desapareció y jamás se supo de él. Fue recogido por su abuelita, doña María de Jesús Sánchez, pero murió al poco tiempo. Entonces, el huérfano fue a refugiarse con su tío Celedonio Sánchez, sirviendo de mandadero en una carpintería, donde Librada de Bazúa construía sus cajones para muertos.



Fue en esa carpintería donde el Negrumo iba a la ferretería más próxima a comprar negro-de-humo que servía para pintar los rústicos ataúdes de madera de pino. Fue en el ir y venir a la tienda del Gordo Casillas cuando la chiquillería le motejó como el Negrumo por tener siempre sucias de negro las manos y la cara.

Al dejar la carpintería se empleó como mandadero y aprendiz en la joyería de Rafael N. Castro. En 1929 se ganó muy buenos pesos haciendo insignias de latón para jefes y oficiales que intervinieron en la revuelta del general José Gonzalo Escobar contra los generales Calles y Obregón. Dichas insignias de hojalata sirvieron a muchos audaces para hacer carrera militar.

Después, a pesar de su físico, fue boxeador; finalmente, empezó a pulsar la guitarra y a hilvanar sus primeras canciones.

Octavio Palazuelos Santiesteban fue en los años setenta y ochenta uno de los personajes más populares de Culiacán. Se dedicaba a servir banquetes a base de birria y carnitas. Fue un devoto amigo del Negrumo, tan devoto que se permitía darle al ya famoso músico las bromas más pesadas.

Al ver al Negrumo, el Chiva Güera le preguntaba con sorna mal disimulada:

—Óyeme, Negro, qué bien te vez; si hasta parece que estás vivo.

Otra de las bromas era llevar al músico a pedir permiso al panteonero para dejar su tumba por algunas horas mientras se corría una buena parranda. En la madrugada el Chiva Güera detenía su automóvil frente al Panteón Municipal y decía con un humor macabro:

—Aquí te dejo en tu casa; buenas noches.

—Soy un cursi— decía el Negrumo Sánchez Alonso—. Soy tanto o más cursi que Agustín Lara.

Sin embargo, sus cursilerías triunfaron, igual que las de Lara. Sus canciones le han sobrevivido. Al referirse a sus canciones las tildaba de “cancioncitas”. Pero una de esas cancioncitas ganó celebridad nacional en 1963. Se trata de Una pura y dos con sal. Igual cosa acontecería con Palabras ajenas al año siguiente. Y, así se fueron eslabonando sus triunfos. Las palabras ajenas/ en amor no son buenas,/ en nosotros está la verdad/ y



en nosotros, la felicidad. Pero el Negrumo no tenía la aptitud del dinero. No sabía guardarlo. Así como lo recibía lo gastaba. Vivía rigurosamente al día.

Antonio Toñico Pinera Gutiérrez escribió que en cierta ocasión estuvo de visita en Hermosillo. Se sorprendió de oír en todas partes la música del Negrumo Sánchez Alonso. Todos tarareaban sus canciones. Cuando se presentó el músico en la capital sonorensis fue un éxito inolvidable. Fue paseado en hombros y llevado de cantina en cantina. Uno de sus más fieles admiradores era el profesor Miguel Ángel Castro, director de Educación de Sonora. Un día se presentó con el profesor Castro luciendo una cruda espantosa, y le preguntó:

—Óyeme Güero, dime la verdad ¿te gustan mis canciones? ¿Qué podía contestar el maestro?

Dijo que era la mejor música que había oído en una estación de radio y que lo felicitaba por ser Dios no lo quiera uno de los mejores boleros mexicanos.

—Pues sácame de un apuro —le dijo el Negrumo—. No quiero que vayas a decir qué bonito cantaba El Negrumo, pero se murió de hambre el muy cabrón.

—¿A qué viene eso?— preguntó el profesor Castro.

—A que estoy en vil cueros, pues empecé la guitarra no sé en qué cantina en siete pesos y o la rescato o así disecado y todo me va a llevar la chingada.

Siete pesos en aquel tiempo era mucho dinero. El Güero Castro los pagó. Durante semanas el Güero Castro serenó a cuanta muchacha quiso y luego se llevó al músico a su casa y allá la siguió. Todo a cuenta de los siete pesos.

Hasta que un día Enrique se encabronó y le dijo al Güero Castro:

—Bueno, joven; creo que ya está bien de biberón. Échale pal templo o deja de cantar el pajarito.

Al pedirme el señor Figueroa nombres para bautizar al niño, le sugerí éstos: “El Negrumo o el brindis de la vida”, “Negrumo, rival de la tristeza”, “Quijote del desvelo y la parranda”, “Negrumo: la penúltima y nos vamos”, “Historia de un músico de peso completo: el Negrumo”, y



“El Negrumo: culichi de corazón y con razón”, Escogió “Partitura de un músico de peso completo”.

En su dedicatoria, al salir el libro en 1987, el Negrumo Sánchez Alonso escribió de su puño y letra:

“Herberto, gracias por regalarme con tu valiosa amistad. Septiembre 19 de 1987”.

Melesio Enrique Sánchez Alonso, más conocido por el sobrenombre del Negrumo, murió el 11 de julio de 1989. Fue despedido en el panteón Jardines del Humaya por María, la esposa, por los hijos Oscar Enrique, Rubén, Mario, Jorge, Ricardo, Adrián, Cecilia, Angelina, María Enriqueta y Ana Cecilia, y por sus innumerables amigos.

Su mejor amigo y biógrafo, don José María Figueroa Díaz, escribió una nota en El Debate el 12 de julio de 1989, que dice así: “Ayer murió Enrique Sánchez Alonso, El Negrumo, y con él murió un pedazo del Culiacán que tanto amó. Yo alcancé a verlo con vida postrado en una cama del hospital ISSSTE, al filo de las doce horas, y hora y media después dejó de existir, víctima del desgarramiento de una úlcera abdominal”.

Y en memoria del compositor de más de ciento cincuenta hermosas canciones, se abre paso un refrán que se oye muy frecuentemente, y que le es fiel al hombre sencillo pero fructífero que fue El Negrumo Sánchez Alonso: “El que al viento observa, no sembrará; y el que mira a las nubes no cosechará”.



17 El tiempo romántico del Cachi Anaya

Culiacán era una ciudad de pocos muertos que llorar. Las cuentas de la pequeña ciudad no cuadraban con la violencia; es decir, con la muerte violenta. Era una ciudad que se cuidaba a sí misma con rigor y valentía. Hacía abortar todo signo de la Inspección General de Policía sabía al dedillo los escasos rateros de mercado y sobre ellos ejercía constante ojo avizor.

Cuentan los ancianos que las puertas de las casas resultaban unos adornos por su inutilidad. Las casas tenían, pues, sus puertas siempre abiertas, atrancadas con una piedra por si acaso un viento desbalagado osaba cerrarlas.

En aquel Culiacán de pocos muertos que llorar, apareció, llegado de San Ignacio, un muchacho llamado Salvador Tostado Anaya. Era miembro de una familia de músicos. Había sido músico el padre y también el abuelo.

Pronto aquel muchacho músico halló acomodo en la tranquilidad pequeña ciudad, y se hizo indispensable en las fiestas de cumpleaños, bautizos, onomásticos, y en los festejos nupciales, siempre acompañado de su violín.

En vista de que Culiacán reservaba para sábado y domingo todo el vigor de su alegría, el muchacho apodado el Cachi Anaya halló trabajo en la empresa de Azcona y Panas, que administraba el Teatro Apolo, convertido de teatro en cinematógrafo por la crisis de clientela.

Ya con su propio grupo de músicos, el Cachi Anaya formó parte del convite a bordo de un pequeño camioncito Ford modelo 1926. El convite era para asistir a las funciones cinematográficas del Teatro Apolo en tiempo



en que no había otro medio para anunciar tales funciones. Las mejores películas de la época fueron Viva Villa, de Wallace Beery, Un Bandido Leal, de Tim McCoy, El Gran Vals, biografía del gran músico austriaco Johann Strauss, autor del Danubio Azul, Voces de Primavera y otros hermosísimos vales.

Otras películas famosas de ese tiempo fueron Romeo y Julieta con Leslie Howard y Norma Shearer, además de las cintas de episodios como El Llanero Solitario, Charlie Chang, El Reino de Mongo, King-Kong y tantas otras.

El Cachi Anaya acomodaba a sus músicos en el camioncito y armaba el mejor ruido para atraer la atención de los somnolientos vecinos de la ciudad que salían de sus casas por el alboroto, retorciéndose en bostezos.

El convite se hacía los jueves y los domingos y le permitían al Cachi Anaya allegarse algunos centavos que le sirvieron en su viejo sueño, desde que se desarraigó de San Ignacio y de formar su propia orquesta.

¿Cuántos matrimonios no le deben al violín del Cachi Anaya mucho de su felicidad, ahora que están rodeados de nietos? Hizo estragos el Cachi Anaya en las serenatas de ese tiempo, y sus mejores clientes eran los jóvenes mejor cotizados en la bolsa del corazón como Luis Guillermo Chitin Echavarría, Jorge y Jesús Almada Salido, Alejandro Redo, Juan Guerrero Alcocer, Atilano Bon Bustamante, Jesús M. Beltrán, Emigdio Flores Sarmiento, Miguel Ángel Gastélum, José Gallardo, Santiago Gaxiola, y tantos otros que se escabullen validos de la ocasión.

Era Culiacán una ciudad de tamaño portátil, ahora es tamaño king-size. Al Cachi Anaya le tocó en suerte el Culiacán familiar, el Culiacán que se podía acomodar en el bolsillo de la camisa, el Culiacán no contaminado por la avaricia, el Culiacán que no tenía los pujos de gran ciudad.

Culiacán era, además de ciudad manuable, una ciudad romántica. Todavía se leía por allí a Baudelaire, y Manuel Acuña hacia estragos en las mujeres jóvenes. Fue pues una ciudad adecuada a la orquesta que ofrecía una aceptable música; después se habría de acorrientar con los nuevos aires que soplaron a causa del dinero fácil del narcotráfico.



Fue así como surgieron las orquestas de Elías Soto, llamada Orquesta Estrella, y la Orquesta Royal del Cachi Anaya. Dichas orquestas se disputaron a golpe de pulmón la preferencia de los bailadores en la Mutua, el Atlético Humaya, el Casino Culiacán, el Tamazula, el Danubio, La Feria de las Flores, el Alemán y el Tamazula.

De ciudad ligera donde todavía flotaba el aire del rancho con ordeña de vacas, Culiacán se transformó luego del auge que cortó raíz de la inauguración de la presa Sanalona el año de 1948. Se rompieron los diques, el dinero abundó por la vía del tomate, del algodón, de la caña de azúcar, y pronto se regresaron en zonas residenciales exclusivas, como la Guadalupe y la Chapultepec, las familias triunfadoras en el negocio bonancible de la agricultura, la agricultura buena (se entiende), no la del diablo.

El Casino Culiacán, mucho antes del Country Club o del Campestre Chapultepec, fue el escenario ideal donde los varones lucieron las galas de su prosperidad expresada en hermoso vestuario para la dama y en botellas de whisky y cognac; fue en dicho centro social donde la Orquesta del Cachi Anaya tuvo sus triunfos más resonantes.

Como la mejor fama es la que arraiga en la legítima calidad, el nombre del Cachi Anaya se propaló por todos los confines del reino como fórmula que no podía fallar al momento de hacer rendir el corazón más rebelde o de poner alegre el más triste. En alguna ocasión, don Sebastián Cota, vecino de Sinaloa de Leyva, en el municipio de Sinaloa, contrató a la Orquesta Royal para un convivio familiar. Dicho convivio se alargó por treinta y siete horas en que los músicos del Cachi Anaya sólo tuvieron derecho a las pausas necesarias para comer o apagar la sed. El cliente pagó al contado, devolviendo el color al Cachi Anaya.

Alguna vez se le acercó un cliente. Quería dar una serenata. El Cachi, desconfiado como era, vio al individuo de arriba-abajo sopesando el peso de su bolsillo. El cliente observó la perplejidad del músico y acercándose le dijo: -Es comprensible que me tenga desconfianza porque me acaba de conocer. Sé que usted quiere una garantía del pago. ¿Serviría de garantía el ingenio azucarero de Hacienda Redo y Compañía? Soy Alejandro Redo.

El mejor repertorio del Cachi Anaya estaba formado por Celos,



El vuelo del abejorro, Las bodas de Luis Alonso, Azul, el Ave María y, desde luego, la Marcha Nupcial.

El Cachi Anaya se hizo indispensable en todas las fiestas cívicas llamadas pomposamente literario-musicales en las que no podía fallar Aída y las marchas militares.

Pero también fue obligatorio en los banquetes a presidentes de la República y gobernadores.

El Cachi Anaya y su violín tocó al oído de Miguel Alemán, Ruiz Cortines, López Mateos, Díaz Ordaz, Echeverría y López Portillo; agradó con Celos o Poeta y campesino a gobernadores, desde Loaliza hasta Toledo.

¿Era ciego de nacimiento el Cachi Anaya?

No. Contrajo una enfermedad llamada retinosis pigmentaria; es decir, una falla de irrigación de la sangre en el nervio óptico. Fue perdiendo la vista poco a poco.

Un ciego ilustre, el argentino Jorge Luis Borges, dijo que el último color que ve un hombre que pierde la vista lentamente es el amarillo. Después sólo sombras y luces. Borges calmó a su amigo que sufría de una ceguera gradual al decirle:

—La ceguera lenta no es una tragedia. Es como un lento atardecer de verano. Salvador T. Anaya nació en San Ignacio el 14 de febrero de 1912. Su padre, Jesús Anaya, era músico; recogió de él el amor por la música.

Murió el Cachi Anaya el 18 de julio de 1984. Pero antes formó a sus hijos, todos músicos; Jesús probaba los primeros secretos del violín cuando vivía por la calle Colón, entre Obregón y Juan Carrasco. El ruido que producía era muy bonito comparado con el ruido de un molino de nixtamal cuyo motor ensordecía a los vecinos del rumbo. El padre quebró el arco del violín en la cabeza del alumno que rechazaba tercamente un acorde correcto. Chuy Anaya ha seguido con la bandera en alto. Ha mantenido la vocación familiar a muy alto nivel, pues es un excelente músico. Se le reprocha entre sus amigos su tacañería y su enfermiza pasión por comprar billetes enteros de la Lotería Nacional.



Chuy Anaya entró a formar parte de la Orquesta del Cachi Anaya cuando tenía quince años. Ahora tiene setenta y dos años. Piensa morir con su arma demoledora en la cabecera.

El Cachi Anaya vivió dos épocas violentamente distintas. Vivió la del Culiacán arremolinado en torno a su Catedral y su Mercado Garmendia.

Después del estallido agrícola, hizo vibrar su violín ante los requerimientos sentimentales de unos clientes llenos de billetes.

No se asustó por el cambio; se adaptó a él. Seguía con su música.

Era una hormiga para el trabajo. Tan pronto salía de un lugar cuando se metía a otro. Causaba sorpresa que un día tocara en el Casino Culiacán y al día siguiente en la Quinta Rosa, de Valente Vega, un cabaret en la zona roja. A pesar de su ceguera intuía la cercanía del amigo y hasta lo tuteaba. Su radar descubría el sudor, y por el sudor identificaba al amigo, ¿o lo identificaba por el cercano latir de su corazón?

El doctor Carrión, en Los Ángeles, en 1937, le dijo que perdería la vista irremediabilmente. Le adaptó unos lentes color ámbar tratando de salirle al paso a la sombra.

Con sus músicos el Cachi Anaya se encargó de meter en el gusto de los culiacanenses la canción Culiacán, de Enrique El Negrumo Sánchez Alonso, e hizo época con aquella otra que decía así:

Cuando vuelva a tu lado
y éste sola contigo,
las cosas que te digo
no repitas jamás.

Frenesí, de Alberto Domínguez, fue otro de sus grandes éxitos, así como obsesión, de Pedro Flores:

Por alto que esté el cielo en el mundo,
por hondo que sea el mar profundo,
no habrá una barrera en el mundo



que este amor es la copa divina,
amor es algo sin nombre
que obsesiona al hombre por una mujer.

Los músicos que formaron parte del grupo original del Cachi Anaya fueron Casimiro Bátiz, en la tuba; Jesús El Vago Félix, saxofón alto; Benjamín Bustamante, saxofón tenor; Guadalupe Avilés, trompeta; Boris Palazuelos y Refugio Soto fueron los bajos y la batería para el Güilo Ferreiro.

Después de trabajar con el Cachi Anaya durante algún tiempo, Refugio Soto se separó para formar la Orquesta Estrella, que dirigió su hermano Elías Soto y de la que formaron parte Federico Soto, José Gurrola, Ramón Zamudio, Salome L. Ontiveros, Juan Mérida, Ismael Meléndrez, Claudio Hernández y Saúl Crail. (Lo más singular de la Orquesta Estrella es que en ella hizo sus pininos Pedro Infante durante su estancia en Culiacán).

Fue, pues, la Orquesta Estrella una derivación de la Orquesta Royal, que dirigió el Cachi Anaya a partir de 1930. El nombre de Royal lo adoptó la orquesta del cine en que tocaba en los intermedios.

Durante más de medio siglo la Orquesta Royal, la orquesta del Cachi Anaya, como se le conoció después, llenó de arrullos una ciudad pequeña pero respondona, sentimental y tierna, ayudando con su música a formalizar compromisos nupciales que han dado solidez a la gran familia culiacanense.



18 Los Álvarez, una dinastía de músicos sinaloenses

En sus momentos de alegría el gran músico Pedro Álvarez Martínez recurría a los versos del clásico:

Yo dormía y despertóme la sabiduría,
y díjome no te entregues a ese sueño,
hermano de la muerte.
Levántate y bebe vino,
que para dormir hay siglos.

Siempre conservó una interpretación lúcida y optimista de la vida. No sabía de malestares de la mente ni prometía remedios infalibles contra la tristeza y el desorden del corazón.

Pedro Álvarez Martínez nació en Tacuichamona en 1895, y desde su más tierna edad, se manifestaron en él las inclinaciones naturales por la música, al sacarle sonido a todo lo que tocaba. Al platicar con uno de sus hijos -Guillermo- se supo que de 1914 a 1918, en lo más álgido de la revolución maderista, don Pedro fue director de las bandas militares en la tropa de los generales Ramón F. Iturbe, Ángel Flores y Juan Carrasco.

Fue un amigo cercano del general Iturbe. Este militar, muy sensible a la música, alentó las inquietudes del joven músico de Tacuichamona.

Durante la lucha política entre los generales Iturbe y Flores, se mantuvo siempre conciliador. Pero eran tantas las intrigas, que ni siquiera la música pudo suavizarlas o eliminarlas.

Al amainar la revolución, fue invitado a organizar la banda de



música de Elota. Tenía alma de maestro y le encantaba educar músicos. Fue convencido de organizar la campaña política del general Calles y del general Guillermo Nelson en el sur de Sinaloa; sin embargo, la política no le sedujo y volvió a la música, que era lo suyo.

En 1937 se produjo un movimiento local, en el sentido de cambiar la cabecera municipal de Elota a La Cruz, tomando en cuenta la importancia que tenía esta última población como estación de ferrocarril y punto central de una región muy bonancible en pesca, agricultura y ganadería. Quienes no querían que se moviera la cabecera de Elota a La Cruz eran, naturalmente, los que poseían grandes intereses y los que querían seguir ejerciendo un absoluto control político.

Después de una lucha muy intensa se logró el cambio, y don Pedro rechazó la proposición que se le hizo en el sentido de que fuera presidente municipal de Elota, ya en su nueva sede. A manera de explicación dijo que sus planes personales no iban por el lado de la política, sino de la música.

Y se fue a correr la llegua, aprovechando su juventud. Fue a dar a Santa Rosalía, en el entonces Territorio Sur de la Baja California, donde encontró trabajo en un circo, junto con dos músicos de la banda del Cuarto Regimiento.

Con el Circo Hermanos Ponce llegó a Culiacán, en 1928, pero como la región estaba alborotada por el alzamiento de los renovadores, el circo halló una ciudad desolada donde los vecinos no querían sacar las narices de sus casas, por temor a recibir una bala perdida. Con otros cinco músicos se fue a Navolato, donde formó una Orquesta Álvarez la que tuvo un gran éxito porque el ingenio azucarero La Primavera estaba en pleno auge, y sus dueños (los hermanos Jorge y Jesús Almada) eran amantes de la música.

De ese tiempo de maestro, don Pedro recordó a sus alumnos predilectos, como Los Sirolitas; uno de ellos (Jesús Castro Ibarra) fue estimado en su tiempo como el mejor trompetista de México, así como Luis Híjar -hermano de Fernando, el periodista-. Después se entregó a la tarea de hacer músicos a sus propios hijos: Pedro, Guillermo, y Rogel Álvarez Lizárraga. Jared, el menor, prefirió la medicina a la música.

Al platicar Guillermo con el periodista Enrique Ruiz Alba le dijo



que la orquesta Álvarez de Navolato llegó a adquirir tal resonancia que Carlos Águila, hermano de las famosas Hermanas Águila (Esperanza y Caridad) formó parte de ella, y, tiempo después, de la orquesta de solistas de Agustín Lara.

Las dos grandes orquestas de Culiacán —la Royal, del Cachi Anaya, y la Orquesta Estrella, de Elías Soto —estaban integradas por músicos de oreja; es decir, músicos empíricos. La Orquesta Álvarez empezó a tocar por nota, y en alguna ocasión histórica fue dirigida por el gran músico norteamericano Larry Son.

El general Gabriel Leyva Velázquez, gobernador de Sinaloa de 1956 a 1962, se propuso organizar una Banda de Música del Estado, que sin llegar a la categoría de sinfónica a la que no se podía acceder por falta de dinero, si pudiera estimular el gusto por la buena música, y llamó al doctor Leopoldo Corona, presidente de la Sociedad de Amigos de la Buena Música de Culiacán, para que perfilara un programa de trabajo.

El doctor Corona, auxiliado por el maestro Arturo Javier González, director de la Banda de Música del Estado de Jalisco, presentó un plan para integrar una Banda de Música del Estado de Sinaloa semejante a la de Jalisco, y que, inicialmente, convocara a músicos profesionales que se encargarían de ir formando nuevas generaciones de músicos sinaloenses, como en el pasado lo había hecho el maestro Ángel Viderique con su famosa Banda de Los Azulitos.

Al formar parte de la naciente banda figuraron don Pedro y sus hijos Pedro, Guillermo y Rogel. El padre y tres de sus hijos sustentaron a la naciente banda.

Fue convocado a figurar como director de la Banda de Música del Estado el maestro Eugenio Martínez, que hizo su debut en las fiestas patrias de 1958. El maestro Martínez era un gran músico, pero de muy mal genio. Su temperamento le granjeó grandes antipatías, y don Pedro fue llamado para fungir como subdirector, supliendo al titular durante sus rabiatas.

Fue allí donde el maestro Pedro Álvarez tuvo que desarrollar su mayor capacidad, al tener que enseñar a los músicos a tocar instrumentos sinfónicos. Pedro Jr., tuvo que tocar el oboe, Guillermo se hizo fagoista y



Rogel saxofonista. El adiestramiento fue fácil, porque todos habían tocado instrumentos de aliento.

Al terminar el gobierno de Leyva, la Banda de Música del Estado no contó con la simpatía del novel gobernador Leopoldo Sánchez Celis y fue disuelta.

El maestro dice que fue justamente en Tacuichamona donde se integró una de las primeras bandas de música en 1888. Fue fundada por don Ramón Álvarez Martínez, padre de Pedro. Fue conocida como la Banda de Los Tacuichamona.

En 1937 surgió otra banda de música, conocida como Los Chepes, dirigida por José Martínez Machado. Dicha banda amenizó una reunión en 1919 en casa de Adolfo Heras, en honor del general Ramón F. Iturbe. Entusiasmado por la calidad de aquellos músicos improvisados, el general Iturbe les prometió enviarles el instrumental necesario; ese instrumental jamás llegó a Tacuichamona.

Don Pedro recurrió en 1969, a la reserva de músicos en potencia que hay en Tacuichamona, igual que en otras poblaciones del estado y del país, y formó una banda de música. Desplegó toda su capacidad y formó a jóvenes músicos, como Severo Ponce, clarinetista; Doroteo García Rocha, clarinetista; Sergio López Manjarrez, tambora; Rodolfo Rocha Sáinz, trompetista; Jesús Martínez Rocha, trompetista; Lino Manjarrez Tapia, armonía; Domingo Rocha García, trompetista; Ernesto Martínez Rocha, trompetista; Tranquilino Beltrán Bernal, armonía; Carlos Beltrán Martínez en la tarola y Fructuoso Urbina Álvarez en la tuba.

Durante su breve existencia, la Banda de Música del Estado difundió la buena música mexicana.

Fue memorable la interpretación que hizo de la canción Un madrigal, de Ventura Romero (San Buenaventura, Chihuahua, 1915-1994), que dice así:

¡Qué bonito el sol de la mañana
al regreso de la capital!
¡Ay, qué linda se ve mi Susana,
cuando va corriendo por entre el tragal!



Ya se ven la barranca y el puente,
 y mi perro me viene a encontrar.
 El sembrado se queda pendiente
 porque los bueyes no quieren jalar.
 La humareda de mi jacalito
 ya se extiende por todo el trigal,
 y en el fondo se ve el arroyito
 que todas las tardes me suele arrullar.

Y otra de las grandes interpretaciones, en el mejor momento de la banda, fue La barca de Guaymas, de José López Portillo y Rojas, cuya letra dice así:

Al golpe del remo
 se agitan las olas,
 ligera la barca.
 Al ruido del agua
 se ahonda mi pena
 y solloza mi alma.
 Por tantos pesares
 mi amor angustiado
 llorando mi alma.
 Cansado viajero
 que tornas al puerto
 de tierras lejanas;
 ¡qué extraño piloto
 condujo tu barca
 sin vela y sin ancla
 ¿De qué región vienes
 que has hecho pedazos
 tus velas tan blancas?
 Te fuiste cantando
 y hoy vienes trayendo
 la muerte en el alma.
 Yo soy el marino



que alegre de Guaymas
 salió una mañana,
 llevando en su barca
 como hábil piloto
 su dulce esperanza.
 Por mares ignotos
 mis santos anhelos
 hundió la borrasca,
 por eso están rotas mis velas
 y traigo la muerte en el alma.

Don Pedro Álvarez Martínez murió el 7 de junio de 1974, a los 79 años. Su larga vida no fue en vano. Amó la música de tal manera que su mayor placer era formar músicos. Fue un maestro paciente e incomparable. Nunca se sintió cansado en su noble trabajo, y cuando presintió que la vida llegaba a su fin volvió a su Tacuichamona y allí se entregó a su dulce magisterio.

Y, ante la muerte de tan querido maestro, acude a la memoria una bella frase de Novalis: “La muerte es la misma para todos, pero cada uno muere a su manera”.



19

Las grandes orquestas sinaloenses de los viejos tiempos

Don Carlos R. Hubbard dijo que al ritmo de la Orquesta Borrego los jóvenes rosarenses dieron sus primeros y torpes pasos de baile. Estos músicos popularizaron la tonada que perduró en los corazones por mucho tiempo. Eran hábiles para descubrir los gustos y sabían por qué sufría el corazón, luego de la pérdida de la amada.

Don Carlos dijo que los Borrego, al vernos entrados en copas sabían la pieza que nos llegaba más hondo y con las que nuestros padres llevaron gallo a nuestras madres. Durante treinta años, la Orquesta Borrego dio audiciones en la plazuela de El Rosario, convirtiéndose en uno de los atractivos naturales de la bella cabecera del municipio del Rosario.

En 1918, cuando murió, don Manuel Borrego heredó el gusto por la música a sus hijos Nacho, Gabriel, Manuel y Pedro. Gabriel fue una figura inolvidable de la bohemia rosarense, que no se desfiguraba ante otros ilustres despreocupados de la vida como Luis F. Lizárraga, Roberto Rojo, Carlos Osuna, Trinidad Lomelí y tantos otros. Don Carlos recordó a Manuel Borrego, que después de dar un verdadero concierto de violín se arremangaba los pantalones y se iba a buscar cauques durante la crecida del río Baluarte. Fue Manuel aquel travieso que gustaba apagar focos del alumbrado público mediante una certera pedrada. El mismo que jugaba ulama con los nativos que basquetbol con los niños-bien. Fue el niño grande que gozaba chapoteando descalzo en los charcos que dejaban las lluvias, y que a las tres de la madrugada llevaba a sus compañeros de parranda a disfrutar de un chorizo con frijoles.

Luis Villegas Murguía, por su parte, ha escrito sobre el carácter festivo del rosarense. Fue en El Rosario, ciudad pequeña y nobilísima,



recoleta y altiva, bulliciosa, irregular y asimétrica, por cuyas retorcidas callejas ya rodaban carruajes de grandes señores cuando en muchas, entonces bárbaras regiones, aún se bebía sangre de cristianos, donde sus vecinos se entregaban a una fiesta de la Santa Cruz durante quince días, en los que muchas familias ponían altares en las salas de sus casas y en los demás cuartos se ponían a bailar.

El Rosario, según contó Villegas Murguía, era la población más rica y culta de la región noroccidental de México. Fue famosa por su oro y su plata, y también por sus fiestas estruendosas, en las que nunca faltó la Orquesta Borrego. Tirso Robles creció en El Guayabo, y allí fue a la escuela. Sus aficiones de niño eran robar sandías en los veranos de Cachoana, San Antonio de las Cruces y Ahome.

Su padres, don Francisco y doña Emilia, eran campesinos que tenían una gran afición por la música; él tocaba el violín; ella la guitarra. Tirso nació aprendiendo música antes que hablar.

Según su biógrafo Ramón Mucio Rivera, Tirso Robles ya sabía tocar el violín a los siete años. Para fortuna suya, se encontró con un maestro de música vagabundo: el brasileño Hipólito Freyre. Un año después, gracias a las lecciones de tan inesperado cuanto noble maestro, Tirso Robles ya leía música. En ese tiempo había en Ahome dos pequeñas orquestas: una de un señor Pedro Firules, y otra de un señor Guerra. Tirso Robles formó parte del conjunto musical improvisado por su papá Francisco, y con él se dedicó a amenizar fiestas en ambas bandas del río El Fuerte. Al observar los notables progresos del alumno, el maestro Hipólito Freyre le regaló su corneta. Así, el minúsculo conjunto musical de los Robles, de violín y guitarra, se enriqueció con la corneta. Cuando tenía diez años, Tirso Robles acompañó a sus padres a amenizar una fiesta de los colonos de Owen, en El Público. Pero el muchacho se rendía de sueño y empezaba a llorar. Era entonces cuando el conjunto tenía que prescindir de la corneta. Los colonos de Owen tuvieron su propio conjunto musical: Los Stanley, en La Logia. Se presume que Los Stanley completaron la educación musical de Emiliana. Cuando los colonos querían oír música mexicana contrataban a los Robles. Fue en ese tiempo cuando se popularizó La Valentina, canción que cantaron los viejos mucho antes de la revolución.



Tirso Robles, el joven músico ahomense, conoció a Benjamin F. Johnston, el dueño de la United Sugar, en la plenitud de su poder y de su arrogancia, en 1905. Johnson siempre que organizaba una fiesta en la casa grande pedía a Tirso Robles y sus músicos que la alegraran. Tirso Robles fue el favorito del famoso industrial azucarero.

La orquesta de Tirso Robles le tocó al general Ramón F. Iturbe y al general Ángel Flores, sin considerar su mortal rivalidad política. Para él los dos contrincantes eran simples clientes, igual Felipe Bachomo. Bachomo no era la fiera que pintan algunos. Tirso Robles dijo que Bachomo era atento y amable, y si se sublevó fue por las barbaridades que se cometían con los peones de campo y con los obreros de la United Sugar Company.

Muchos mayos gritaban:

—Jantem Mochin mehui. (Vámonos a Los Mochis). Pero sus esperanzas rodaban por el suelo por el bajo salario y las largas jornadas de trabajo. Pero por ser la United Sugar la única fuente de trabajo, muchos aceptaban la explotación antes que morirse de hambre.

Se sabía que el dueño de la United Sugar embotellaba el ron a base de caña de azúcar y lo enviaba a Estados Unidos, logrando grandes utilidades durante la Ley Seca.

La orquesta de Tirso Robles tocó durante una fiesta ofrecida por Blas Valenzuela en El Cubilete, municipio de Guasave, al general Álvaro Obregón. Obregón se sintió tan complacido que invitó a Tirso Robles a una partida a pókar. Tirso Robles fue maestro de Pablo Beltrán Ruiz, que, pasado el tiempo, formaría una orquesta que ganó fama nacional. Beltrán Ruiz es el autor de una hermosa canción llamada Somos diferentes.

Corrió de boca en boca la gran fiesta que Johnston ofreció en la casa grande a don Venustiano Carranza, el 18 de enero de 1914. Hubo whisky y cognac en abundancia, y don Venustiano bailó de lo lindo al ritmo que impuso la orquesta de Tirso Robles. Otra orquesta que dejó grato recuerdo fue la de Conrado Solís, de Navolato. Igual que Tirso Robles amenizó las fiestas de Johnston en Los Mochis, la de Conrado Solís alegró las de Jesús y Jorge Almada en Navolato. Fue una excelente orquesta, que alegró los corazones de los navolatenses y, también, del hombre más poderoso de aquel tiempo, el general Plutarco Elías Calles.



Calles era yerno de Jorge Almada, pues estaba casado con Alicia, una de sus hijas. El general acostumbraba descansar de su agobiante trabajo en una casita de descanso que Jorge le mandó construir en El Tambor. Durante sus breves estancias allí, su cocinera, llamada Rafaela Sánchez de Orduño, le preparaba café de talega con poca azúcar. Y en las fiestas no podían faltar Conrado Solís y sus músicos.

Jorge Almada se esmeraba en hacerle gratos sus días de descanso al poderoso suegro y como sabía que además de la música le gustaba la baraja, lo rodeaba de buenos jugadores como Manuel Páez, Juan José Ríos, Luis y Tomás Benvenuti, Roberto El Chito Miller, Arnulfo Paredes, Jorge Careaga, Abelino Morales, Francisco Gutiérrez, Jesús L. Tamayo y Eduardo de la Vega. Durante una de las veladas en honor del presidente de la República, la orquesta de Conrado Solís hizo una feliz interpretación de Varita de nardo, de Joaquín Pardavé:

Varita de nardo,
varita de nardo,
cortada al amanecer.
Quisiera tus hojas,
tu suave perfume,
pa perfumar mi querer.

La modesta casita de madera de El Tambor donde descansaba el presidente de la República fue arrasada por el ciclón de 1943, y nada quedó de ella. Fue ese lugar de descanso el escenario de las grandes victorias de la orquesta de Conrado Solís, al trabajar para un presidente de la República y sus amigos. Pocos conjuntos musicales pueden vanagloriarse, como el de Conrado Solís, de haberle tocado a un presidente de la República. Sólo el de Tirso Robles. Al debilitarse el poder del general Calles con el advenimiento del cardenismo, El Tambor dejó de tener significación política y fue una playa desierta. Con el destierro del poderoso militar sonoreño, los Almada perdieron su antiguo esplendor económico y social, y en esa decadencia arrastraron a Conrado Solís, que cayó junto con ellos, fiel hasta el último momento.



20 La extraña magia de la música indígena sinaloense

La música yoreme-mayo está dedicada a venerar a los dioses que han desparramado sus beneficios en cuestiones de salud, cosechas y pesca; también a honrar el espíritu de los que han muerto.

Por lo tanto, es una música de gratitud, de reconocimiento a los bienes que recibe el ser humano y que pocas veces son reconocidos.

Hay en la música yoreme-mayo, pues, un tono de exaltación espiritual que la distingue y honra.

Mario Leyva García, guía de los músicos tradicionales de la cultura mayo, aceptó que la música yoreme-mayo agradece los favores recibidos de los dioses e invoca su bondad para no ser privados de sus beneficios.

Los instrumentos más comunes de la música yoreme-mayo son el jalparo o arpa; el laven, primer instrumento, parecido al violín; leveni, segundo instrumento; el hucojiahui, una vara de cerda figurando una cabeza de animal; la annia tehueca vacausia, que es una flauta, y la jiruquia, hecha de madera dura con ranuras para que al tallarla produzca el sonido, y la rueda de madera de cuero en ambos lados.

Estos instrumentos musicales son fabricados por los propios yoremes-mayos. A lo largo de los años estos instrumentos han ido sufriendo modificaciones, principalmente durante la etapa de la colonia, periodo en el cual la cultura yoreme-mayo sufrió notables transformaciones. Los sonos indígenas están inspirados en la naturaleza. Por esa razón, las plegarias a Ementón, dios de la creación del universo, se enfocaban principalmente a los animales del monte, como el venado, la ardilla, la culebra, el coyote y los pájaros.



Todo pequeño o grande ser del monte merecía la pleitesía de esta música sencilla, que honra a un dios generoso que no olvidó nada al momento de crear las cosas.

El pasco es la ceremonia más antigua. Durante su celebración se congregaba toda la dinastía yoreme-mayo. Dicha ceremonia se iniciaba un día determinado y culminaba al día siguiente, a la misma hora. Era un ritual ininterrumpido de catorce sonos, siete comprendidos a media noche y siete hasta su final.

Al concluir el pasco, se le daba gracias al dios Maisueloaccioni al despertar el día; culminando con carariam, que significaba la terminación del ritual.

El cuadro universal del sonido se podía escuchar de la siguiente manera: antic mustisonim, primeras alabanzas; canari, iniciación de los himnos sagrados de los nativos; saila canavari, hermano del canario ultisonim, los sonos directos cholactisonim, de contradanza; cultulpasonim, sonido de garganta que produce la culebra; zuapaatisonim, sonidos de intervalos; huicoyastisonim, son de vareo; natchulisonim, son fino; guiatnia jihuiquisonim, son de media noche que marcaba la primera parte del sonido universal; curus atnnia jihuiki, son de transporte; musti albathua sonim, alabanza de gratitud por la salida del sol; barastiyque, sonido mayor diferente continuidad del anterior dos sonidos antes del final; babatuco atnia sonim, inspirado en la culebra prieta; vaue huiki sonim, son del mar y el final del rito con la canaruim.

Tehueco es el centro ceremonial del mundo mayo de Sinaloa y sur de Sonora. A Tehueco arriban los mayos de Bateve, El Ranchito, El Naranjo, Tesila, La Misión, Borobampo, Cuesta Alta, Bajada del Monte, Bivajaqui, Santa Lucía y Las Estacas.

Esta es tierra de grandes músicos. Por ejemplo, se recuerda con cariño a esos grandes músicos que fueron Juanito Valenzuela, de Bateve; José Apodaca, Vicente Valenzuela y Ramón Valencia, de El Naranjo; Patricio Manzanares, Pablo Básemo y Úrsulo Olivas, de Tesila.

Esos músicos no dejaron de tocar sus instrumentos, hechos por ellos mismos, durante medio siglo. Todos han muerto, pero ahora han recogido su ejemplo otros músicos, como Ambrosio Ontiveros, Ángel



Álvarez García, Mateo Ontiveros, Juan Ontiveros, Fidencio Básemo Cota, Reginaldo Básemo y Florencio Flores.

Ignacio Básemo Cota, músico de La Misión, hizo un breve relato de las hazañas artísticas de sus compañeros ya muertos, como Poli Cota Valenzuela, gran arpero; Chemali Valenzuela y Pablo y Reinaldo Básemo, grandes violinistas.

Nacho Básemo platicó sobre la magia que envuelve la música indígena sinaloense. Dijo que esa música es, al mismo tiempo, canto de pájaro, arrullo de paloma y caída fortuita de un árbol. Esa música es el sonido de una naturaleza en constante transformación.

En las fiestas indígenas se guarda el orden, se respeta el derecho de cada quien a divertirse sin escándalo. A la primera señal de desorden, esos músicos abandonan el lugar.

La fiesta yoreme-mayo se inicia con el sol del canario en donde los músicos, pascolas y venados salen dando tres vueltas en el lugar que se acondicionó, que es, generalmente, una enramada de batamote.

Se lanzan cohetes e inmediatamente después se inicia un intercambio de palabras entre danzantes y músicos, siendo los pascolas los más atrevidos. Se trata de un duelo de ingenio para ver quien dice algo más picaresco. Ese duelo provoca la risa del espectador y de los propios actores. Ese duelo de agudezas dura cerca de media hora. En adelante cada son puede durar de quince a veinte minutos, de acuerdo con el número de pascolas que participan.

Siguen los sones como el de bacasieli, el de julia misi, gato montés; somtarahuani, son del soldado; yaquitahuoni, llanto del yaqui; guocou, son de la paloma pipisqui; son de la guitlacochi uchalaga, y son del pájaro cardenal.

Al llegar a esta parte se puede entablar un mano a mano con las dos paradas de músicos, ya que comienza una competencia tocando sones de animales agresivos, tratando de sobresalir en el gusto del público. Por ejemplo, uno toca el charo, son del pájaro carpintero, y otro el chatera, chanate negro.

A partir de la media noche se cambia de tono, y surgen sones como tecu, son del burro; burusonim, son del coyote; boisonim y buille



gojori, son del tecolote; totorora, son del gallo; cuichi, son de la cuichi; güicori, son de la iguana; guamsonim, son de la vaca; bauatocu, son de la culebra prieta; y taaru, son de la churea.

Las canciones más populares en la lengua cahita son Segua Tamanaivega, Chepa Mochicahui y Ciali Semalucu, así como las canciones mestizas La Jesuita, Paloma Blanca y Macho Prieto.

La Jesusita dice así:

Ya me voy pa' lotra banda,
voy a ver a mi Jesuita,
dicen que ya no me quiere
porque no tengo sombrero,
pero ya lo mandé hacer
con plumas de carpintero.
Ya me voy pa' lotra banda,
voy a ver a mi Jesuita,
dicen que ya no me quiere
porque no tengo dinero.
Yo le digo que se conforme
con lo mucho que la quiero.

Los yoremes-mayos, al cuarto trago de vino, empezaban a cantar en grupo. Era un canto aparentemente lastimero, pero en realidad altamente sentimental. Todos los cantores terminaban por caer dominados por el sueño del vino, pero siempre en grupo.

En Tehueco se recuerda todavía a dos grandes músicos nativos: don Santos García, conocido como El Chuculi, que tocaba el violín, y don Jacinto Duarte, alias El Chinto, que tocaba la guitarra. Era un dueto muy conocido y apreciado, que amenizaba los bailes en ambos lados del viejo río Zuaque. Otro gran fiestero, cantador de venado, fue Vidal Buitimea Magallanes, que fue gobernador tradicional indígena. A él se le atribuyen muchos de los logros de los yoremes-mayos del norte de Sinaloa.

Francisco Aldaco compuso una linda canción indígena, que hoy es muy popular en Sinaloa. El capomo es una infácea silvestre muy común



en todo el litoral sinaloense. Sus colores van del blanco al violeta y que sirven de metáforas para describir lo tierno y amoroso. Su letra dice así:

Trigueñita hermosa,
linda vas creciendo
como los capomos
que se encuentran en la flor.
Tú, mi chiquitita,
te ando vacilando,
te ando enamorando
con grande fervor.
Mañana o pasado
yo voy a tu casa,
tu mamá te ordena
una silla para mí.
Tú, mi chiquitita,
finges no mirarme
ponte muy contenta
porque estoy aquí.

El hecho de que la madre dispusiera una silla para el pretendiente significa la aceptación del noviazgo, tu mamá te ordena una silla para mí. Y a partir de ese momento, al formalizarse el noviazgo, el galán podía ya sentirse de la casa.

En su Historia de la música popular en Sinaloa, el maestro Manuel Flores dice que gracias al empeño de los misioneros los indígenas del norte de Sinaloa aprendieron a tocar el violín, el arpa y la guitarra. Dichos instrumentos son básicos en la parada de músicos yoremes-mayos.

Tehueco, centro ceremonial de los mayos, impulsó la música indígena, junto con Charay y Mochicahui. Dichas poblaciones indígenas fueron escenarios de las principales fiestas en navidad, semana santa y día de muertos. Según el maestro Flores, la música que se interpreta es la de matachines y la pascola, en la que intervienen violines, arpas y guitarras, así como la flauta y el tamborcillo. Son los instrumentos que



los misioneros enseñaron a sus alumnos nativos. La danza del venado constituye la principal actividad musical del norte del estado. La pascola se forma de una pareja de cantadores que en segunda voz, casi en falsete, se encima a la voz primera acompañada por quirupias o raspadores, que son unos trozos de madera de amapa, ebano o palo colorado de unos cinco centímetros de ancho por dos de grueso y sesenta centímetros de largo, y que son raspados por una delgada y fuerte vara. La quirupia va montada sobre una media hueja, o sea, la mitad de un bule. El tambor de agua se hace con la mitad de un bule, que flota sobre el agua de un recipiente. La hueja es percutida por el ejecutante con una boqueta o palillos, hecha de una vara de cuarenta centímetros de larga, forrada en uno de sus extremos con hojas de maíz, dando un sonido que se semeja a los tonos bajos de la marimba. El tamborcillo está hecho de piel de animal de la región.

En otra pieza musical muy sencilla, pero descriptiva a su manera, como La Luisita el compositor quiso contar la breve historia de la muchacha que se juye con el novio, y que son perseguidos por la Judicial para que normalicen su situación ante la ley por imperativo de lo padres.

La Luisita cuenta que el padre era rico, y que ordenó que formaran un batallón para perseguir al secuestrador, que estaba dispuesto a liarse a balazos con el primer policía. Tan inocente y tierna canción indígena, dice así:

Monta a caballo, Luisita,
y agárrate de la silla,
porque me doy de balazos
con el primer policía.
Como su padre era rico
formaron un batallón
para perseguir a Osuna
porque era mujer bonita.
Aquí traigo mi caballo,
lo traigo bien arrendao,
para pasiar a Luisita
por todito el poblao.



21 El Recodo, la banda de las bandas sinaloenses

En 1980 Cruz Lizárraga sostuvo una larga plática (en Mazatlán) con Helena Simonett, que estaba reuniendo material para un libro que titularía *Historia social y el poder cultural de la banda de música mexicana*, para optar por el doctorado en filosofía y etnomusicología en la Universidad de California en Los Ángeles.

Cruz Lizárraga narró a la estudiosa estadounidense que había nacido en El Recodo, municipio de Mazatlán, en 1918. Tuvo escasa educación porque sus padres eran muy pobres, y porque en aquel tiempo las escuelas eran muy escasas en el medio rural sinaloense.

Cuando se empezó a manifestar la inclinación del muchacho por la música (hay que tener presente que El Recodo ha sido y es un pueblo de músicos), Teófilo Lizárraga, el padre, se asustó y le dijo:

—Hijo, escoge cualquier oficio, menos el de músico. El músico termina siempre en borracho.

Cruz siguió ayudándole al padre en el cultivo del pequeño pedazo de tierra que tenía, pero en el fondo luchaban las ideas para hacerlo salir de tan pobre y triste situación, porque la familia mal comía del fruto de la parcela.

Sin que el padre se diera cuenta, el joven empezó a buscar la manera de hacerse músico, como muchos de sus amigos. En 1928 fue a Mazatlán y en la Mercería Alemana (localizada en las calles Ángel Flores e Hidalgo), compró un clarinete en la cantidad de setenta y cinco pesos, que era una suma inmensa. El tenía ahorrados catorce pesos y un tío le prestó veinticinco pesos más; el resto fue reunido por parientes y amigos.

Ya con el clarinete en su poder Cruz se apersonó con Carlos Rivera,



que le dio las primeras clases para dominar ese hermoso instrumento. Sólo pidió al maestro que mantuviera el secreto, “porque si lo sabe mi padre me matará a palos”, le dijo.

Cruz Lizárraga se hizo músico de oreja; es decir, aprendió a tocar el clarinete sin saber nada de música: a puro oído.

Pronto mostró especial dote para la música, al dominar en poco tiempo ese instrumento. Tenía poco más de diez años.

Ingresó a una banda de música de El Recodo, y el padre, al enterarse de que tenía un músico en familia, montó en cólera. Pero como buen padre, terminó por tolerar el nuevo oficio del hijo, llenándolo de sanos consejos para que no cayera en lo que habían caído tantos músicos de El Recodo, que con el cuento de las fiestas se volvieron borrachos y mal pagados de sí mismos.

Cruz Lizárraga confesó a Helena Simonett que su primer sueldo fue de setenta y cinco centavos diarios. Pero en ese tiempo una vaca parida costaba veinte pesos. Para tranquilizar al padre, jamás tomó y nunca se volvió mal chico. El padre terminó por aceptarlo, ya que el muchacho empezó a aliviar las penurias familiares con su modesto salario.

Los demás músicos se burlaban de él:

—Oyeme, si hasta pareces aleluya. ¿Qué es eso de que no te guste el trago y la cerveza?, ¿no serás joto, cabrón?

Fue el único sobrio en la Banda de El Recodo

En la banda, donde la mayoría bebía vino y cerveza, el joven Cruz era el único sobrio. Se empezó a distinguir por su seriedad. Los clientes se dirigían a él al solicitar los servicios de la banda, y terminó por ser el jefe, no obstante su corta edad. Al colocarse al frente del conjunto, adquirió nuevos instrumentos y tomó la decisión de uniformar a todos los integrantes de la banda. Eso causó actos de rebeldía. No querían dejar de ser, esos músicos, unos mal vestidos, como de rancho. Cruz insistió y los dobló cuando de su propio dinero él compró, a cada músico, su camisa blanca y su pantalón azul marino. Los músicos terminaron por doblar las manos, al darse cuenta de que su aspecto había mejorado mucho.

La primera gira que hizo la Banda de El Recodo fue a Magdalena, Sonora, con motivo de la fiesta de San Francisco, el 4 de octubre.



Cruz Lizárraga dijo a la joven norteamericana:

—No sabíamos a qué le tirábamos con esa famosa gira. No sabíamos si lo que nos habrían de pagar cubriría los gastos. Nos fuimos a tontas y locas, con el deseo de irnos abriendo horizontes. El pago apenas cubrió los gastos, como era de esperarse, y el impuesto lo pagó la banda tocando en la plazuela pública, después de un amistoso arreglo con el presidente municipal. Nos regresamos con la pura aviada. En San Blas nos bajamos del tren y tocamos en un centro social. A la gente le gustó mucho nuestra manera de tocar, y se corrió la voz por la región. Tuvo que ir la banda a Choix, donde también logró un gran éxito.

Tocando en una fiesta popular en El Quelite, los oyó Mariano Rivera Conde, que era director artístico de la RCA Víctor. Rivera Conde —mazatleco, casado con Consuelito Velázquez, autora de Bésame mucho— los invitó a ir a la Ciudad de México y grabar un disco con música de tambora. Después grabaron más discos, y la fama de la banda se fue extendiendo a todo el país y, posteriormente, al extranjero. Con una celebridad cada vez mejor, la Banda de El Recodo, de Cruz Lizárraga, amenizó los bailes más populares y exclusivos de Mazatlán, como eran los que se realizaban en el Club Muralla y en el Hotel Belmar, en los años sesenta. Posteriormente, fueron contratados para tocar en Tepic y luego en Durango, en condiciones mucho más ventajosas que las de Magdalena.

Cruz Lizárraga tuvo que dejar El Recodo e irse a vivir a Mazatlán, pues había crecido su fama y era solicitado en muchas partes.

Y fue conocido ya como el muchacho alegre de Sinaloa:

Yo soy el muchacho alegre
que me la paso tomando
con mi botella en la mano
y mi baraja jugando.

Él, Cruz Lizárraga, era abstemio, pero eso sí, muy mujeriego. Tuvo una vida amorosa muy agitada. Sin embargo, para su última esposa, doña Chuyita Lizárraga, Cruz fue siempre serio y formal. Pero lo diablo lo traía muy escondido.



Cruz Lizárraga se hizo cargo, formalmente, de la Banda de El Recodo en 1938. Su repertorio se fue ampliando con Mi gusto es, de Margarito Lozano; El niño perdido, de Wenceslao Moreno; Brisas de Mocerito, de Feliciano Gómez; El Quelite, de Francisco Terríquez; ¡Viva mi desgracia!, de Leocadio Castañeda Álvarez; El sinaloense, de Severiano Briseño; ¿Por qué lloras?, de Miguel C. Castro; Alejandra, de Enrique Mora Andrade; Amor de madre, de Sebastián Sánchez Tirado; Morena y Cuánto te quiero, de Severiano M. Moreno; Echame a mí la culpa y La Ley del Monte, de José Ángel Ferrusquilla Espinoza Aragón; Culiacán, de Enrique El Negrumo Sánchez Alonso; y tantas otras grandes creaciones musicales de autores sinaloenses, como Toro mambo, Los amores de Julia, Grato dolor, La cuiche, El son de los aguacates, Albur de amor, La india bonita, El novillo despuntado, y tantas otras.

Después de una vida llena de triunfos, al grabar más de ciento ochenta producciones discográficas, Cruz Lizárraga murió en 1995 y fue sepultado en el Panteón Renacimiento de Mazatlán.

Su gran Banda de El Recodo, que dirigió durante cincuenta y siete años, quedó al mando de doña Chuyita Lizárraga, la esposa, y de Poncho y Joel, sus hijos.

Aquel muchacho, al que el padre no quería ver convertido en músico, llenó toda una época de la música de tambora, y a él se le debe acreditar su internacionalización.

Aquella tambora que construyó José Cordero en El Quelite, y que significó un desembolso de 250 pesos, se oyó en todas partes y en todas partes fue acogida con cariño y porque era música nacida del pueblo, explosiva y alegre: un himno a la vida.

Y en el mismo aire bravucón y pendenciero de El sinaloense, de Severiano Briseño, se oye la canción de Teodoro Bello donde se exalta la memoria de uno de esos señores del negocio redondo que exige que en su funeral toque la Banda de El Recodo:

El día que yo me muera,
les dejaré de encargo
que me entierren mi dolientes



con una banda tocando.
Sería muy triste mi entierro
si me despiden llorando.

A gusto me marcharé
porque disfruté de la vida,
amigos tuve a montones,
muchas mujeres divinas,
y entregué mi amor sincero
a la mujer de mi vida.

Que suene fuerte la banda,
cuando me vayan bajando,
aquellas que me quisieron,
allá estaré escuchando.

La muerte no temería,
si se lo ocurre ahora llegar
al mundo vine a gozar
la vida mientras se pueda
y entiérrenme con la banda
el día que yo me muera.

Unos litros de mezcal
en el cajón yo quisiera
tal vez en el más allá
se valgan las borracheras,
como me gusta tomar,
yo tomaré donde quiera.

Predomina el tono altanero del que ha logrado atesorar una inmensa riqueza, destinando a sus semejantes a las torturas de la drogradicción. Helena Simonett y también, platicó con Ramón López Alvarado, quien nació en Siqueros, municipio de Mazatlán, en 1928.

Su vida tiene gran semejanza con la de Cruz Lizárraga. Ambos salieron del rancho. Sus padres eran campesinos. Ramón no sentía vocación por la música, Cruz Lizárraga sí tenía amor por la música. Fue Ramón, el padre de Ramón Jr., el que lo forzó a ser músico. Confesó el



músico a la investigadora norteamericana: -Mi padre fue músico, mis tíos músicos, mis primos músicos; no tenía otra opción que ser, yo también, un músico, y traté de ser un músico pero no del montón.

El padre era muy enérgico: impidió que el hijo jugara con otros niños de la misma edad. Le enseñó a tocar el clarinete cuando tenía diez años. A los doce ya formaba parte de la banda de música del padre. Estuvo allí camellando durante dos años. (Camellar significa, en el argot de los músicos, trabajar muy duro, pero sin salario).

Formó su propia banda, y el debut de dicha banda no podría ser más memorable: al amenizar el baile del Patio Andaluz del Hotel Belmar, el 21 de febrero de 1944, durante el último día del carnaval de Mazatlán, fue muerto a tiros el coronel Rodolfo T. Loaiza, gobernador de Sinaloa.

Al poco tiempo de la tragedia, los músicos de Ramón López Alvarado hicieron su primera salida de trabajo, a Eldorado, que era un bonancible ingenio azucarero a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Mazatlán, propiedad de Redo y Compañía.

En 1947 la banda se instaló en Culiacán, donde tuvo que competir con otras excelentes bandas, como la de Los Sirolas, Los Guamuchileños y Los Tamazula. A pesar de la dura competencia, el grupo de López Alvarado logró sobresalir.

En ese tiempo existía una profunda rivalidad deportiva entre Culiacán y Mazatlán, y esa rivalidad se trasladaba a las bandas; naturalmente, los culiacanenses preferían para sus fiestas a las bandas locales, desdeñando a las sureñas. López Alvarado no ocultó su preferencia y se declaró ferviente partidario de los Venados de Mazatlán, que jugaban en la Liga de la Costa del Pacífico; sus acérrimos enemigos eran los Tomateros de Culiacán. Los juegos de beisbol terminaban, generalmente, en un baño generalizado de cerveza que se arrojaban los partidarios de uno y otro equipo.

López Alvarado decidió volver a Mazatlán, al no sentirse con más ánimo de seguir compitiendo con sus colegas de Culiacán. Se producía en el ámbito de la tambora tradicional un movimiento innovador al incorporar el bongó, la maraca y el cencerro a los instrumentos tradicionales. Con este añadido la banda se modificó en banda-orquesta para satisfacer los gustos



de las nuevas generaciones, embrujadas por el mambo y el cha-cha-chá.

Al dirigir la Banda Mazatlán, López Alvarado tuvo la oportunidad -como la habían tenido Los Guamuchileños, de Romeo Zazueta, en su tiempo- de grabar sus primeros discos. Mediante esos discos, la Banda Mazatlán empezó a adquirir mayor fama, igual que la de El Recodo de Cruz Lizárraga.

Al morir el padre, en 1958, el hijo banda de Los Escamillas. Se separó de ella y formó su banda La Costeña. Compuso más de treinta piezas de música, alcanzando fama El pato asado.

Fue la Banda La Costeña la preferida de Luis Pérez Meza, que grabó con ella dieciocho discos. Otros artistas que también grabaron con La Costeña fueron Tony Aguilar, Gilberto Valenzuela, Lino Luján, Víctor Iturbe, Francisco Villa, Pepe Aguilar, Joan Sebastian, Juan Valentín y Chalino Sánchez.

Después de realizar muchas giras por el país y el extranjero, López Alvarado decidió abandonar, en 1996, definitivamente la Banda La Costeña, dejándola en manos de sus hijos Ulises y Edgardo.

Una de las más hermosas interpretaciones de la Banda La Costeña, de Ramón López Alvarado, ha sido Mi gusto es, de Margarito Lozano: Mi gusto es/ ¿y quién me lo quitará?...

Música de viento,
autoría de Herberto Sinagawa Montoya,
se diseñó e imprimió en Creativos 7 Editorial.
Culiacán Rosales, Sinaloa, México,
enero 2010